



LADY

Laura

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

LADY
Laura

Primera edición.

Lady Laura

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©Mayo, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
EPILOGO

Prólogo



Bath. Londres. 1771.

—Buenos días, milady —el señor Harris, siempre tan educado.

—Buenos días, milord —respondo haciendo una reverencia, tal como me enseñó mi madre.

— ¿Qué desea hoy, joven Laura?

—Pan, verduras frescas, un pedazo de carne y una docena de rosquillas.

— ¿Tenéis visita, milady?

— ¡Oh, no! Es que hoy celebro mi quince cumpleaños, y voy a preparar un asado para mi madre.

—Sois una jovencita magnífica, milady —dice, mientras prepara todo lo que he pedido.

Cuando termina y me dispongo a pagar, me felicita y me regala las rosquillas. Sonrío, me sonrojo y se lo agradezco, dándole un abrazo.

El señor Harris es un anciano encantador, si tuviera un abuelo, querría que fuera como él.

Salgo de nuevo a la calle, con la cesta repleta de los manjares que vamos a disfrutar mi madre y yo, y regreso a casa.

Vivo en Bath, lugar en el que nací hace hoy quince años, con mi madre. Somos sólo ella y yo, bueno, y Star, una perrita de raza labrador en color crema, preciosa y que acaba de cumplir un año. Sí, fue el regalo de mi madre en mi anterior cumpleaños.

No tengo padre, es decir, claro que tengo, pues los niños no vienen por arte de magia, sino fruto del amor, pero no está con nosotras.

Así llegué yo, fruto del inmenso amor que mis padres, Daisy Sanders, y Lord Ewan, de quien jamás he sabido el apellido, pero que se amaron hasta el momento en que mi madre dejó Londres.

Cuando mis padres se conocieron ella contaba apenas dieciséis años. Era de familia humilde y nunca sería presentada en sociedad, como las hijas de importantes Condes, Duques o Marqueses de todo Londres.

Mi padre, once años mayor, quedó prendado de la belleza de mi madre, de sus ojos marrones y vivarachos como ella dice.

Pero él estaba casado, uno de esos matrimonios por conveniencia con la hija de alguien

importante, y tenía un hijo de un año.

Muchas veces le aseguró a mi madre que dejaría a su esposa, pero no es algo bien visto en la alta sociedad, y ella pensó que lo mejor sería romper toda relación con mi padre, pero no podía, lo amaba como jamás amaría, ni amó, a ningún otro hombre.

Cuando se enteró que estaba esperando un hijo, le dio la noticia a mi padre, que aseguró que dejaría a su esposa puesto que no la amaba, pero mi madre, pensando en ese pequeño que él tenía, le pidió que no abandonara a su hijo.

Entre lágrimas, mi madre besó por última vez a su amado y se despidió. Según me contó, él no supo hasta el día siguiente que se había marchado pues fue a buscarla para decirle que cogería a su hijo, huiría con ella y formarían una familia lejos de Londres, pero al llegar a la casa en la que mi madre vivía con su único hermano, pues mis abuelos habían fallecido años atrás, él le dio la noticia.

Cuando me habla de mi padre, del amor que aún siente por él, sus ojos se tornan tristes y vidriosos por las lágrimas que trata, en vano, de no derramar.

Le amó tanto, que nunca pensó amar a otro hombre.

Se instaló en Bath, en una pequeña casita a las afueras, donde, con ayuda de una vecina que la recibió como si fuera una hija, me tuvo y me crio.

Voy inmersa en mis pensamientos cuando escucho ladrar a mi perrita Star. Es raro, pues solo ladra algunas noches cuando escucha corretear algún conejo por la parte del huerto en busca de comida.

Levanto la mirada y me quedo paralizada a medio camino, a unos metros de llegar a mi casa.

El humo negro me alerta y avanzo tan deprisa cómo puedo, cuando al fin veo mi casa, siento una opresión en el pecho que no me deja respirar.

Mi casita, el hogar en el que nací y donde mi madre y yo hemos vivido estos años, está envuelta en llamas.

Star corretea frente a la casa, ladrando y corro hacia ella.

Todo por lo que mi madre había trabajado, horas y horas en la noche con una simple vela como compañía, cosiendo para una de las modistas del pueblo, está siendo pasto de las llamas más grandes que jamás he visto.

— ¡Madre! —grito corriendo hacia la entrada, pero las llamas no me dejan entrar.

Sigo llamando a mi madre, pero no obtengo respuesta.

Caigo de rodillas en el suelo, Star se acerca y recuesta la cabeza en mi regazo, y mientras el crepitar de las llamas y el crujir de la madera nos rodea, escucho caballos acercarse.

Levanto la mirada y veo algunos hombres bajar rápido de sus caballos y acercarse al pozo para coger agua, pero es inútil.

Las llamas son más altas, más intensas, y mucho más mortíferas que la poca agua que hay en

esos cubos.

Lloro, no puedo hacer otra cosa, solo llorar.

El calor de las lágrimas recorre mis mejillas, y el sabor salado baña mis labios.

Star gime en mi regazo mientras le acaricio detrás de la oreja. Eso le gusta y a mí me relaja.

Unas manos se aferran a mi cintura y me levantan, cogiéndome en brazos, para alejarme de las llamas.

Me aferro al cuello de ese hombre, hundo el rostro en su hombro y lloro.

He perdido todo. A mi madre, mi casa, mis recuerdos, los mejores momentos compartidos allí con ella.

Star ladra al lado nuestro y el hombre se inclina para acariciarle la cabeza.

Levanto la mirada y me fijo en sus ojos, de un marrón tan intenso como jamás había visto. Hay sinceridad en ellos. No es demasiado mayor, apenas si tendrá poco más de veinte años. Se inclina y besa mi frente, un acto de cariño en un momento en el que una joven como yo, lo ha perdido todo.

De camino a su caballo, donde me sienta y después sube él, para volver a abrazarme, veo la cesta con la comida desparramada por el suelo.

Cierro los ojos y vuelvo a llorar. Los abro de nuevo y veo mi casa, arrasada por las llamas, donde mi madre encontró la felicidad y hoy, el día de mi quince cumpleaños, ambas encontramos nuestra desdicha.

Cuando me pregunta si tengo algún familiar cerca, niego. Me pregunta dónde puede llevarme y le doy indicaciones para llegar a la tienda del señor Harris.

Llegamos, y al verme con el rostro y los ojos rojos del llanto e hinchados, el señor Harris me abraza como haría un abuelo, me aferro a él y sigo llorando.

Star sigue a mi lado, con la cabeza apoyada en mi pierna, sobre la tela manchada de mi vestido azul, ese que mi madre hizo con tanto cariño para regalarme hoy.

Las manos del señor Harris frotan mi espalda y me consuelan. Es lo que necesito ahora.

Cuando consigo calmarme, le cuento lo ocurrido y al girarme, no veo al hombre que me ha traído.

El señor Harris se apiada de Star y de mí, y nos ofrece uno de los dormitorios de su casa. Su esposa, Mary Harris, me estrecha entre sus brazos y me acompaña en la cama hasta que, vencida por el cansancio, caigo en un sueño del que, si pudiera, no quisiera despertar.

Capítulo 1



Los días tras el fatídico suceso han ido pasando. Sigo en casa del señor Harris y, tras enviar una carta a mi tío, Arthur Sanders, para informar de la muerte de mi madre y pedir que me acoja en su casa, permanezco esperando la llegada del único pariente de mi madre.

Me encuentro en la tienda ayudando al señor Harris, cuando la puerta se abre y ante mí tengo a un hombre alto, con un elegante traje compuesto por una chaqueta azul marina, camisa blanca, pantalón gris y botas negras. Es de cabellos negros y ojos marrones. Ya he visto esos ojos antes, durante tantos años, en mi madre y en mi reflejo, que es imposible no saber quién es la visita que tenemos en la tienda.

— ¿Tío Arthur? —pregunto en un tímido susurro.

—Laura... Mi pequeña Laura. Ven aquí, querida —me tiende los brazos y con lágrimas en los ojos corro hacia él.

Dejo que me envuelva en sus fuertes brazos y mojo su chaqueta con mis lágrimas.

—Lo siento, he manchado la chaqueta —digo, apartándome un poco.

— No es nada, querida. Se secará por el camino. Laura... Eres el vivo retrato de tu madre. Me parece estar viéndola a ella a sus quince años.

—La he perdido, tío. He perdido a mi única familia.

—No, pequeña. Has perdido a tu madre, es cierto, pero tienes más familia. Tu tía Rose está deseando verte, y tus primas, Violet, Harmony y Lilly, ansían tu llegada.

— ¿Tengo tres primas? —pregunto sorprendida, sorbiendo la nariz.

—Sí, son mi vida, pero unos pequeños diablillos. Violet es la mayor, tiene diez años. Harmony tiene siete y Lilly, la más pequeña, de tres.

—Entonces... ¿Podré quedarme en casa, con vosotros?

—Claro, pequeña. Eres mi sobrina, la hija de mi única hermana. Lamento mucho no haber podido teneros cerca, pero tu madre no quería volver a Londres y yo siempre acepté sus condiciones. Vamos, nos espera un largo viaje.

Me aparto y camino hacia el señor Harris y su esposa que, con lágrimas en los ojos, me abrazan sabiendo que será la última vez que nos veamos.

Siempre se han portado bien con mi madre y conmigo y que estos días me acogieran en su

casa, sin pedir nada a cambio y ofreciéndome amor y cariño, hace que les esté tan agradecida, que por un momento me gustaría quedarme con ellos.

Bath es mi lugar de nacimiento, donde me críe y donde tengo mis recuerdos.

Tras preparar una cesta con comida y bebida para el camino, me besan y nos despedimos.

Star da saltitos de alegría alrededor de mi tío, sé que le gusta pues ella no es de estar tan contenta con los extraños.

Camino hacia el carruaje que nos espera en la calle. Miro una última vez a los señores Harris y corro hacia ellos, llorando, para abrazarlos una vez más y recordar ese calor que sus brazos me han regalado estos días tan duros para mí.

Subo al carruaje, me siento con Star a mis pies y mi tío al lado. Coge mi mano y la aprieta, me mira y me asegura que todo va a ir bien.

Voy camino de Londres, el lugar en el que nació mi madre. Donde se enamoró por primera y única vez, y que tuvo que dejar al enterarse que estaba embarazada para que no hubiera habladurías de una mujer, soltera y embarazada de un hombre de alta cuna, casado y con un hijo.

Londres. 1771.

El camino ha sido tranquilo, y he pasado casi todo el tiempo dormida con Star en mis pies.

Cuando el tío me informa de que hemos llegado, dándome un ligero golpecito en el brazo, abro los ojos y observo por la ventana del carruaje.

No imaginé que mi tío, viniendo de la misma familia humilde que mi madre, tuviera una casa tan grande, con mucho terreno y unos establos.

Bajo del carruaje y me quedo contemplando la casa de dos plantas que tengo ante mis ojos. Fachada de piedra blanca, altos tejados, ventanales marrones, jardines colmados de flores de varios colores y un lugar donde algunos caballos corren cerca de los establos.

— ¿Vivís aquí, tío? —pregunto, aún sin salir de mi asombro.

—Así es. Empecé hace algunos años con la cría de caballos de pura raza. Hoy en día son los más solicitados en todo Londres y también fuera de aquí.

—Vaya, eso es magnífico.

—Vamos, tu tía y tus primas nos esperan.

Caminamos, con Star pegada a nosotros, hacia la entrada y antes de llegar se abre la puerta.

Una mujer, guapa y elegante, con un bonito vestido en tono verde, con el cabello rubio, recogido y ojos verdes como esmeraldas, aparece ante nosotros con una sonrisa en los labios y una niña preciosa en brazos, de cabello negro y los mismos ojos que mi tío y que los míos.

Tras ella salen dos niñas rubias, una de ojos verdes y otra de ojos marrones, igual de sonrientes que la mujer y con vestidos rosas.

— ¿Es ella, madre? —pregunta la mayor.

—Eso creo, cariño —responde la mujer acercándose, con sus tres hijas, a nosotros— ¿Ha ido bien el viaje, querido esposo?

—Sí, amada esposa. Ha sido tranquilo. Rose, ella es Laura Sanders, nuestra sobrina. Laura, ella es mi esposa, tu tía Rose.

—Encantada de conocerla, milady —digo y, como siempre, hago una reverencia.

— ¡Oh, no! Niña, no me hagas reverencias. Soy tu tía, tu familia. Ven, dame un abrazo y deja que te vea. Eres igual que tu madre.

— ¿La conocisteis?

—Era mi amiga, fue por ella que conocí al hombre de mi vida. ¿Niñas? Venid a conocer a vuestra prima. Ellas son Violet, Harmony y aquí está la pequeña Lilly.

—Sois unas niñas preciosas. Os parecéis mucho a vuestra madre —digo, al tiempo que abrazo a las dos mayores—. Pero tú, pequeña, eres igual que tu padre —acaricio la mejilla de Lilly y ella me tiende los brazos para que la coja.

Miro a mis tíos, que sonrén y asienten, y acojo en mis brazos a mi prima pequeña.

—No suele ir con desconocidos. Le gustas —asegura mi tío, abrazando a su esposa.

—Ella también me gusta —sonrío y miro a mis otras dos primas que agachan la mirada—. Y vosotras también. Siempre quise tener hermanas... ¿Me aceptáis como vuestra hermana mayor?

— ¡Sí! —gritan ambas, abrazándose a mi cintura.

Star ladra a nuestro alrededor, dando saltitos y las niñas se ríen y la abrazan, acariciándole detrás de las orejas.

— ¡Madre, tenemos un perrito! —dice Harmony, aún con los brazos alrededor del cuello de Star.

—Es una perrita y se llama Star —digo, inclinándome para acariciar a mi perrita.

—Es preciosa. ¿Puede quedarse dentro de casa, madre?

—Si se porta bien...

—Es muy buena, y está bien educada. Cuando necesita hacer sus cosas... sale hacia el jardín —digo, mirando a mis tíos, esperanzada en que la dejen dormir conmigo.

—Bien, pues Star, bienvenida a la familia. Dormirá contigo, Laura —ante las palabras de mi tío, las niñas y yo, lo abrazamos y besamos entre risas.

—Vamos dentro, señoritas, que la cena estará lista pronto. Acompañad a Laura a su dormitorio para instalarse —nos apresura mi tía Rose, caminando hacia la casa.

Con mis tres primas a mi lado, entro en la casa y me quedo mirando a mi alrededor.

Jarrones colmados de flores que inundan con su maravilloso perfume toda la estancia, muebles en color oscuro que resaltan sobre el papel azul claro de las paredes y las alfombras.

Subo las escaleras y las niñas me llevan a una de las puertas de la segunda planta. Al entrar, no puedo evitar llorar pues es un dormitorio precioso.

Paredes empapeladas en color crema, una gran cama con dosel y cortinas granates a juego con el cobertor de la cama.

Un gran ventanal que da al jardín, un armario enorme, un tocador y una puerta que, cuando Harmony la abre, deja ver un baño digno de una princesa.

Una tina para mí sola, espejo, lavabo y tocador con un armario donde están las toallas más blancas y suaves que he tocado nunca.

— ¿Milady? —la voz de una muchacha a nuestra espalda hace que nos giremos.

Una chica de unos veinte años, con un vestido azul y un delantal blanco, nos sonrío. Lleva mi maleta y hace una inclinación de cabeza.

—He traído su equipaje. ¿Quiere que lo guarde?

— ¡Oh, pues...! Podríamos hacerlo todas juntas. No es mucho así que tardaremos poco.

—Claro, milady.

— ¿Cómo te llamas? —pregunto a la muchacha, de ojos azules y cabellos rojizos.

—Faith, milady.

—Bien, pues Faith, llámame Laura, por favor.

—Pero los señores...

—Cuando no estén los señores —susurro, ella sonrío y asiente.

Tras guardar las pocas pertenencias que los señores Harris me compraron, que consistía en un par de enaguas y un par de vestidos, aparte del que mi madre me había regalado aquella mañana, bajamos a reunirnos con mis tíos.

Las niñas me llevan hasta el comedor donde veo una amplia mesa con un mantel blanco y llena de bandejas con comida.

Mis tíos están sentados y las niñas ocupan sus asientos, dejando uno de ellos para mí.

—Laura, voy a presentarte al personal —me dice el tío y es cuando me doy cuenta de que hay dos hombres, uno de unos sesenta años, otro más joven y una mujer joven en la puerta, justo donde Faith acaba de quedarse —. William es nuestro mayordomo, Faith, a quien ya conoces y Jasmine, son nuestras doncellas y él es Cody, el chofer del carruaje. Cualquiera cosa que necesites, puedes pedirselo a ellos.

—Encantada de conoceros —digo sonriendo.

—Bienvenida, lady Laura —corean todos al unísono, en una perfecta reverencia.

Salen del comedor y veo a mis tíos servirse la cena.

Hay de todo. Carne, verduras, pan, maíz, puré de patatas y fruta fresca.

Sin duda el tío Arthur, ha tenido éxito con los caballos.

Tras una velada llena de los recuerdos de mi infancia, Jasmine entra en el salón para llevar a mis primas a la cama y tanto mis tíos como yo, nos retiramos a la biblioteca, pues quieren hablar conmigo de lo ocurrido el día que perdí a mi madre.

La biblioteca es maravillosa. Me gusta mucho leer, es algo que mi madre me enseñó con mucha paciencia y cada noche, antes de acostarme, solía leer un poco hasta que el sueño me vencía.

La chimenea está encendida y el calor de la estancia nos acoge.

El tío se acerca al mueble, saca una botella de coñac, una copa y se sirve. Se gira, nos sonrío y toma asiento frente a nosotras, en un gran sofá orejero en color marrón.

— ¿Qué pasó, Laura? —pregunta nada más sentarse.

Respiro hondo y le cuento lo que encontré cuando regresaba con la compra.

El recuerdo de las llamas, el sonido de la madera crujiendo mientras la casa desaparecía. Las lágrimas se deslizan por mis mejillas, mientras recuerdo el dolor tan intenso que sentí en el pecho al saber que ahí, en nuestra casa, mi madre estaba muriendo.

La tía Rose me abraza, acaricia mi espalda y besa mi sien. Me aferro a ella y dejo que el llanto llene el silencio de la biblioteca.

Mi tío se pone en pie, se sienta a mi lado y nos rodea a ambas con sus brazos.

—Estás en casa, pequeña. Esta es ahora tu casa. No soy tu padre, ni Rose es tu madre, pero cuidaremos de ti como si fueras nuestra hija. No te faltará de nada, serás una más de las niñas de esta casa —asegura cogiendo mis mejillas en sus manos y veo que una lágrima furtiva corre por su mejilla.

—Bueno, no eres una niña. Ya eres toda una señorita. Habrá que pensar en los bailes a los que acudirás para ser presentada en sociedad como Lady Laura Sanders —. Miro a tía Rose y la veo sonriente, feliz por saber que podrá empezar con esos bailes tan aristócratas antes de tiempo.

Pero yo no quiero eso, nunca he pensado en ello.

Vivía con mi madre en nuestra pequeña casa, con lo necesario para nosotras y no me importaba no acudir a esos bailes en los que se forjan más matrimonios por conveniencia que por amor.

Yo quiero encontrar un amor como el de mi madre, enamorarme de verdad, pero de un hombre soltero y sin hijos, que me ame y me haga el centro de su mundo.

—Tía Rose, no quiero ser presentada en sociedad.

—Pero, cariño, todas las muchachas son presentadas —dice ella, frunciendo el ceño.

—Todas las muchachas de la alta sociedad. Yo no lo soy. Soy la hija de una costurera humilde y no quiero acudir a esos bailes.

—Laura... Eres de nuestra familia, formas parte de esa alta sociedad y puedes ser presentada para encontrar un buen marido —mi tío Arthur coge mi mano y la estrecha entre las suyas, pero al ver mi cara, que debe ser todo un poema, asiente y sé que no hay más que hablar—. Será como digas, pequeña. Si no quieres ser presentada, no lo serás.

—Gracias, tío, pero quiero ayudaros con las niñas. Puedo enseñarlas a leer y a coser. Mi

madre me enseñó a mí y cuando ellas deban acudir a esos bailes... yo os acompañaré. Seré su sombra para espantar a hombres que no merezcan la pena.

— ¡Ay, cariño! Me apena que no quieras vivir ese momento. Yo no pude vivirlo, como tampoco lo vivió tu madre. Ambas soñábamos con poder asistir a esos bailes con nuestras hijas, aunque si no quieres, no te obligaré, pero espero que encuentres un buen muchacho con el que casarte.

—Gracias, tía.

—Será mejor que nos retiremos, debes estar cansada del viaje. En cuanto a que enseñes a tus primas, estoy de acuerdo. No creo que haya una institutriz mejor que tú para ellas.

Salimos de la biblioteca y subimos las escaleras. En la puerta de mi dormitorio, tras darles las buenas noches y un abrazo a mis tíos, entro y veo que tengo un precioso camisón sobre la cama.

Sonrío pues eso ha debido ser cosa de tía Rose, que ahora tiene una señorita a la que malcriar aparte de a sus tres preciosas hijas.

Me quito el vestido, las enaguas y la camiseta y lo dejo todo sobre un sillón que hay junto al armario.

Cojo el camisón y la tela es tan suave que no puedo evitar sonreír. Es la primera vez que tengo una pieza tan delicada para dormir.

Me lo pongo, me meto bajo las suaves sábanas y me recuesto mirando hacia el ventanal, observando la noche y la Luna.

Cierro los ojos y pienso en mi madre. Llevo mi mano derecha al cuello y toco la cruz que ella me regaló cuando cumplí diez años. Siempre me acompaña, y ahora que ella no está conmigo, sé cuidará de mí al igual que Dios y la cruz.

Capítulo 2



Londres. Un mes más tarde.

Estamos esperando la visita de un buen amigo de mi tío Arthur. Si hace un mes me hubieran dicho que iba a estar en el mismo lugar que un Marqués, no me lo habría creído.

Pero aquí estoy, ayudando a Faith, que se ha convertido en mi mejor amiga, a preparar la mesa para la comida con el Marqués de Dulwich, Lord Conrad White, a quien le acompañan su esposa lady Gretchen, y sus tres hijos, Cameron de dieciséis años, Brendan de trece y el pequeño Alan, de nueve.

Cuando dejo la última jarra de vino en la mesa, escucho los cascos de los caballos acercarse a la casa.

Salgo del comedor y me reúno con mis tíos en la entrada.

Tío Arthur, abre la puerta y yo cojo en brazos a la pequeña Lilly, desde que nos conocimos, no quiere separarse de mí y soy la única que consigue que se duerma por las noches.

Salimos a la calle para dar la bienvenida a las visitas y me quedo sorprendida al ver al apuesto caballero que se acerca, con su preciosa esposa cogida del brazo y sus tres hijos a su lado.

No pensé que un Marqués sería alguien tan normal, como mis tíos y como yo, pero así es.

Viste un elegante traje azul marino, tiene el cabello largo y rubio y lo lleva recogido en una coleta. A diferencia de mi tío, que lo lleva corto y bien cuidado.

Su esposa, Lady Gretchen White, es hermosa, de cabellos rojizos y ojos verdes, sonrío de una forma que hace que te contagies y sonrías sin poder evitarlo.

Los tres muchachos son muy parecidos, todos con el cabello rubio como su padre, y los ojos verdes de su madre.

Para la edad que tienen, son altos, cosa nada extraña pues Lord Conrad White, es un hombre altísimo. Su esposa apenas si le llega por debajo del hombro.

—Mi buen amigo Arthur. Me alegra volver a veros —tiene una voz grave, pero tras el abrazo que le da a mi tío, sé que este hombre no hace distinciones entre su título y la proveniencia de mi tío.

—Lord White, es un honor recibir a vuestra familia en mi casa.

—Pero qué grandes están tus hijas. Hace un año que no las veía y míralas, casi ni las

reconozco.

—Son unas diablillas, milord —dice tía Rose, acercándose a él, con una reverencia—. Bienvenidos a nuestra casa.

—Rose, querida. Echo tanto de menos nuestras tardes de té desde que nos mudamos a Oxford, que estaba deseando que llegara de nuevo la época de los bailes. Aunque no creo que mi hijo Cameron, encuentre esposa este año tampoco.

—Aún es joven, dejadle aprovechar unos años —dice mi tío Arthur.

Miro al que debe ser Cameron. Es un muchacho guapo y sonrío de una forma muy bonita. Tiene una mirada sincera y se le ve noble y educado.

—Milord, permitidme que os presente a nuestra sobrina —mi tía Rose, se gira para mirarme y sonrío. Me tiende la mano, yo la cojo y me acerco con Lilly en brazos, a su lado—. Ella es Laura Sanders. Perdió a su madre el mes pasado y se ha instalado con nosotros. Ahora es como una más de nuestras hijas. Laura, ellos son Lord Conrad White y Lady Gretchen White, Marqueses de Dulwich. Y sus hijos, Cameron, Brendan y Alan.

—Es un placer conocerlos. Milord, milady —aun con Lilly en brazos, hago una reverencia y ellos sonrían e inclinan las cabezas a un lado para saludarme.

—Vaya, tenéis una sobrina muy hermosa, Rose. Estoy segura que todos los muchachos quedarán prendados de ella este año —asegura lady White, pero no, yo no voy a ir a esos bailes.

—Me temo que mi sobrina no quiere ser presentada —dice mi tío— y nosotros no vamos a obligarla. Así que, aún nos queda esperar para acudir a esos bailes cinco años.

—Es una lástima, seguro que muchos hombres querrían a vuestra sobrina como esposa, amigo Arthur —Lord White sonrío y se acerca a mí, me coge la mano y deja un beso en mis nudillos—. Querida Laura, vuestro tío es como un hermano para mí. Una amistad de años nos une y quiero que sepáis que contáis con mi esposa y conmigo para cuanto podáis necesitar de ahora en adelante. Serás la protegida de los Marqueses de Dulwich, igual que lo son tus primas.

—Gracias, milord.

—Entremos antes de que se enfríe la comida —mi tía se agarra al brazo de mi tío y caminan hacia la puerta, seguidos por los marqueses, sus hijos y nosotras.

Cuando vamos a entrar al comedor, los hombres esperan a un lado de la puerta y dejan que pasemos nosotras. Soy la última en entrar con Lilly en brazos y al escuchar al joven Brendan hablar con su hermano, siento un rubor cubrir mis mejillas.

—Lady Laura es muy hermosa, ¿verdad, hermano?

—Sí, lo es, pero ya has escuchado a Lord Sanders, no quiere encontrar marido por ahora.

—Me temo que tendremos que espantar a más de un caballero cuando la joven quiera desposarse. Si es una protegida de nuestros padres, como sus primas, vamos a tener mucho trabajo.

—Eso me temo yo también, hermano. Eso me temo...

Tras la comida, me excuso para salir con las niñas al jardín a pasear con Star. Con el permiso de mis tíos, llamo a Star que está en la biblioteca y sale corriendo hacia la entrada. Salimos y comenzamos nuestro paseo por los jardines, disfrutando de un bonito día de sol y del aroma de las flores.

—El joven Cameron es muy apuesto, ¿verdad que sí, Laura? —pregunta Violet, cuando llegamos bajo el gran roble y nos sentamos.

—Sí, es guapo.

—Es mayor para mí, pero... algún día espero poder casarme con él.

— ¿Quieres ser la próxima Marquesa de Dulwich?

—No es por eso, Laura. Es que me gusta mucho Cameron.

— ¡Ay, prima...! Aún eres joven para pensar en casarte, pero seguro que cuando llegue el momento, el joven Cameron también querrá ser tu esposo. Serás una de las señoritas más hermosas que asistirá a esos bailes.

— ¿Por qué no quieres ser presentada, Laura? —pregunta Harmony, mientras peina mi cabello.

—Porque... mi madre no lo fue. Quiero poder encontrar un hombre del que enamorarme y con quien casarme, que ambos nos queramos y estemos tan enamorados que estemos siempre juntos. Quiero tener una familia tan bonita como la vuestra, llena de amor y felicidad.

— ¿Señoritas? —la voz de Cameron White, hace que todas nos sobresaltemos y al girarnos, ahí están los tres hermanos— Disculpádnos, no queríamos asustarlas.

—Pues lo habéis hecho, joven Cameron —dice Violet, con una tímida sonrisa.

— ¿Podemos acompañaros? — Pregunta Brendan, sonriendo.

—Claro, sólo estábamos disfrutando de la sombra de este roble —sonríó extendiendo la mano para que los tres muchachos se sienten junto a nosotras.

Cuando el pequeño Alan se sienta, Lilly sonrío y se pone en pie para ir caminando hacia él.

Se deja caer, le coge la mano y le deja la piedra que acaba de coger del suelo y que tenía como un tesoro.

—Vaya, creo que acaba de haceros un regalo —digo sonriendo.

— ¿Es para mí, lady Lilly?

Ella asiente y sonrío, se acerca a él y le da un beso en la mejilla. No puedo evitar reír porque algo me dice, tras unas horas en la compañía de estas niñas y estos jóvenes, que mis primas querrán casarse con los hijos de Lord White.

Capítulo 3



Londres. 1773.

—Es todo un ejemplar, no hay duda —Lord Conrad White, Marqués de Dulwich, ha venido para adquirir un nuevo pura sangre, pues el que tenía ya está demasiado viejo y se lo ha entregado a su hijo pequeño, Alan.

—Sin duda es perfecto para vos, milord —asegura mi tío.

—Pues no se hable más. Me lo llevo.

Tras levantar su copa de vino, brindamos todos y terminamos de comer.

Las visitas de los White desde que nos conocimos hace dos años han sido más asiduas. Han procurado venir a pasar unas semanas con nosotros cada tres meses, de modo que así mi tía Rose y lady White, pueden disfrutar de las tardes de té que tanto echaban de menos.

En sus visitas, la amistad entre los jóvenes Cameron, Brendan y yo, han ido en aumento y somos tan allegados, que Cameron me cuenta las pericias de los bailes a los que asiste.

Este año será Brendan quien empiece a acudir a esos bailes, aunque como su hermano, aún no desea encontrar esposa, por lo que solo baila con las muchachas, pero nada más.

Violet, se está convirtiendo en toda una dama, es educada, muy alegre, risueña y sigue enamorada de Cameron.

Le mira con un brillo en los ojos difícil de ocultar, pero si Cameron se ha percatado de ello, lo disimula muy bien porque no hace comentario alguno.

Mi pequeña Lilly, nos hace reír a todos con sus preguntas de niña, con su inocencia, y está aprendiendo a leer.

Yo, por mi parte, en estos dos años he aprendido a montar a caballo.

Tío Arthur me regaló una yegua negra preciosa, a la que llamé Misty. Paso muchas tardes paseando por los jardines en compañía de Star, mi perrita, y aprovecho la sombra del gran roble para leer mientras disfruto de las tardes soleadas.

Han pasado dos años desde que dejé Bath, desde que perdí a mi madre, pero ella sigue en mi recuerdo. Aún por las noches cierro los ojos y puedo verla, frente a mí, dándome las buenas noches.

Tía Rose, se ha convertido en mi confidente, en mi paño de lágrimas en las noches en que la

pena y la angustia me atormentan en la cama.

En cuanto escucha mi llanto, entra en el dormitorio y se mete en la cama conmigo, me abraza y acaricia mi cabello hasta que me vence el sueño.

Sin duda, sé que podré quererla como si de mi madre se tratara.

Tras la comida, mi tío y Lord White, se retiraron a la biblioteca para ultimar la compra del caballo. La verdad es que es una buena elección, un purasangre inglés, negro, con un brillo en su pelaje precioso, veloz y un semental de los buenos.

Cuatro de las yeguas de mi tío están esperando potrillos de ese semental.

Mientras mi tía, lady Gretchen y las niñas van a la salita para distraerse con algo de costura, yo me excuso para aprovechar e ir a dar un paseo con Misty y Star.

Al llegar al establo me acerco a mi yegua y, como siempre, apoyo mi frente en la suya y ella relincha.

—Hola, preciosa. Nos vamos a dar un paseo.

Miro alrededor y cuando encuentro a James, uno de los mozos del establo, le pido que ensille a Misty.

—Enseguida, lady Laura —me responde con una sonrisa.

Cuando mi preciosa Misty está lista, con ayuda de James, subo y emprendo el paseo con Star a mi lado.

La extensión de tierras del tío Arthur es increíble y cuando salgo con mis fieles compañeras me alejo tanto, que en ocasiones se me hace de noche.

Como siempre, he llegado hasta el límite de las tierras, que acaban junto a un precioso bosque repleto de árboles.

Algunas tardes me he quedado bajo uno de ellos, disfrutando del silencio, tan sólo interrumpido por el canto de los pájaros.

Star comienza a ladrar, y cuando escucho un ruido de hojas cerca de donde estoy con Misty, retrocedo, pero justo en ese momento una serpiente nos sorprende y Misty se asusta.

Trato de controlar las riendas, pero galopa tan rápido, inmersa en su miedo, que no me obedece.

Estoy sola por las tierras, algo de lo que tía Rose no está demasiado orgullosa pues no ha sido una, sino varias las ocasiones, que me ha dicho que podría pasarme algo y no se enteraría nadie de la casa.

Grito, tan alto como puedo, sintiendo que, poco a poco, mi garganta empieza a picar por el dolor.

Star también corre, pero por mucho que lo intentara, mi perrita no llegaría a la casa para alertar a nadie.

Entre los ladridos de Star y mis gritos, espero que alguien en la casa se percate de lo que

ocurre, pero al ver que no aparece nadie, toda mi esperanza se va.

Estoy llegando a la casa y a lo lejos veo un caballo acercarse. ¡Al fin nos han oído!

Sigo tratando de controlar a Misty, pero no puedo. Es imposible.

—¡¡Laura!! —el grito de Cameron, que se acerca galopando en el caballo que ha comprado su padre, hace que respire un poco más aliviada.

Cuando llega hasta nosotras se pone a mi lado, estira la mano y coge las mías que aún sostienen las riendas.

—Agárrate a mi mano, yo me encargo de las riendas.

Le hago caso y Misty, poco a poco, le obedece hasta que al fin para a unos metros de los establos.

Tengo el corazón tan acelerado que creo que se va a salir de mi pecho. He pasado miedo, pero al menos Misty ha sido precavida y ha regresado hacia la casa en vez de salir corriendo hacia cualquier otro lugar.

— ¿Estás bien? —pregunta Cameron, asustado.

—Sí... ahora sí.

—¡¡Laura, por el amor de Dios!! —grita mi tía Rose, acercándose a nosotros, junto a mi tío, lord y lady White— Te he dicho cientos de veces que no salgas sola. ¡Algún día ocurrirá una desgracia y no puedo perder a una de mis hijas! —dice cuando Cameron, me deja en el suelo y me abraza.

—No ha pasado nada, tía Rose. Misty vio una serpiente y...

—Podía haberte pasado algo, Laura. De ahora en adelante, no saldrás sola con Misty, es mi última palabra —cuando el tío Arthur se pone así de serio, no hay opción a réplicas.

—Sí, tío...

Me siento tan avergonzada que inclino la mirada hacia el suelo, me excuso y corro y hacia la casa.

Star me sigue, subimos las escaleras y entro en mi dormitorio, dejándome caer sobre la cama.

Es cierto que podría haberme pasado algo, pero sé que Misty se habría calmado al ver los establos y podría haberla controlado.

Cierro los ojos y trato de no derramar las lágrimas que intentan salir, pero es imposible.

Empiezo a llorar porque mis tíos tienen razón, podría haberme pasado algo grave.

Unos golpecitos en la puerta hacen que me incorpore en la cama, seco las lágrimas de mis mejillas y doy paso a quien sea que está al otro lado.

—Querida, ¿os encontráis bien? —pregunta lady White, entrando en mi dormitorio.

—Sí. Sólo ha sido un susto.

—Que podría haber terminado en tragedia. Vuestro tío os quiere, y vuestra tía... os tiene como a una hija. Para ellos, perderos, sería algo terrible. Ya perdieron a vuestra madre.

Sus brazos rodean mis hombros y me acerca a su cuerpo, abrazándome como solo una madre puede hacerlo.

Acaricia mi espalda, seca mis lágrimas y me calma con palabras susurradas.

—Sois una joven temeraria, pero muy educada. Y también sois hermosa. ¿Habéis pensado ya en encontrar marido?

—No, aún no quiero.

—Querida, el día que estéis dispuesta a aceptar un esposo, podéis confiar no sólo en vuestros tíos para ello, sino también en mi esposo y en mí. No aceptaremos a nadie que no os merezca realmente. Sois muy valiosa, Laura. Decidme, ¿habéis llegado a saber quién es vuestro padre?

Que lady White me pregunte eso, me sorprende. Es cierto que al ser buenos amigos de mis tíos ellos saben toda la historia de mi madre, pero no sabía que mi tío les había hablado a ellos de mi padre.

—Nunca —respondo, apartándome para mirarla—. Jamás le pregunté a mi madre, ni ella mencionó quien era.

—Vuestros tíos sí lo saben... y nos han hecho partícipes de ese conocimiento a mi esposo y a mí. El día que deseéis saberlo, tanto ellos como nosotros, estaremos dispuestos a deciros quién es.

Me da un beso en la frente, se levanta de la cama y tras darme las buenas noches sale del dormitorio.

Me quedo pensando en sus palabras. Mi tío sabe quién es mi padre y no me lo ha dicho. Claro, eso sería una de las peticiones de mi madre que él no tuvo más remedio que acatar.

Me levanto de la cama y me despojo de la ropa, me pongo el camisón y me meto bajo las sábanas, a esperar que el sueño me venza.

Afortunadamente, y tras el susto de la tarde, no tarda en llegar y me quedo dormida pensando en mi madre, como cada noche en los dos últimos años.

Capítulo 4



Londres. 1775.

La vida con mis tíos y mis primas es mejor de lo que esperaba. He sido la institutriz de las niñas desde que llegué, pero este año Violet, empezará sus clases en la academia para señoritas donde, junto al resto de jóvenes que serán presentadas el próximo año por primera vez en sociedad, recibirá clases de baile, algo que yo no puedo enseñarle pues no sé, al igual que de modales, protocolo y otras enseñanzas en las que yo no puedo ayudarla.

La academia no queda muy lejos de casa, así que, con el permiso de mis tíos Violet y yo, iremos hasta allí dando un paseo y durante el tiempo que ella permanezca en sus clases, me encargará de hacer las compras, así como de seleccionar las telas más bonitas para que le confeccionen preciosos vestidos con los que acudir a los bailes.

— ¿Estás nerviosa? —pregunto, mientras caminamos cogidas del brazo.

Aunque es cinco años menor que yo, es casi de mi estatura, así que podemos ir caminando juntas cogidas del brazo sin ningún problema.

—Un poco sí, prima. Sé que habrá muchachas hermosas, de buenas familias y tengo miedo de no estar a la altura.

—No digas esas tonterías, Violet. Eres una muchacha muy hermosa. Sabes coser, leer, escribir, tocar el piano. Eres educada y respetuosa. No tienes nada que desmerezca tu personalidad con respecto a las demás muchachas.

— ¿Crees que Cameron se fijará en mí el próximo año? Es tan mayor... que puede que se fije más en alguien de su edad.

—No tienes que preocuparte. Estoy segura de que Cameron, se fijará en ti, ya eres toda una señorita.

Entre risas y charlas llegamos a la academia. En la puerta esperan varias muchachas que aseguran es su primer año allí y que están asustadas por no estar a la altura.

Cuando la institutriz da la orden de que entren, me despido de Violet y al girarme choco con alguien.

—Lo lamento —digo levantando la mirada y me encuentro con un hombre joven.

Tiene el cabello rubio recogido en una coleta, ojos azules como el océano, es tan alto, que

tengo que levantar la cabeza para poder mirarlo.

Su pecho, donde aún tengo apoyadas las manos, es duro y desprende un calor que traspasa por la tela de su camisa azul clara.

—No tiene que disculparse, milady. Soy yo quien está en medio —qué voz más bonita. Es varonil, pero a la vez muy cálida—. Permítame presentarme. Soy lord Wyatt Wilson —coge mi mano, la acerca a sus labios y la besa. Y yo, como no podía ser de otro modo, me sonrojo.

—Es un placer, lord Wilson. Soy lady Laura Sanders.

—Vaya, ¿tenéis relación con lord Arthur Sanders? Es uno de los mejores criadores de caballos de todo Londres.

—Así es. Es mi tío.

— ¿Y vivís con él y su familia?

—Sí, me instalé con ellos hace ya cuatro años.

— ¿Y por qué no os he visto antes, milady? He asistido a algunos de esos bailes y nunca he visto vuestra belleza en ellos.

—Es petición mía no asistir para mi presentación. No quiero encontrar un esposo en uno de esos bailes.

—En ese caso, tendré que esmerarme en conquistarla sin tener que asistir a esos tediosos bailes.

—Si me disculpa, milord, debo hacer unos recados antes de regresar a recoger a mi prima.

—Claro, no la entretengo más. Espero volver a verla pronto, milady — vuelve a coger mi mano para dejar un beso en ella, sin apartar sus ojos de los míos.

Me alejo, camino hacia la tienda para hacer las compras y pienso en ese encuentro con lord Wilson.

Es apuesto, seguro que muchas de las señoritas de todo Londres estarán deseando que las corteje para convertirse en la futura lady Wilson.

Aunque yo no he sentido nada. Es apuesto, claro está, pero... Eso que dijo mi madre que sintió al conocer a mi padre... no, yo no lo he sentido.

No he notado que mi cuerpo reaccione al contacto de su mano con la mía. Ni tan siquiera a los dos besos, inocentes y educados, que ha dejado en ella.

Está claro que lord Wilson, no es el hombre del que podría enamorarme y aceptar ser su esposa.

Cuando las puertas de la academia se abren, veo a Violet salir sonriendo acompañada de dos muchachas igual de sonrientes que ella.

— ¡Laura! Tenías razón. No tengo nada que temer. Las damas que nos enseñan están encantadas conmigo. Dicen que se me da muy bien la costura, al igual que la lectura y la

escritura. Les he dicho que he aprendido de mi prima y quieren conocerte. Dicen que debes ser toda una señorita para estar tan bien instruida en esas lindes.

—Pues se equivocan mucho. Aprendí a leer y escribir porque me enseñó mi madre y después sola, y a coser también aprendí de ella.

—El vestido que lleva se lo ha hecho ella —dice mi prima, orgullosa, a las que intuyo son sus dos nuevas amigas.

—Es precioso —dice una de ellas.

—Laura, ellas son lady Masie Hall y lady Kimberly Coleman.

—Encantada de conocerlas, señoritas —digo, haciendo mi habitual reverencia.

—Es un placer, milady —responden ellas al unísono.

—¿Sabes que son hijas de Condes? —pregunta Violet, en apenas un susurro.

—Oh —y no sé qué más decir puesto que no estoy acostumbrada a relacionarme con gente de tanta clase. Salvo los Marqueses de Dulwich.

—Les he dicho que podrías enseñarles a coser como nos enseñaste a mis hermanas y a mí. A Masie, su madre no la enseña y su hermana, que ya está casada y tiene una hija, no puede enseñarle. Y Kimberly...

—Mi madre murió hace algunos años y la hermana de Masie, es mi cuñada, pero no puede enseñarme tampoco.

—Bueno, si vuestros padres están de acuerdo, podríamos recibiros en nuestra casa la tarde de los sábados para que practiquéis la costura.

—¡Sería maravilloso! —responde lady Hall—. Ahí viene mi madre. Voy a hablar con ella.

Lady Masie Hall es una joven muy bonita. De cabellos castaños y ojos azules. La mujer que se acerca a nosotras es igual a ella, pero con algunos años más.

Sonríe al ver a su hija y la recibe con un abrazo.

—Madre, teníais razón. Kimberly y yo, hemos hecho una buena amiga en la academia. Ella es lady Violet Sanders.

—Me alegro, querida. ¿Ella es su madre? —pregunta al verme.

—No, es la prima de lady Sanders. lady Laura, ella es mi madre, lady Esme Hall, Condesa de Harringay.

—Es un placer conoceros, condesa —digo, haciendo una reverencia.

—¿Lord Arthur Sanders es vuestro padre, lady Violet?

—Sí, y tío materno de Laura.

—He oído hablar mucho de él. Sus caballos son los mejores de Londres. Mi esposo ha comprado varios de ellos.

—Son los mejores, sin duda. Tenemos cuatro descendientes de uno de los mejores pura sangre que están siendo entrenados. El Marqués del Dulwich lo compró hace dos años y según dice, es

el más rápido en todas las cacerías a las que asiste en Oxford.

—Tendré que informar a mi esposo para que pueda hacerse con uno de esos nuevos caballos, milady. No deberíamos perder la oportunidad de tener un, pura sangre.

—Madre, lady Violet se ha ofrecido a invitarnos a Kimberly y a mí, a su casa la tarde de los sábados para que lady Laura, nos enseñe a coser. ¿Podremos ir, madre?

—Tendré que hablar con vuestro padre, querida, y con el vuestro, lady Kimberly, aunque no creo que pongan impedimento en vuestra formación, ya que eso hará que las clases de la academia sean más sencillas y llevaderas.

—El vestido que lleva lo ha hecho ella, madre —dice lady Masie, sonriendo.

—Pues es precioso, querida. No tiene nada que desmerecer de los de una buena modista. Señoritas, será mejor que nos marchemos, el carruaje espera y tenemos cena con toda la familia.

—Nos vemos mañana, lady Violet, lady Laura.

Cuando se despiden de nosotras, mi prima me abraza y empieza a reír. Me gusta verla así después del miedo que tenía a ser menos que el resto de muchachas de la academia.

Caminamos hacia la casa y le cuento que he escogido varias telas de lo más bonitas para sus nuevos vestidos.

— ¡Es maravilloso, cariño! —la tía Rose se ha emocionado al saber que Violet ha hecho amistad con las hijas menores del Conde de Harringay y del Conde de Bexley.

—Y como no saben coser... las he invitado a casa para que Laura pueda enseñarles. No os importa, ¿verdad padre?

—Claro que no, cariño. Será un honor recibir las en nuestro hogar.

Y tras la emoción del día, nos sentamos en la mesa para disfrutar de una comida familiar como de costumbre.

La pequeña Lilly, me pide que después de comer salgamos a pasear con Star. Ha estado unos días enferma y está cansada de estar encerrada en casa, así que el aire fresco le vendrá bien.

Recuerdo que se me ha olvidado comprar hilo para coser un vestido que estoy haciendo para ella, así que decidimos ir paseando hasta la tienda de la modista.

—Laura, cuando tengan que presentarme en sociedad, ¿me harás un vestido bonito como el que estás haciendo para Violet?

—Claro que sí, mi niña. Sabes que me gusta mucho hacer vuestros vestidos.

Entramos en la tienda y lady Howard, la modista, sonrío al verme. Le pido el hilo que necesito y veo un precioso encaje color rojo del que me quedo prendada nada más verlo.

Pero no sé en qué vestido podría ponerlo, pues no tengo ninguno pensado hacer en ese color.

Tras mirarlo disimuladamente un par de veces más, decido comprar unos metros, algo podré hacer con él.

Salimos de la tienda, con el paquete en las manos, y antes de que termine de poner un pie en la calle, choco con alguien.

—Vaya día llevo —digo antes de mirar hacia arriba y encontrarme, sonriendo, a lord Wilson.

—Volvemos a encontrarnos, milady —dice, cogiendo mi mano para besarla.

—Eso parece, milord. Disculpe, salía distraída.

—Es un placer que choque conmigo. No todos los días uno puede decir que ha encontrado, en dos ocasiones, a la mujer más bonita de Londres.

La risita de Lilly hace que la mire y frunzo el ceño. Ella se encoge de hombros y se tapa la boca con la mano para disimular la risa, pero se la oye de igual modo.

—Oh, veo que va bien acompañada, milady —dice, inclinándose para coger la mano de Lilly—. Soy lord Wyatt Wilson. Es un placer conocerla.

—Encantada, milord. Soy lady Lilly Sanders.

—¿Una de sus primas, lady Laura?

—Sí, la menor de ellas.

—Es tan bonita como vos. Y tiene vuestros mismos ojos.

—Los hemos heredado de mi padre y de su madre —dice mi pequeña Lilly, tan inocente.

—Estoy seguro de que vuestra madre, al igual que la vuestra, lady Lilly, son unas mujeres muy hermosas.

—Tía Daisy murió hace cuatro años, por eso Laura vive con nosotros.

La cara de lord Wilson al escuchar a mi prima cambia por completo. Su semblante se ha vuelto serio, a la par que, sorprendido, y lo veo fruncir el ceño.

—¿Se encuentra bien, milord? —pregunto, pues no parece que lo esté.

—Sí, es solo que recordé algo. Debo marcharme. Ha sido un placer volver a coincidir de nuevo, milady —coge mi mano una vez más y la besa, sin apartar la mirada, y esta vez noto que su pulgar acaricia la piel de mi muñeca—. Espero volver a veros. Quisiera conocerlos más, Laura.

Que se tome esas libertades, de hablarme, así como si hiciera años que nos conocemos, me molesta, pero antes de que pueda decirle nada se aleja de nosotras.

Miro a Lilly, nos encogemos de hombros y comenzamos el camino de vuelta a casa.

—Vamos, niñas. Los Condes de Harringay no tardarán en llegar —dice tía Rose, desde el comienzo de la escalera.

Termino de preparar a Lilly y salimos de su dormitorio, encontrándonos con Violet y Harmony en la escalera.

Bajamos y apenas unos minutos después escuchamos los caballos acercarse.

William se acerca para abrir la puerta, mientras nosotros esperamos en la entrada a que nuestras vivistas entren.

— ¡Lady Violet! ¡Lady Laura! —gritan lady Masie y lady Kimberly, nada más entrar en la casa, corriendo hacia nosotras para abrazarnos.

—Señoritas, esos modales. Cualquiera diría que estamos pagando una academia... —dice lady Hall, sonriendo.

—Querida, nuestra hija y su cuñada son así de efusivas. No pretenderás cambiarlas a su edad, ¿verdad? —el que habla debe ser lord Hall, el Conde de Harringay.

Es alto y, a pesar de su edad, aún es apuesto. Tiene el cabello negro, con alguna leve veta plateada en las sienes, corto y bien arreglado. Los ojos son marrones, intensos y, por unos instantes, me quedo mirándolos fijamente. Creo que he visto antes esa mirada, pero no sabría decir dónde.

—Lord Hall, es un honor recibirlos en mi casa —dice tío Arthur.

—Mi mujer me habló de unos caballos que están entrenando. ¿Qué le parece si vamos a verlos mientras las mujeres toman el té, cosen y hablan de cotilleos de la sociedad? —pregunta lord Hall.

—Claro, milord.

—Pero antes, quisiera conocer a sus hijas. Son todas tan hermosas como su esposa.

—Gracias, lord Hall —dicen mis primas sonrientes.

Tras presentar a mis primas y a mi tía, tío Arthur se acerca a mí y me coge la mano.

—Y ella es nuestro tesoro. Mi sobrina Laura, hija de mi hermana mayor, que lamentablemente murió hace cuatro años. Desde entonces Laura vive con nosotros. Es como una hija más para mi esposa y para mí. Laura, él es lord Craig Hall.

—Es un placer conocerlo, milord —me inclino, hago mi reverencia y sonrío.

—Sois muy hermosa. Seguro que tendréis a los jóvenes en edad de casar detrás de vuestra sobrina, lord Sanders.

—No busca esposo aún, nunca ha sido presentada en sociedad.

—Pero, ¿cómo es eso posible, lady Laura? Deberíais estar casada, o a punto, y pensando en formar una familia.

—Milord, provengo de una familia humilde. Mi madre no fue presentada. Nací en Bath, donde ella me crio, sola, hasta el día que murió. Que ahora viva con mis tíos y goce de su buen nombre por la cría de caballos, no quiere decir que deba olvidar mis orígenes. No necesito ser presentada y asistir a bailes en busca de un esposo. El día que conozca al hombre adecuado para mí, estaré dispuesta a casarme, no lo dude, pero no creí necesario que tuviera que encontrarlo en uno de esos bailes.

—Veo que tenéis las ideas muy claras, lady Laura. Ahora entiendo que la joven Violet sea una señorita tan correcta y educada. Mi hija Masie, habla maravillas de ustedes dos. Me complace saber que mi hija, y la hermana de mi nuera, están en tan buena compañía. Aunque, si me

permitís haceros una petición. El día que encontréis un hombre al que poder considerar vuestro esposo, compartirlo con mi esposa Esme y conmigo. Estaremos encantados de ser algo así como vuestros padrinos en la sociedad.

—Los Marqueses de Dulwich son mis protectores. Será un honor contar también con ustedes, lord Hall.

—Bien, señoras, señoritas. Que tengan una buena tarde. Lord Sanders, veamos esos caballos de los que, estoy seguro, pronto seré dueño de uno de ellos.

Lady Hall se acerca a mí, coge mi brazo y emprendemos el camino hacia la sala donde está todo listo para enseñar a coser a lady Masie y lady Kimberly.

—Lady Laura, sois una joven encantadora. Tenéis las ideas muy claras con respecto a vuestro futuro, pero no perdáis la oportunidad de encontrar a un buen hombre. Sé que sois joven aún, pero estoy segura que antes de lo que creéis, llegará ese hombre.

Y con esas palabras, y dando unas leves palmaditas en mi brazo, llegamos a la sala donde tanto mis primas como lady Masie y lady Kimberly, se sientan para empezar con las clases de costura.

Capítulo 5



Londres. 1776.

Violet cumplió el pasado mes quince años. Esta noche, por fin, será presentada en sociedad.

Se ha convertido en toda una señorita. Es tan hermosa como tía Rose, y la alegría que desprende es tan contagiosa, que siempre que estoy triste al recordar a mi madre, la busco a ella para que me haga sonreír.

Somos muy cercanas, es la hermana que siempre quise tener, y yo para ella soy como una hermana mayor.

La amistad que forjó en su primer día en la academia con Lady Masie Hall y Lady Kimberly Coleman es tan fuerte, que me han acogido entre ellas y somos cuatro amigas inseparables.

Tomamos el té cada sábado desde hace un año, cosemos, disfrutamos de Violet tocando el piano y de la bonita voz de Kimberly, cuando nos lee algún poema.

Paseamos juntas por los jardines de nuestra casa y, en alguna ocasión, hemos salido a pasear por las calles de Londres en busca de telas para confeccionar pañuelos, chales o algún vestido que ellas me han pedido y que, al ser mis aprendices en costura, han ayudado a coser gustosamente.

Finalmente pude utilizar el encaje rojo que compré en la tienda de la modista. Forma parte del vestido que tía Rose llevará esta noche al primer baile.

Como cada año, según nos contó lady Hall, Condesa de Harringay, abre la temporada de bailes Lady Margaret Smith, esposa de un importante militar del ejército de Londres, ya retirado, y que tan solo tuvo una hija a quien casó con el heredero del ducado de Barfleur, en Francia, donde vive desde que se casaran hace ya seis años.

Los Marqueses de Dulwich, lord y lady White, están en Londres para asistir a los bailes que se celebran este año.

Como aún conservan la casa en la que vivieron antes de mudarse a Oxford, se alojarán allí y lady White, dijo que este año ella también será la anfitriona de un baile, pues quiere celebrarlo en honor a mi prima Violet.

Me miro en el espejo antes de terminar de arreglarme. Esta noche debo lucir perfecta, pues voy a compartir estancia con la alta sociedad londinense.

Miro la cajita en la que guardo mi mayor tesoro. Son unos pendientes y un collar de perlas que mi madre dejó en su casa antes de marcharse a Bath. Eran de mi abuela y debían pasar de madres a hijas el día de su boda.

Mi madre nunca se casó y no pensaba hacerlo, por eso lo dejó en Londres, pero tío Arthur, las guardó esperando que mi madre algún día regresara y se casara.

Eso nunca sucedió, así que quiso que yo conservara las perlas y pudiera entregárselas a mi hija algún día.

Abro la cajita, cojo el collar y me lo pongo. Paso los dedos por las perlas y cierro los ojos pensando en mi madre.

Me pongo los pendientes y me levanto del pequeño asiento que tengo frente al tocador.

Como siempre, Faith me ha ayudado a vestirme. Ponerme el corpiño y atar las cuerdas es lo peor, pero para lucir bien estos vestidos debemos llevarlos.

Me he puesto un vestido en azul claro y me he recogido el cabello. Jasmine se ha encargado de ello, es una experta en recogidos.

Cojo el chal blanco, lo pongo sobre mis hombros y salgo de mi dormitorio.

Cuando bajo las escaleras, mis tíos junto a mis primas están esperándome.

—Estás preciosa, prima —dice Lilly, acercándose para abrazarme.

—Cuando me presenten dentro de tres años también irás a acompañarme, ¿verdad Laura? —me pregunta Harmony, abrazada a mi cintura.

—Claro que iré, cariño. Asistiré a la presentación de vosotras dos igual que a la de Violet. Y a todos los bailes. Yo me encargaré de que los caballeros que pretendan conquistar vuestros corazones sepan que, si os hacen el menor daño, se las verán conmigo.

—Vamos Laura, no debemos llegar tarde —dice tía Rose—. Buenas noches, mis preciosas hijas. Nos veremos por la mañana.

—Buenas noches, madre. Buenas noches, padre —responden ambas, sonriendo—. Violet, pásalo bien. Baila con muchos chicos y deja que te cortejen. Tienes que encontrar esposo este año —dice Harmony.

—Es su primer año, cariño. Tal vez no encuentre al hombre adecuado hasta el próximo año —dice tío Arthur, cogiendo del brazo a tía Rose—. Y ahora, señoritas, portaos bien y no deis demasiada guerra. Buenas noches, mis preciosas hijas.

Salimos de casa y Cody nos espera junto al carruaje con la puerta abierta.

El tío Arthur coge de la mano a la tía Rose y la ayuda a subir, después ayuda a Violet y Cody coge mi mano para ayudarme a mí. Sonrío y él hace una inclinación de cabeza.

Cody forma parte del servicio de la casa, pero para mí es un buen amigo pues algunas veces, en esos paseos a caballo, ha sido él quien me ha acompañado después del susto con Misty, cuando vio aquella serpiente.

El tío se une a nosotras y Cody, se sitúa en su asiento para llevarnos hasta la casa de lady Smith.

La casa que tengo ante mis ojos es increíble. Es una mansión de tres plantas, fachada de piedra negra con grandes ventanales y rodeada de árboles y flores que, a la luz del día, deben verse espléndidas.

Garden Manor, que así se llama esta increíble villa en la que nos encontramos, está repleta de carruajes de los asistentes al baile.

Cuando Cody para el carruaje, se abre la puerta y vemos a un mozo del servicio que nos da la bienvenida.

El tío Arthur baja y nos ayuda a bajar a las tres. Caminamos hacia la entrada y dos mayordomos, con trajes azul marino y ribetes dorados en la chaqueta, nos dan la bienvenida y le indican a otro de los mayordomos que nos acompañe al gran salón.

La música llega a mis oídos y disfruto de esas preciosas melodías. Las he escuchado durante el último año mientras Violet tocaba el piano y lady Masie y lady Kimberly, bailaban en el salón con las pequeñas Harmony y Lilly.

—Bienvenida a tu primer baile, prima —susurro, cogiendo a Violet del brazo.

Está nerviosa, me mira y sonrío, pero sé que por dentro está muerta de miedo.

Le doy un afectuoso apretón en el brazo y la suelto para entrar en el salón.

Nada más entrar, los anfitriones se acercan para saludarnos.

Lady Smith, es una mujer de unos cincuenta años, con el cabello negro y unos bonitos ojos azules. Nos abraza a la tres, nos da la bienvenida y dice que espera que disfrutemos de la velada.

Su esposo, lord Smith, es un hombre no muy alto, se le nota la edad y el peso de los años al servicio del ejército.

Luce el cabello completamente blanco, su rostro está cubierto de arrugas, pero el brillo de su mirada, unos ojos negros como la noche, hace visible el amor que siente por su esposa.

Ambos desean que nos sintamos como en nuestra propia casa y se dirigen a saludar a quienes llegan tras nosotros.

Mis tíos, rápidamente reconocen entre los asistentes a los Marqueses de Dulwich, quienes se acercan a nosotros acompañados de sus dos hijos mayores, Cameron, que ya cuenta con veintiún años y Brendan, que tiene dieciocho.

—Arthur, te veo bien, amigo —dice lord White, Conde de Dulwich.

—No mejor que vos, Conde.

—Rose, querida, estás preciosa con ese vestido. Es magnífico —lady White saluda a mi tía con un par de besos y toca la tela del vestido, deteniéndose en el precioso encaje del que me quedé prendada cuando lo compré.

—Lo ha confeccionado Laura, tiene unas manos para la costura, deliciosas.

—Querida Laura, tendrás que hacerme un vestido a mí también. El mío será el último baile que se celebre esta temporada. ¿Crees que te daría tiempo, querida?

—Podría intentarlo, si empezase mañana tomando medidas y eligiendo la tela.

—Pues ya tenemos planes para el resto de la semana —asegura, dándome un abrazo.

Los Marqueses de Dulwich se han convertido en una especie de tíos para mí, igual que para mis primas.

Cuando Cameron se acerca a saludarnos, coge mi mano, la besa y después hace lo mismo con Violet. Ella se sonroja, sigue enamorada de este muchacho y espero no equivocarme cuando creo que él, será quien la elija como esposa, pero podría ser que no...

—Lady Violet, ¿me haría el honor de concederme su primer baile? —cuando Cameron hace la pregunta, no puedo evitar abrir los ojos completamente asombrada. Violet me mira, se sonroja y yo asiento para que ella le dé una respuesta.

—Será un placer, lord Cameron.

Brendan nos saluda con el mismo beso en la mano, hace una reverencia y se aleja junto a su hermano para ir a tomar una copa de coñac.

Permanecemos junto a mis tíos y los Marqueses de Dulwich, hablando de lo concurrido que está el primer baile.

Muchas de las señoritas presentes ansían encontrar esposo. Algunas de ellas están en su segundo año después de su presentación, otras incluso es el tercero y, las menos afortunadas, que apenas son cuatro, están en el último año.

Por desgracia, si a los dieciocho años no han encontrado un esposo, se verán en la obligación de aceptar al hombre que sus padres crean conveniente. De modo que espero que tanto Violet, como mis primas, cuando les llegue su momento, encuentren esposos adecuados sin tener que dejar a mi tío en la difícil decisión de elegir un esposo para ellas.

—¡¡Lady Violet!! —las voces de lady Masie y lady Kimberly, nos llegan desde nuestra izquierda.

Junto a ellas se acercan a nosotros Lord y Lady Hall, Condes de Harringay, un hombre mayor, quizás de la edad de mi tío, alto y de cabellos castaños con algunas vetas plateadas, ojos verdes y bien parecido. Un hombre joven, con un parecido más que evidente al hombre mayor, salvo porque no tiene vetas plateadas, y una hermosa mujer de cabellos negros y ojos azules.

—Lady Masie, lady Kimberly. Me alegra veros —dice mi prima, abrazando a sus amigas.

—Lady Laura, estáis preciosa esta noche —lady Kimberly se acerca y me abraza. Ahora que veo a los que intuyo son su padre y su hermano, sé que ha heredado el cabello rubio y los ojos azules de su madre.

—Lord Hall, lord Coleman. Me alegra veros esta noche —mi tío estrecha sus manos y les

saluda.

—Lady Laura, permitidme presentaros a mi hija, Eliza, esposa de lord Neal Coleman, hijo de mi buen amigo, el Conde de Bexley, lord Ewan Coleman.

Ewan. Al escuchar ese nombre, recuerdo que es el de mi padre. Me tenso unos instantes y pienso en mi madre.

Noto a mi tío cerca de mí. Su mano rodea mi cintura y le miro. Parece preocupado, pero no entiendo por qué.

—Lady Laura es la sobrina de lord Sanders. Es una joven encantadora —asegura lady Hall.

—Encantada de conoceros, lady Laura. Mi hermana Masie y mi cuñada Kimberly hablan maravillas de vos. ¿Es cierto que las habéis ayudado a confeccionar los vestidos que lucen esta noche? —pregunta lady Coleman.

—Sí, pero el mérito es de ellas. Son unas alumnas muy aplicadas.

—El vestido de lady Rose lo ha hecho ella —lady White, informa a los presentes y yo, me sonrojo.

—Y el que lleva ella, también. Mi sobrina es una maravillosa modista. Fue su madre quien la enseñó a coser —dice mi tía Rose.

— ¿Daisy Sanders es vuestra madre, milady? —la voz de lord Ewan Coleman es profunda, pero transmite tranquilidad y calma.

Mira a mi tío y él asiente antes de que yo pueda responder. ¿Conocía el Conde de Bexley a mi madre?

Le veo cerrar los ojos y respirar profundamente. Cuando vuelve a abrirlos, un extraño brillo los cubre y no sé a qué puede ser debido.

—Si me disculpan. Voy por una copa —dice lord Ewan Coleman, y ante sus palabras, su hijo Neal, mi tío, lord Hall y lord White, se excusan ante nosotras y le acompañan a una de las mesas para disfrutar de una copa de coñac.

Cameron y Brendan se acercan a nosotras y nos ofrecen una copa de vino a Violet, a mi tía y a mí, puesto que el resto de las mujeres tiene una en las manos.

Se despiden y se reúnen con el resto de los hombres.

Veo que mi tío y lord Ewan Coleman se alejan un poco del resto de hombres y hablan. En alguna ocasión lord Coleman me mira, y por un momento siento pánico. ¿Puede que le haya parecido hermosa y esté preguntándole a mi tío si podría considerarlo pretendiente para ser mi esposo?

Espero que no... Es apuesto, pero demasiado mayor para mí. No quiero casarme con alguien que, por edad, podría ser más mi padre que mi esposo.

Entre risas y charlas pasamos la velada, hasta que suena la primera pieza que da comienzo al baile.

Tal como dijo, Cameron se acerca a nosotras y le tiende el brazo a Violet, para que lo acompañe a bailar.

Un muchacho de cabellos rubios y recogidos en una coleta, alto y apuesto, se acerca hacia nosotras también, y al tenerlo cerca reconozco que se parece y mucho, a lord Wyatt Wilson, aquel hombre al que me encontré en dos ocasiones el mismo día hace un año y que he evitado por todos los medios volver a ver.

Le tiende el brazo a lady Kimberly y ella, sonrojada y sonriendo, le acompaña.

Lady Masie respira hondo cuando ve que se acerca un joven alto, de ojos verdes como esmeraldas y cabello negro como la noche. Es apuesto, muy apuesto.

Sonrío cuando mis tres amigas se giran sonriendo y emocionadas a mirarme.

Me siento feliz por ellas, creo que, sin duda, están a punto de bailar con el hombre que ellas esperaban hacerlo.

—Vos deberíais haber sido presentada, querida Laura —dice lady Hall—. A vuestra edad se os considera ya una solterona, por desgracia.

—¿Qué edad tenéis, lady Laura? Si no es indiscreción —me pregunta lady Coleman.

—Veinte años.

—Apenas sois dos años menor que yo. Sois joven y hermosa. Deberíais aprovechar este año para encontrar un buen esposo.

—No lo busco, si aparece el hombre adecuado estaré encantada de aceptarlo, pero si no es el caso, no me preocuparé.

—Bueno, siempre podéis acompañarnos a nosotras en estos tediosos bailes. Ya no estamos en edad de bailar con apuestos caballeros. Y no desmerezco a nuestros esposos, que gozan de muy buen aspecto para rondar los cincuenta años —dice lady White.

—¿Con quién están bailando lady Masie y lady Kimerbly? —pregunto para llevar el tema de conversación lejos de mi persona.

—A mi hermana le acompaña lord Jude Jones, futuro Marqués de Northforest. Su padre es buen amigo del mío. Y lady Kimberly, baila con el hijo menor de los Duques de Westland, lord Timothy Wilson —lady Coleman lo dice en un tono tan despectivo, que intuyo que no se llevan demasiado bien con los Duques.

—¿Wilson? ¿Tiene algún parentesco con lord Wyatt Wilson? —pregunto recordando de nuevo al caballero que hace tanto que no veo.

—¿Conocéis a lord Wyatt? —pregunta lady Hall.

—Tuve la ocasión de conocerlo el año pasado, el primer día de academia de mi prima Violet. Choqué torpemente con él ese día, en dos ocasiones.

—Timothy no es como su hermano, pero como todo en la vida, las acciones de uno las arrastran los demás miembros de la familia —dice lady Coleman.

—Ahí viene lord Wyatt. Y creo que va directo a vos, lady Laura —asegura lady White.

Miro hacia donde ella está mirando y ahí está, el hombre apuesto, alto, de cabellos rubios y ojos azules como el océano.

—Buenas noches, señoras. Permítanme decirles que lucen todas muy hermosas esta noche.

—Gracias, lord Wilson —dice mi tía, aceptando la mano que le tiende para coger la suya y besarla, como ha hecho con las otras tres mujeres a nuestro lado.

—Lady Laura, seguís tan bella como el año pasado. Incluso más, si eso es posible. ¿Por qué no he vuelto a veros si era lo que más deseaba?

—Porque mi sobrina ha estado muy atareada con las clases de mis hijas, de Lady Masie Hall y Lady Kimberly Coleman.

Ahí está mi tía, dejando claro que, por el motivo que sea, no va a permitir que este hombre trate de cortejarme. Y de paso le deja claro que gozo de la simpatía, y tal vez protección, de los Condes de Harringay y Bexley.

—Cierto, he estado muy ocupada para hacer de ellas unas señoritas de provecho para los posibles pretendientes.

—Quisiera que me concedierais un baile. Me gustaría tener la oportunidad de que nos conociéramos. Ya os dije que quisiera cortejaros.

—Me temo que no va a tener ese baile, lord Wilson. Yo no he venido buscando esposo, sino en calidad de acompañante de mi prima.

—Lady Laura... —Lord Wilson se acerca más a mí, pero antes de que pueda decir algo más, la voz de lord Coleman le interrumpe.

—Joven Wyatt, si me permitís. He venido a cobrarme el baile que lady Laura le ha concedido a este viejo lord, cuando nos han presentado.

Lord Wilson mira a lord Coleman, después a mí, y vuelve a mirarlo a él. Asiente y coge mi mano para dejar un beso en ella, sin apartar la mirada de la mía, tal como hizo el año pasado, y en sus ojos veo la promesa de que no será la última vez que intente cortejarme.

—Viejo Ewan —dice lord Wilson, con tal confianza que es como si fueran amigos desde hace años—, espero que no pretendáis casaros con esta joven, pues me he propuesto cortejarla y hacerla mi esposa, aunque me cueste tiempo y tarde en lograrlo. Ya sabéis que, al final, siempre consigo lo que me propongo.

Cuando se aleja, miro al resto de mujeres y todas están negando, con la mirada clavada en él, y después me miran a mí.

—Señoras, creo que tenemos algo que hacer las cuatro —dice lady Coleman—. Hay que evitar que lord Wilson se acerque a lady Laura y acabe obligándola a casarse con él.

—Pero ¿tan grave es que ese hombre se acerque a mí? —pregunto, asombrada por las palabras de lady Coleman.

—Laura, hija, ese hombre es el mayor rival en los negocios de lord Cedric Hall y lord Neal Coleman.

— ¿Quién es lord Cedric Hall?

—Mi hermano mayor. El hombre que habla con mi padre, mi esposo y vuestro tío en este momento.

Miro hacia donde ella mira, donde está mi tío acompañado de los hombres que ha mencionado, y lo veo.

Es alto, muy apuesto, de cabello negro corto y bien arreglado. Desde aquí puedo ver el parecido con su padre, lord Craig Hall. Sus ojos, marrones e intensos... sé que los he visto antes, pero sigo sin recordar dónde.

Siento un escalofrío recorriendo mi espalda cuando sus ojos se encuentran con los míos. No aparto la mirada, y él tampoco. Sonríe de un modo casi imperceptible y hace una leve inclinación de cabeza.

Aparto la mirada y me centro en lord Coleman.

—Milady, sé que no le pedí ningún baile, pero me gustaría que me concedierais este.

—Será un placer, lord Coleman.

Sonríe, me tiende su brazo y me agarro a él, para ir hacia el centro del salón donde empezamos a bailar cuando los músicos comienzan a tocar una nueva pieza.

Es un buen bailarín, me lleva sin ningún problema y no me pisa. Cosa que agradezco porque sería horroroso sufrir ese dolor, ya que sus pies son mucho más grandes que los míos.

Siento que somos el centro de todas las miradas. Miro disimuladamente y veo corrillos, de hombres y mujeres, hablando entre ellos y en ocasiones nos señalan.

—No os preocupéis, milady. Los hombres están celosos porque, un viejo como yo, está bailando con una mujer joven y hermosa como vos. Y las mujeres hablan porque hace muchos años que quedé viudo y no quise volver a encontrar esposa. Algunas de las que tanto os estarán criticando ahora mismo querría ser la segunda Condesa de Bexley.

—No me tranquiliza saber que me están criticando en estos momentos, milord.

—Pues debéis estar tranquila. No permitiré que nadie hable mal de vos, ni de que manchen el buen nombre de vuestro tío con habladurías.

—Gracias, milord.

—Os parecéis tanto a vuestra madre...

— ¿La conocisteis? —pregunto sorprendida y él, tan solo asiente— No sabía que se relacionó alguna vez con un Conde...

—Lady Laura, algún día entenderéis muchas cosas, pero no esta noche. Ahora, disfrutemos del baile y después, si me lo permitís, quisiera que tomarais una copa de vino conmigo.

—Lord Coleman, será un placer compartir la velada con vos esta noche. Aunque las damas de

este salón me critiquen.

—Sí, sois como vuestra madre —dice sonriendo y de nuevo veo ese brillo en sus ojos.

Terminado el baile y agarrada a su brazo, caminamos por el salón hasta una de las mesas. Me ofrece una copa de vino y doy un sorbo. Miro alrededor y las miradas siguen puestas en nosotros.

—Este baile nuestro va a ser lo más comentado de la noche —digo sonriendo.

—Lo sé, sin duda estoy con la mujer más hermosa de este salón. Sin desmerecer la belleza de vuestra tía y prima, por su puesto.

—Lady Coleman también es muy hermosa, igual que lady Hall y lady White —digo, mirando hacia donde ellas siguen hablando y mirándonos.

—Cierto. Mi hijo tiene buen gusto. Se quedó prendado de lady Eliza Hall nada más verla, en una de las reuniones de negocios que mantuve con su padre, el Conde de Harringay, y su hermano, lord Cedric.

—Habéis dicho que sois viudo desde hace muchos años. ¿Por qué no quisisteis una segunda esposa?

—Porque me enamoré tan sólo una vez en la vida, pero las circunstancias para nuestra relación no eran las mejores. Yo ya estaba casado y...

— ¡Oh! Vuestro matrimonio fue un arreglo familiar, supongo.

—Así es, querida. Y cuando conocí a la mujer de la que me enamoré realmente, ya tenía una familia. No podía hacer nada. Así que la perdí y jamás pude recuperarla.

—Lo lamento —digo pasando mi mano por su brazo, tratando de reconfortar al hombre que tengo frente a mí que, por un momento, ha cambiado su sonrisa por una mirada triste.

—Lo bueno que saqué de mi matrimonio, fueron mis hijos.

Terminamos nuestra copa de vino y, tendiéndome el brazo, me agarro a él y me acompaña junto a mi tía y el resto de las mujeres que sonrían al verme llegar.

—Lord Coleman, sois el centro de todas las conversaciones esta noche —dice lady Hall, cuando estamos junto a ellas.

—Querida, sois la envidia de las damas aquí presentes —asegura lady White.

—Una lástima que yo no busque esposa, ni ella esté buscando marido. Estoy seguro de que seríamos un buen matrimonio —dice Lord Coleman sonriendo.

— ¡Milord! No haga creer a estas señoras que me casaría con vos. Pensarían que voy buscando el título de su familia.

—Sois una joven encantadora, lady Laura. Espero que volvamos a coincidir de nuevo —lord Coleman coge mi mano, la besa y tras despedirse de nosotras, se aleja para tomar una copa con mi tío y el resto de los hombres.

Tanto mi tía como las demás mujeres que nos acompañan, aseguran que lord Coleman no hablaba en serio pues su esposa falleció hacía ya siete años y nunca quiso una nueva esposa.

Su hijo Neal, tenía diecisiete años cuando murió, y Kimberly, apenas era una niña de ocho años.

Mi prima y nuestras amigas se reunieron con nosotras, pero pronto aparecían pretendientes invitándolas a bailar y ellas accedían gustosas ante las miradas de los verdaderos jóvenes con los que querían bailar.

Estar rodeada de tanta gente estaba empezando a hacerme sentir mal. Eso y el vino, que, a pesar de no beber demasiado, se estaba empezando a notar en mi cabeza.

—Si me disculpan, necesito tomar un poco de aire —digo y dejo la copa en una de las mesas para salir al jardín.

Camino por el salón y las miradas de las mujeres siguen revisándome de arriba abajo, mientras los hombres sonrían e inclinan la cabeza para saludarme.

Tras paso una de las puertas del salón y cuando salgo al jardín, el fresco de la noche me recibe y respiro hondo para llenar de aire mis pulmones.

No me gusta ser el centro de todas las miradas, ser el tema de cotilleos de mujeres que creen que he venido para conquistar a los hombres que quieren para sus hijas, o para ellas mismas.

Me aferro al chal que llevo sobre los hombros y camino por el jardín, entre árboles y arbustos, bajo el silencio de la noche tan solo roto por el sonido del agua cayendo en las fuentes que hay a ambos lados.

Cuando encuentro un banco me siento, cierro los ojos y pienso en mi madre.

Ella no fue presentada en sociedad, no asistió nunca a uno de estos bailes, y yo jamás lo habría hecho si ella no hubiera muerto.

Respiro y al escuchar unos pasos abro los ojos. Miro alrededor pero no veo a nadie, así que puedo que se trate de algún animal nocturno.

—No deberíais estar aquí sola, milady —la voz de un hombre hace que me sobresalte.

Me giro hacia el lugar del que proviene y veo que está a mi espalda, recostado en el árbol que hay detrás del banco.

Me quedo mirándolo y reconozco al hombre que lady Coleman dijo que era su hermano mayor. Lord Cedric Hall.

—He estado toda la noche intentando acercarme a vos, pero me ha sido imposible —dice caminando, con las manos a la espalda, hacia mí.

Lleva un pantalón color beige, con una camisa blanca y una chaqueta color borgoña con ribetes plateados en las solapas.

Mientras se acerca a mí, siento mi corazón latir tan fuerte que temo que salga de mi pecho. Nunca me había sentido así, tan nerviosa ante la cercanía de un hombre, y tan deseosa de que se acerque más.

—Necesitaba tomar un poco de aire —digo, girándome de nuevo y dándole la espalda, para

que no note el rubor que yo estoy sintiendo en mis mejillas.

—Me alegro, de ese modo puedo tenerla solo para mí.

Se sienta a mi lado y el aroma que desprende llega a mí, envolviéndome en un manto del más exquisito almizcle.

—Mi nombre es Cedric. ¿Y el vuestro, milady?

—Laura —respondo sin tan siquiera mirarlo. No me atrevo, sigo sintiendo el rubor en mis mejillas.

Y mi corazón late cada vez más fuerte. Si él llega a escucharlo... Estoy avergonzada pues ahora mismo es como un caballo desbocado.

—Bonito nombre, lady Laura, pero vos, sois incluso más bonita.

No sé qué decir. Nunca he estado a solas con un hombre, es algo totalmente indecoroso. Si nos encontraran en este momento...

—Creo que os conozco. No sabría decirlos de dónde, puesto que en años anteriores he asistido a estos bailes y jamás os había visto, pero estoy seguro de que, en algún momento de mi vida, os he visto.

Yo siento lo mismo, sobre todo, al ver esos ojos marrones. Lo miro y me recibe con una sonrisa, coge mi mano y, sin apartar su mirada de la mía, la besa al tiempo que acaricia la piel de mi muñeca con su pulgar.

Me estremezco ante ese leve contacto. Termina con el beso, pero no suelta mi mano, la mantiene sujeta en el poco espacio que hay entre su pierna y mi vestido.

Seguimos mirándonos y yo busco en mis recuerdos dónde he podido ver esos ojos, pero sigo sin encontrar a este hombre en mi mente.

Su presencia me altera, mi corazón sigue latiendo fuerte y rápido, y que siga acariciando mi muñeca no ayuda a que me relaje.

—Debería regresar —digo poniéndome en pie, y él me acompaña y sin soltar mi mano.

—Me gustaría que me concedierais un baile, milady —susurra, acercándose más a mí.

—Lo lamento, pero no he venido a bailar ni buscar esposo. Sólo como compañía de mi prima, lady Violet Sanders.

—Pero os he visto bailando con lord Coleman. Perdonad mi intromisión, pero es demasiado mayor para vos. Sois joven y hermosa, merecéis un esposo joven, fuerte... y viril —esto último lo susurra acercándose tanto a mí, que el roce de su aliento en mi cuello hace que se me erice la piel de esa zona.

Un leve grito de sorpresa sale de mis labios al tiempo que llevo mi mano derecha al pecho.

No puedo creer que haya sido capaz de decir eso. ¿No se da cuenta que habla con una dama?

—Creo que no soy de esa clase de... damas —digo soltando mi mano de la suya y alejándome dos pasos de él. Necesito poner distancia entre nosotros.

—Milady, no pretendía ofenderos. Y, ¿a qué clase de damas os referís? —pregunta, acortando la distancia que yo he impuesto entre nosotros, haciendo que retroceda de nuevo.

—Pues... esas damas... que... comparten lecho, por unas monedas.

—Ni siquiera he pensado que lo seáis. No me toméis por un hombre que no soy.

Sigue acercándose y yo, alejándome, hasta que noto a mi espalda, que choco con algo. Giro la cabeza y veo que estoy pegada a uno de los árboles.

Cuando vuelvo a mirar hacia delante, su cuerpo está tan cerca del mío, que tengo su pecho a la altura de mis ojos.

Este hombre es enorme. Levanto la mirada y veo que me sonrío. Se inclina, apoya su mano derecha en el árbol y con la izquierda rodea mi cintura.

—Sois muy hermosa. Y me interesáis para algo más que para teneros en mi cama —susurra con sus labios casi rozando los míos.

Aguanto la respiración y siento mi corazón latir tan fuerte que ahora sí estoy segura de que se me va a salir del pecho.

No puede ser, no puede estar tan cerca. No es nada apropiado.

Y antes de que me dé cuenta, tengo sus labios rozando los míos en un beso breve y delicado.

Se separa, sonrío y acaricia mi mejilla sin soltar mi cintura.

—Quiero conoceros, lady Laura.

—Pero yo no quiero conoceros a vos. Ni a vos, ni a nadie.

—Hablaré con vuestro tío, si es necesario. Mi padre y yo, somos buenos clientes suyos. Hemos comprado varios de sus magníficos caballos. Estoy seguro de que no querríais que vuestro tío pierda de entre sus clientes a los Condes de Harringay, ¿o me equivoco?

—No seríais capaz de tan vil acto sólo para conseguir tenerme.

—No dudéis que sería capaz de ello, si con ese vil acto, como vos decís, consigo a la mujer que he puesto en mi punto de mira.

Doy un leve grito ante sus palabras. Miro en sus ojos y veo decisión y una seguridad que a mí misma me falta.

Pongo mis manos en su pecho y lo aparto. Él las coge y las lleva a sus labios para besarlas, mirándome fijamente.

Siento que algo aflora en mi interior. No sabría decir qué es, pero la mirada de este hombre hace que me estremezca y que desee que haga conmigo cualquier cosa que tenga en mente.

— ¿Lady Laura? —esa voz, ese hombre. Sabía que no me había deshecho de él, que eso no habría sido posible.

— ¿Tenéis algo con lord Wyatt Wilson? —pregunta, frunciendo el ceño.

—No, nada en absoluto.

—Os vi hablando con él. Vi cómo os mira... Ha estado pendiente de vos toda la noche.

Escuchamos pasos acercándose. No quiero que nos encuentren así, tan cerca, por lo que me separo, pero él coge mi mano y la entrelaza con su brazo.

Caminamos hacia el lugar por el que vine hasta aquí y vemos a lord Wilson, acercarse.

—Seréis mía, no de él. Os lo aseguro —susurra lord Hall y después deja un suave beso en mi cuello.

—Lady Laura. No sabía que estuvierais... acompañada —dice lord Wilson, cuando nos encontramos.

—Salimos a tomar un poco de aire, y a hablar para conocernos mejor —asegura lord Hall sin soltar mi mano, que mantiene bajo la suya bien agarrada a su brazo.

—Lord Hall, volvéis a interponeros ante lo que me interesa.

—No me interpongo. Voy a por lo que me gusta, a por lo que quiero. Y sabéis que puedo conseguirlo.

—Milady, me gustaría que me acompañarais. No estáis con la mejor de las compañías en este momento —lord Wilson se acerca más a nosotros, me tiende la mano para que la coja, pero el agarre de lord Hall, sigue siendo fuerte y decidido—. Milady, por favor. Lord Hall es un mujeriego, no os conviene que os vean juntos. No querréis que vuestra reputación se vea manchada y el buen nombre de vuestro tío, lord Arthur Sanders.

—Wyatt, os lo diré una sola vez. Dejadla, alejaos de ella. No es vuestra, y no lo será.

Vaya, así que ahora no puedo decidir por mí misma si quiero la compañía de lord Wilson, pero ¿qué se ha creído lord Hall? Esto es lo que me faltaba por escuchar.

Cierto es que ninguna de las mujeres que se han autoproclamado mis protectoras quiere que esté en su compañía, pero que sea un hombre el que lo diga así, tan seguro de que es él, quien puede conseguirme... ¡Ni que fuera un trofeo de caza!

—Si me disculpan, caballeros, me esperan en el salón.

— Por favor, milady, dejadme acompañaros. Que os vean en mi compañía es mejor que en la suya —y ahí está lord Wilson, haciendo ver que soy una valiosa pieza de caza también para él.

Pues no, no soy ningún trofeo. Me suelto de lord Hall y haciendo una reverencia me alejo de ellos.

Se quedan hablando, pero no me interesa lo más mínimo lo que tengan que decirse.

¿Quieren un trofeo de caza? Pues que cojan sus caballos, salgan de cacería y peleen por la mejor pieza. O mejor, que busquen otra dama, joven y hermosa, de entre todas las que hay en este baile dispuestas a aceptar ser sus esposas, pero que se olviden de mí.

—Laura, querida. ¿Os encontráis bien? —pregunta lady White, cuando me reúno con mi tía y el resto de las mujeres.

Y al ver que por donde yo he entrado, ahora lo hacen lord Hall y lord Wilson, con cara de haber tenido una fuerte discusión, lady Coleman suspira y niega con la cabeza.

—Me temo que tenemos una nueva batalla entre ambos, aparte de esa lucha mal sana por parte de lord Wilson, de desprestigiar a mi hermano en sus negocios —dice lady Coleman antes de despedirse de nosotras para ir junto a su esposo, su hermano y los padres de ambos y hablar, en tanto que algunas miradas de los cuatro hombres, así como la de mi tío y lord White, se dirigen a mí.

El baile al fin termina. Violet está entusiasmada por lo bien que lo ha pasado, igual que lady Masie y lady Kimberly, pues finalmente han compartido más de un baile con esos muchachos que ellas querían.

Nos despedimos de los Condes de Harringay, del Conde de Bexley y de los Marqueses de Dulwich.

Al llegar a la puerta de entrada a la casa, los anfitriones, lord y lady Smith, esperan para ir despidiendo a sus invitados.

—Querida Rose, tenéis una hija preciosa, y es encantadora —dice mirando a Violet—. Y vos, lady Laura, no os quedáis atrás. Lamento que hayáis sido el motivo de las conversaciones, pero cuando una mujer se ve amenazada por otra...

—Lady Smith, no me preocupan esas conversaciones. No he venido buscando esposo, solo acompaño a mis tíos y mi prima.

—Eso está por ver —la voz de lord Cedric Hall, hace que todos nos giremos para mirarlo.

Y él, en respuesta, sonrío. ¡Sonríe! No puede ser cierto que haya dicho tal cosa y simplemente nos dedique una sonrisa.

—Ha sido un baile maravilloso, lady Smith —lady White abraza a lady Smith y de ese modo, con esa sencilla frase, nos olvidamos, o al menos lo intentamos, de lo que ha dicho el hombre que, ahora y haciendo que todo mi cuerpo se estremezca, está pegado a mi espalda.

Y al fin salimos a la calle donde Cody, espera junto a nuestro carruaje para llevarnos de vuelta a casa.

—Lord Arthur —no puede ser verdad. ¿Es que lord Cedric Hall no va a darse por vencido? —Dado que mi hermana pequeña la de mi cuñado, lord Coleman, y su hija son buenas amigas, me gustaría invitarlo, junto a toda su familia, a pasar unos días en nuestra casa de campo. Por supuesto, quedan invitados también ustedes, lord White.

—Sería maravilloso, ¿verdad, querido? —dice, lady White, ante lo que su esposo asiente y acepta la invitación.

Mi tío me mira, sé que busca algo en mí que le diga que no quiero ir, pero, ¿cómo puedo yo negarle a mi tío relacionarse con uno de sus mejores clientes? Y un Conde nada menos.

Me encojo de hombros de manera que solo mi tío Arthur me vea y él vuelve a mirar a lord Cedric Hall.

—Será un placer asistir a su casa de campo, lord Hall.

—En ese caso, ordenaré los preparativos para nuestra estancia en Rosemary Manor para dentro de una semana. Justo después del baile que se celebrará en casa de lady Winchester.

—Hermano, gracias por dejar que pase tiempo con mis amigas —lady Masie sonríe y veo como la mirada de lord Hall, se ilumina al estar cerca de su hermana pequeña.

Al fin nos despedimos. Subo al carruaje y siento que se me encoge el estómago al pensar que voy a pasar unos días en el mismo lugar que Lord Cedric Hall.

Al menos no estaremos solos, y si puedo estaré pegada a mis primas y sus amigas, todo el tiempo que no esté en mi dormitorio.

Capítulo 6



Los días han pasado y esta noche es el baile en casa de lady Winchester.

Desde que asistimos al baile de lady Smith, no han dejado de llegar rosas a casa para Violet, de cada uno de los muchachos con los que bailó aquella noche, excepto de mi buen amigo Cameron.

Incluso llegó una nota de lord Samuel Turner, invitándonos a tomar el té en su casa, cuando a nosotros nos convenga oportuno, pues su hijo mayor, el joven Austin de dieciocho años, estaba interesado en nuestra Violet.

Tía Rose estaba emocionada, su pequeña era toda una señorita y tenía su primer pretendiente de manera oficial.

Para Violet, no fue tanta la alegría, puesto que ella esperaba que esa invitación llegara, sí, pero por parte de los Marqueses de Dulwich.

El tío Arthur mandó a Cody, con una nota en respuesta a la invitación de lord Turner, y le aseguró que en cuanto regresáramos del viaje que teníamos planeado desde hacía días, le haría saber el día que visitaríamos su casa.

Estaba a punto de entrar en el dormitorio de Violet para ayudarla a vestirse para el baile, cuando escuche sus sollozos.

Abrí la puerta, entré y la encontré en la cama, acurrucada, llorando.

—Violet, ¿qué te ocurre? —pregunto recostándome a su lado y abrazándola.

—No está interesado, Laura. Cameron no está interesado en mí.

—¿Por qué dices eso? No lo sabes. Te pidió el primer baile...

—¡Y después no volvió a bailar conmigo en toda la noche! —grita, interrumpiéndome.

—Había muchos interesados en que bailaras con ellos. Cameron, simplemente dejó que disfrutaras de tu primer baile. No pienses que no le interesas.

—Es que no le intereso. ¿No te diste cuenta de cómo miraba a una de las más mayores? Una de esas muchachas de las que este es su último año. Era tan bonita... y mucha más mujer que yo. Debo parecerle una niña.

No puedo soportar verla llorar. Es cierto que aún es joven, para mí siempre será mi niña, pero tengo que conseguir que Cameron, se fije en ella más aún, pues estoy segura de que sí le interesa

mi prima, pero, como buen hombre que es, es testarudo y demasiado tonto para demostrar lo que realmente quiere.

¿Por qué si no, de no estar interesado en Violet, la miraría tanto desde el año pasado? Está mucho más pendiente de ella en sus visitas que antes, cuando lo conocí y Violet era una niña de diez años.

Me levanto de la cama y camino hacia el armario, donde busco hasta dar con el vestido que lucirá esta noche.

Sí, tengo que hacer algo para que ese testarudo de Cameron White, entre en razón y no deje que esta jovencita se le escape.

—Arriba, señorita. Hora de ponernos más hermosas que nunca.

La casa de lady Winchester, es mucho más grande que la de lady Smith. El camino de tierra por el que vamos con el carruaje está bordeado con antorchas que lo iluminan.

Al llegar a la entrada, uno de los mozos abre la puerta, mi tío Arthur es el primero en bajar y, como todo un caballero, coge la mano a tía Rose, para ayudarla y después nos ayuda a Violet y a mí.

Caminamos hacia las escaleras, subimos y en la entrada nos recibe un mayordomo con traje negro y una amplia sonrisa.

—Bienvenidos, milord. Por favor, pasen, Matthew los acompañará al gran salón. Disfruten de la velada.

—Gracias —responde el tío Arthur y seguimos al hombre que nos ha indicado el mayordomo.

Al entrar al gran salón me quedo impresionada. Cientos de guirnaldas de flores adornan los techos. La música que tocan en el fondo del salón inunda de esas bellas melodías todo el lugar. Mesas con manteles blancos y jarrones con flores en el centro, sillas de terciopelo azul distribuidas por todo el salón para quien quiera sentarse a descansar.

Creo contar diez hombres, todos con trajes negros como el del mayordomo de la entrada, merodeando por el salón para servir a los invitados.

—Lord Sanders. Bienvenidos —un hombre de unos sesenta años saluda a mi tío. Es bastante alto, aunque se le notan los años vividos y el pasar del tiempo en la expresión cansada de su rostro.

Lo acompaña una mujer de no más de cuarenta años. Rubia, ojos color miel, esbelta y sonriente. Sin duda, debe ser su segunda esposa porque es veinte años más joven que lord Winchester.

—Lord Winchester. lady Winchester. Estaba comentando con mi esposa, Rose, que está todo perfecto esta noche.

—Cierto, tenéis un gusto exquisito, lady Winchester —tía Rose, se acerca a ella y se saludan.

Después hace las presentaciones oportunas y tanto Violet como yo, saludamos con una reverencia.

—Son unas jóvenes preciosas, lord Sanders. Seguro que encontrarán estupendos esposos para ambas —dice lady Winchester.

Y como yo no quiero seguir dando explicaciones de por qué no he sido presentada antes, o por qué no quiero encontrar un buen marido todavía, me limito a mirar a mi prima y ambas sonreímos.

Hoy está tranquila, los nervios de su primer baile quedan olvidados esta noche y está preciosa. Elegí el vestido verde que hicimos juntas, hemos recogido su cabello y, con la autorización de tía Rose, hemos dado un poco de maquillaje a su rostro.

Caminamos hacia el interior del salón y los Condes de Harringay son los primeros en acercarse a nosotros. Por suerte para mí, lord Cedric no está con ellos.

El Conde de Bexley, junto a su hijo, su hija y su nuera son los siguientes en unirse a nuestro pequeño grupo. Y junto a ellos, él, lord Cedric.

Me mira, sonrío, y siento que mi estómago se encoge al sentir sus ojos clavados en los míos, recorriendo mi cuerpo sin ningún tipo de pudor.

Otros cuatro matrimonios los acompañan, y con ellos, cinco hombres jóvenes y tres mujeres que deben ser de la edad de Violet.

—Lord Sanders, permítame presentarles a unos buenos amigos de mi familia —dice lord Cedric—. Lord Gideon y Lady Faith Brooks, Condes de Serinham, y sus hijos, mi buen amigo lord Phillip y lady Nancy.

—Es un placer conocerlos —dice mi tío y acto seguido nos presenta a nosotras.

—Lord Sanders, tengo entendido que sois el mejor criador de caballos pura sangre de Londres —dice lord Phillip Brooks, tras estrechar la mano de mi tío.

—No es por desmerecer a otros criadores, pero lord Hall, le ha informado bien.

—Entonces tendremos unos días en la casa de campo de lord Hall, para hablar de sus caballos.

—Lord Sanders, él es mi tío, lord Stephen Lewis y su esposa, Lady Yvonne, Duques de Woodford. Mi primo y amigo, lord Kirk y mi hermosa prima, lady Tabitha —lord Hall sigue con las presentaciones, pero no aparta la mirada de mí en ningún momento.

—Sin duda, lord Sanders, yo también quiero hablar de esos caballos —asegura lord Kirk Lewis.

Las siguientes personas que nos presentan son amigos del Conde de Bexley, lord Ewan Coleman, y de su hijo, lord Neal.

Lord Harvey Morris y su esposa, lady Sarah, Condes de Serpool, a quienes los acompañan su hijo mayor, lord Ethan y su hija menor, lady Charis.

Lord William Walker y su esposa, Lady Sophia, Duques de Ilford, junto a sus dos hijos

varones, lord Hunter, el mayor y lord Leonard, el menor.

Los cinco hombres que nos acaban de presentar nos miran a Violet y a mí, sonriendo. Sin duda, lo que tienen delante debe gustarles.

Mi vestido es amarillo, con un precioso encaje blanco sobre el corpiño. Llevo el cabello recogido en el lado izquierdo y cayendo sobre mi hombro derecho. Y como no podía ser de otra manera, los pendientes y el collar de perlas adornando orejas y cuello.

—Buenas noches, damas y caballeros —la voz de lord White, hace que nos giremos y sonrío.

Cameron está mirando a Violet fijamente. Me mira y vuelve a mirar a mi prima. Ella se sonroja, hace la reverencia para saludar a los recién llegados y cuando Cameron va a acercarse a nosotras para hablar con mi prima, lord Leonard Walker se le adelanta.

—Lady Violet, ¿me concederíais vuestro primer baile? —pregunta, cogiendo la mano de mi prima para dejar un breve beso en sus nudillos.

—Será un placer, lord Walker —responde con una sonrisa en los labios.

Veo a Cameron fruncir el ceño y algo parecido a un gruñido salir de sus labios, antes de excusarse con los presentes para ir a tomar una copa. Brendan me mira, se encoge de hombros de modo casi imperceptible y se disculpa para acompañar a su hermano.

—Y vos, lady Laura, ¿bailaréis conmigo? —al escuchar la voz ronca de lord Kirk Lewis, abro los ojos sorprendida y veo a mi prima sonriendo frente a mí.

Es alto, tanto como su primo lord Cedric Hall. Sus cabellos son rubios y sus ojos azules, todo lo contrario, a su primo. Su sonrisa es de esas por las que cualquier mujer de este salón suspiraría, pero yo... No siento nada.

—Ella no baila, sólo es la compañía de su prima, lady Violet. ¿Verdad, milady? —Que Cedric Hall, por muy Conde que sea, se tome la libertad de decidir por mí, es algo que no pienso consentir. Ni esta noche, ni ninguna otra.

—Será un verdadero placer bailar esta noche con vos, lord Lewis —digo, dejando que coja mi mano para besarla.

—Espero que me reserve el segundo baile, milady —dice lord Phillip Brooks, sonriendo y sin apartar la mirada de su buen amigo lord Cedric Hall.

—Que sea el tercero para mí, por favor, milady —pide lord Ethan, con una reverencia antes de coger mi mano.

—En ese caso, su cuarto baile es mío, sin duda —asegura lord Hunter Walker.

Vaya, se han decidido a sacarme todos a bailar esta noche... y yo, ¿debería negarme? Sí, debería, porque no quiero que nadie crea que he decidido buscar esposo, pero... Ver a lord Cedric Hall, con el ceño fruncido, la mandíbula apretada y las manos en puños con los nudillos blancos, me hace responder de inmediato.

—Caballeros, será un placer disfrutar de esas piezas de baile con ustedes.

Ante mi respuesta, un más que evidente enfadado lord Cedric Hall, se aleja sin tan siquiera excusarse de sus familiares y amigos. Mi prima Violet, se agarra a mi brazo y al mirarla, sonrío. Creo que ella también se ha dado cuenta de que a lord Hall, no le ha hecho demasiada gracia que vaya a bailar con todos, menos con él.

—Mucho me temo que mi hermano no está muy contento en este momento —dice lady Coleman, mirándome con una sonrisita en los labios.

—No, mi amigo y cuñado está deseoso de un duelo... con estos cuatro caballeros —tras las palabras de lord Neal Coleman, todos empiezan a reír, menos yo, que me quedo mirando a lord Hall y veo cómo toma, de un solo trago, una copa de coñac.

Y mi último baile llega a su fin. La compañía de estos cuatro caballeros ha sido agradable. La conversación, entretenida, y ver a lord Cedric Hall tomando de un trago cada copa que ha tenido en la mano durante el baile con ellos, ha sido cuanto menos sorprendente.

La mirada que tenía fija en mí, la manera en que se enfurecía cuando las manos de esos cuatro caballeros se posaban en mi espalda. Y que cada vez que se inclinaban para susurrar algo en mi oído, lord Cedric Hall, apretara las manos en puños, sin duda ha dejado claro que no le gusta que otros hombres estén a mi lado. Tocándome y disfrutando de mi compañía.

Mi prima Violet ha bailado con lord Walker su primer baile, después la he visto acompañada de lord Turner, quien la hacía sonreír, y otros dos jóvenes muchachos más a quienes no tengo el gusto de conocer.

Lord Hunter Walker, mi última pareja de baile, me acompaña hasta donde están el resto de las damas y se despide dejando un beso en mi mano.

Sonrío, hago una reverencia y me reúno con mi tía, que me mira sonriente y emocionada.

—Querida Laura, esos cuatro hombres están interesados en ti —dice, cogiéndose a mi brazo.

—Pero yo no lo estoy en ellos.

—En ese caso... ¿Lo estás en lord Cedric Hall?

— ¡No! —Y siento cómo me sonrojo. Agacho la mirada y mi tía coge mi barbilla para que vuelva a mirarla.

—Es un buen hombre, mi querida niña. Si él está tan interesado en ti como me ha parecido esta noche, sé que no parará hasta que consiga lo que quiere. Y eso, mi querida niña, eres tú.

—Lady Laura —la voz de lord Kirk Lewis llega a nosotras.

Mi tía y yo nos giramos y él nos recibe con una sonrisa. Me tiende una copa de vino que cojo agradecida y doy un sorbo.

— ¿Querríais bailar de nuevo conmigo, por favor?

Ante su pregunta, no puedo evitar mirar hacia donde está lord Cedric Hall, acompañando a mi tío y al resto de caballeros que forman parte de nuestro grupo esta noche.

Está mirándome fijamente, niega casi imperceptiblemente y sé que no quiere que vuelva a

bailar con su primo, ni con ningún otro, pero por extraño que parezca, quiero bailar.

—Vayamos, lord Lewis.

Su sonrisa ante mi respuesta es sencillamente perfecta.

Me tiende el brazo, me agarro a él y tras dejar la copa en una de las mesas, caminamos hacia el centro del salón.

Cuando la música empieza a resonar por la estancia, la mano izquierda de lord Lewis se posa en mi cintura, con la otra sostiene mi mano izquierda mientras yo dejo mi mano derecha sobre su hombro.

—Mi primo tiene buen gusto. Sois una mujer muy hermosa —dice, pasados unos instantes.

—No os entiendo —me hago la inocente, se supone que yo no he notado que le intereso a su primo.

—Le interesáis a Cedric, y mucho. He sentido su mirada en mí durante nuestro primer baile y los gruñidos que hacía mientras bailabais con el resto, no pueden significar otra cosa que el que no soporta que otro os toque. Estoy seguro de que ahora mismo me está matando con la mirada —susurra junto a mi oído.

Me giro y lo veo, terminando de un trago una nueva copa.

—Si sigue bebiendo así... —digo, mirando a lord Lewis.

—Tranquila, milady. Esta será su última copa, de eso me encargo yo.

Con cada paso de baile y sin que me dé cuenta, nos hemos ido acercando al lugar donde está lord Hall, con el resto de los hombres.

Cuando termina el baile, lord Lewis coge mi mano y deja un beso en ella. Me mira, sonrío y me guiña un ojo.

—Toda tuya, primo.

Ante esas palabras, que dice mirando por encima de mi hombro, me giro y veo esos maravillosos ojos marrones fijos en los míos.

—No voy a bailar con vos —aseguro y empiezo a alejarme, pero su mano coge la mía y me acerca a él.

En ese momento empieza a sonar de nuevo la música y él sonrío, cogiéndome para bailar.

—Tarde, milady. Ahora no puede negarme el baile.

Empezamos a bailar y siento que mi corazón se acelera. Late tan rápido, que estoy segura que lord Hall, puede escucharlo a pesar de la música.

—Sois la más hermosa de esta noche, milady —susurra en mi oído, el roce de su aliento en mi piel hace que me estremezca por completo.

Su mano izquierda en mi cintura empieza a deslizarse lentamente, en una caricia que siento incluso a través de toda la ropa que llevo.

Lo miro y me sonrío, se inclina y deja un beso en mi cuello, que hace que cierre los ojos, y

espero más. Quiero un beso más en esa parte tan sensible.

— ¿Deseáis más, milady? —pregunta en un susurro tan ronco, que hace que toda yo tiemble.

—No —miento, pues no es decoroso ni apropiado que me bese ante tanta gente.

—No nos puede ver nadie.

Abro los ojos y, a pesar de que sigo escuchando la música, veo que estamos en un rincón del salón. Las pesadas cortinas nos cubren, nadie puede vernos ni saber que estamos aquí.

—Milady, os quiero para mí. Ya os lo dije, si tengo que hablar con vuestro tío...

—Yo no quiero esposo. No aún.

— ¿En un futuro cercano? —pregunta, acariciando mi mejilla con su cuerpo pegado al mío.

—No... No lo sé.

—Yo tampoco quería una esposa, no hasta que os vi aquella noche en el baile. No sólo os deseo, también os necesito.

—Podéis tener a la mujer que queráis. En este salón hay muchas esperando vuestra propuesta.

Y hablo con conocimiento pues entre los corrillos de mujeres y hombres se dice que lord Cedric Hall, es un buen hombre para tener como esposo.

Es dueño de una de las fábricas de telas y banderas de Londres, la más importante de todas, y ahora que ha unido su fábrica con la de lord Neal Coleman, no hay quien pueda competir con ellos. Salvo, claro está, el tercero en esa lucha por conseguir los mejores contratos. lord Wyatt Wilson.

—No quiero a otras. Os quiero a vos —y tras esas palabras se acerca aún más a mí, coge mi barbilla y se inclina acercando sus labios a los míos.

Deja un breve y casto beso, para después acariciar mis labios con su lengua. Con la mano que tiene rodeando mi cintura, me acerca más a él y noto que trata de abrir mis labios con la lengua. Pongo las manos sobre su pecho, intento apartarlo, pero es imposible, es más grande y fuerte que yo.

Sus labios vuelven a besar los míos, una vez, y otra, y otra... Y de nuevo su lengua queriendo abrirse paso entre los míos.

La mano que sostenía mi mejilla se desliza acariciando mi cuello, mi pecho y cuando siento que sus hábiles dedos entran por la tela del corpiño y aprisionan mi pequeño pezón entre sus dedos, abro los labios dejando escapar un leve grito.

Ese es el momento que él aprovecha para entrar en mis labios con su lengua. Buscando la mía, acariciándola y succionándola con sus labios.

Siento algo en mi estómago, y un leve escalofrío recorriendo mi espalda. Me aferro con las manos a la tela de su camisa y dejo que sus labios y su lengua se adueñen de los míos.

Su cuerpo se pega aún más al mío y siento el latido de su corazón en mi mano. Va tan rápido como el mío, y su respiración, al igual que la mía, comienza a ser más rápida, entrecortándose en

cada intento por dejar que entre el aire en nuestros pulmones.

—Quiero que seáis mía —susurra con su frente pegada a la mía, tratando de que nuestras respiraciones vuelvan a la normalidad.

No puedo hablar, ni siquiera puedo pensar. Ese beso... Ese beso me ha dejado turbada. Tengo la mente nublada por lo que me ha hecho sentir con un simple beso. En ese momento noto que se inclina y besa mi cuello, bajando despacio hasta que siento sus labios besando mi escote.

Abro los ojos y su mirada se encuentra con la mía. Sonríe e inclinándose todo lo que puede, deja salir su lengua y la introduce por la tela hasta conseguir acariciar con ella mi pezón.

Jadeo, cierro los ojos y siento que me fallan las piernas, que se me doblan las rodillas.

—Os quiero para mí, y conseguiré teneros. Lo que vuestro cuerpo siente cuando estáis conmigo, no podéis negarlo. Me deseáis tanto como yo a vos. No os neguéis lo que es tan evidente, milady.

Vuelve a acercar sus labios a los míos y me besa, con más urgencia que antes, como si de ese modo quisiera marcarme para que todo el mundo sepa que soy propiedad de lord Cedric Hall, Conde de Harringay.

Lo aparto y él rompe el beso. Me mira con el ceño fruncido y llevo mi mano hacia la suya para sacarla de mi pecho.

—Jamás seré vuestra amante. No quiero eso para mí. No quiero ser la mujer que engendre un hijo bastardo. No quiero lo mismo que yo he vivido para un hijo mío.

Siento las lágrimas agolparse en mis ojos. Me aparto y salgo del rincón oscuro que ha sido testigo de nuestro breve, pero apasionado encuentro.

El calor de una lágrima deslizándose por mi mejilla hace que pase mi mano por ella y la aparto. Camino sin rumbo, no sé dónde ir en este momento. Miro hacia dónde está mi tía, Violet la acompaña junto al resto de damas, pero no quiero ir allí, ahora no.

Ahora necesito estar sola, necesito aire, respirar y sentir que mis pulmones se llenan con el aire que les falta.

Salgo al jardín y camino hasta sentarme en un banco junto a una preciosa fuente en la que un hermoso Querubín, me mira sonriente.

Cierro los ojos, dejo que las silenciosas lágrimas bañen mi rostro y pienso en mi madre. Ella se enamoró de un hombre que no debía y yo, no quiero eso para mí. No quiero enamorarme de un hombre que tan sólo quiera tenerme en su cama para después casarse con otra.

Lord Hall me gusta, y me hace sentir cosas que con ningún otro siento, pero no quiero enamorarme de él, no quiero sufrir después. No puedo.

— ¿Lady Laura? —al escuchar la voz de lord Ewan Coleman seco mis mejillas.

—Buenas noches, milord —digo, poniéndome en pie y haciendo una reverencia.

— ¡Oh, querida! No es necesario que hagáis eso cuando estemos a solas. Pero, ¿qué os pasa,

milady? Tenéis los ojos rojos e hinchados. ¿Por qué lloráis?

—Tristeza. Recordaba a mi madre.

— ¿Entonces, el joven lord Hall no tiene nada que ver con esas lágrimas?

¿Cómo puede haber sabido...? ¿Es que acaso nos habrá visto? Siento que me falta el aire, lo miro con los ojos muy abiertos y lord Coleman, coge mi mano para tranquilizarme.

—No os ha visto nadie más, milady. Ese joven Hall... es muy persuasivo cuando quiere conseguir algo. Y por lo que he visto desde el primer baile, os quiere a vos.

—Pero yo no quiero ser su amante.

— ¿Le ha pedido eso? Se verá con mis puños, ese insolente... —Cuando veo a lord Coleman ponerse en pie tras soltar mi mano, me pongo en pie y vuelvo a coger su mano para evitar que se marche.

—No, milord, no me ha pedido eso, pero sé que es lo que sería para él. Al final se cansaría de mí y encontraría una esposa adecuada.

— ¿Creéis que no sois adecuada para un Conde? Estáis más que equivocada, milady. Cualquiera hombre, sea cual sea el título que ostente, estaría gustoso de haceros su esposa. Creedme, lo he escuchado estas dos noches. Yo mismo me he encargado de decir que no estáis interesada en encontrar esposo, al menos de momento.

—Gracias, milord. Sois un hombre maravilloso.

Por un momento siento que necesito un abrazo, ese abrazo que sólo un padre sabría dar. Mi tío me ha abrazado muchas veces, pero no es mi padre. Agacho la mirada y cierro los ojos al tiempo que las lágrimas vuelven a correr por mis mejillas.

Siento unos brazos alrededor de mis hombros, abro los ojos y veo que lord Coleman, me sonrío y me acerca a su cuerpo. Rodeo su cintura con mis brazos y dejo que el llanto rompa el silencio de la noche.

Su abrazo es cálido, fuerte y protector. No es el abrazo de un hombre que busque una mujer a la que meter en su cama, es el abrazo de un padre. Sonrío al pensar que lady Kimberly disfruta de estos abrazos y entonces me aparto.

Sus manos cogen mis mejillas y secan las lágrimas, se inclina y me besa en la frente.

—No quiero veros llorar, milady. Sois una mujer fuerte, no dejéis que nadie vea vuestras lágrimas jamás. No les deis el gusto de creeros débil. Y, milady, si me lo permitís, me gustaría acogeros bajo mi cuidado. Sé que tenéis a vuestro tío y sois la protegida tanto de lord White, como de lord Hall, padre quiero decir —sonrío ante esas palabras y yo le devuelvo la sonrisa—, pero quisiera ser vuestro protector también. Sabéis que no tengo esposa, así que asistir a estos bailes solo, es algo tedioso. ¿Seríais mi acompañante, milady? De ese modo, yo podría bailar con una bella y hermosa dama y vos no tendríais que conceder ningún baile que no deseéis.

Sus palabras me calman. Quiere ser mi protector, como lo son el Conde de Harringay y el

Marqués de Dulwich. Sólo quiere mi bienestar, como el resto de los hombres quiere el bienestar de las hijas de mi tío.

—Será un placer, milord —asiento, sonrío y de nuevo me envuelve en un abrazo que me hace sentir en casa. Como podría sentirme si me abrazara mi padre.

—Vaya, lord Coleman. Creí que no buscabais esposa, ni la joven lady Laura esposo —la voz de lord Wilson, hace que me tense en los brazos de lord Coleman.

Cuando él se da cuenta, me mira, sonrío y me susurra que esté tranquila.

—Lord Wilson, cuidado vuestras palabras ante mi protegida. Os lo advierto, una sola palabra faltando el respeto de lady Laura y tendréis que véros las conmigo.

—Lady Laura será mía, os lo aseguro. Nadie se interpondrá en lo que quiero y la quiero a ella.

—Voy a ser claro con vos, milord. Intentasteis casaros con Lady Eliza Hall, sólo para unir vuestra fábrica a la de lord Hall, pero esa joven amaba a mi hijo y no se dejó embaucar por vuestras palabras y mentiras. Ahora intentáis que vuestro hermano Timothy seduzca a mi hija. Tened por seguro que no conseguiréis entrar en nuestras fábricas jamás. Como tampoco conseguiréis a lady Laura. Ella será mi esposa, la Condesa de Bexley.

Ante esa declaración tan segura y contundente por parte de lord Coleman, yo no puedo evitar dar un leve grito de sorpresa. La mirada de lord Wilson va de lord Coleman a mí, y vuelta a empezar. Está furioso, cierra las manos apretadas en puños y comienza a alejarse de nosotros.

—Preparaos, querida, porque antes de que acabe la noche, estaréis en boca de todos —lord Coleman se gira para mirarme. Seca mis lágrimas y vuelve a besar mi frente.

—No debisteis decir algo así. Creerán que voy buscando vuestro título.

—No os preocupéis. Esto es una farsa, era para que se olvidara de vos. Ya solucionaremos esto antes de que acabe la temporada de bailes. Además, sé que lord Hall luchará por conseguirlo y, si me permitís el atrevimiento, estoy deseando ver eso. Ese hombre nunca ha estado interesado en ninguna mujer como lo está en vos. Le conozco desde que era un niño y nunca ha mostrado interés. Hace cinco años... le oí hablando con mi hijo de que había visto a una muchacha tan hermosa, que no podía olvidarse del color de sus ojos y de lo bonita que era, a pesar de estar roja por las lágrimas y temblando al ver cómo su casa estaba siendo consumida por las llamas.

Esa última frase hace que abra los ojos ante la sorpresa.

Y mis recuerdos de hace cinco años acuden a mí como si estuviera pasando ahora. Esos ojos de un marrón tan intenso que tantas veces he recordado como los de mi salvador. El rostro de aquél joven que ahora, en mi recuerdo, reconozco claramente en lord Cedric Hall.

—Era él... —susurro, mirando hacia la fuente.

—Milady, cuando vuestro tío me contó el modo en que perdisteis a vuestra madre en Bath, hizo que recordara las palabras de lord Hall, hace cinco años. No me preguntéis por qué, pero

supe que aquella joven erais vos. Sé que él también siente que os conoce, pero debéis haber cambiado un poco.

—Sabía que esos ojos y los de su padre, los había visto, pero no conseguía recordar dónde. Milord... ¿Creéis que se habrá acordado?

—No puedo estar seguro, pero sé que siente lo que sintió aquel día cuando os tuvo entre sus brazos, y que se siente confundido porque aseguró que jamás sentiría algo así por nadie que no fuera su bella muchacha, asustada y temblorosa.

Lord Coleman me tiende su brazo, me agarro a él y regresamos al salón donde veo a mi tía y Violet, acercarse a mí para ver cómo estoy.

Mi tío tampoco tarda en reunirse con nosotras y al ver a lord Coleman, su ceño se frunce y le veo apretar la mandíbula.

—Espero que lo que se está hablando en este salón, no sean más que mentiras, lord Coleman —dice mi tío, acercándose a él.

—No sé qué es lo que se está hablando, lord Sanders.

— ¿Pensáis tomar a mi sobrina como esposa?

— ¡Ah, os referís a eso! Dejad que os aclare algo. Es una farsa para que el bueno para nada de lord Wyatt Wilson, no intente conquistarla. Ese hombre no dudaría en hacer lo que fuera necesario para conseguir a nuestra protegida.

Mi tío lo mira sorprendido y lord Coleman, sonrío.

—Sí, lord Sanders, soy el protector de lady Laura y no dejaré que nadie la lastime. Y el día que ella considere oportuno que quiere aceptar esposo, seré yo quien considere a esos pretendientes.

Miro a lord Coleman, y la forma en la que se está enfrentando a mi tío, algo lógico pues él es Conde y mi tío tan sólo un lord más de Londres. Mi tío asiente y veo una leve sonrisa en sus labios.

—Estás bien protegida, mi niña —dice mi tío, abrazándome.

— Así que, ¿es cierto? —pregunta, casi rugiendo, lord Hall cuando se une a nosotros— ¿Vais a casaron con él?

—Lord Hall, este no es momento... —Lord Coleman se acerca, pero él, lo aparta.

—Yo os haré condesa si es lo que deseáis, milady. Os lo he dicho, os quiero solo para mí.

—Por favor, lord Hall, no querréis un escándalo.

— ¡Me importa bien poco el escándalo! Será mía, lord Coleman, os lo aseguro. No me arrebataréis a la mujer que he querido tener desde hace cinco años.

Y ahí está, lord Hall me recuerda, sabe quién soy, sabe que soy aquella muchacha asustada que vio cómo su casa era pasto de las llamas.

Grito ante la sorpresa y él me mira. Cierra los ojos y se da cuenta de que ha dicho algo que no

quería decir por el momento.

Se acerca a mí, coge mi mano y la estrecha entre las suyas ante la sorpresa de todos los que nos han acompañado esta noche.

—Sí, milady, hace cinco años, al ver el humo y las llamas, llevé mi caballo y el de mis hombres tan rápido como pude para ver qué ocurría en aquellas tierras. El ladrido de vuestra perrita me alertó de que era más grave de lo que pensé y ahí os encontré, en el suelo con vuestra perrita en el regazo, llorando y llamando a vuestra madre en susurros. Esos ojos... no los he olvidado en este tiempo. Os busqué en Bath, fui a la tienda de aquél anciano y me dijo que os habíais marchado, pero nunca me dijo dónde. Y os he encontrado, milady. Os he encontrado y quiero daros todo lo que quise daros desde la primera vez que os vi. Quiero que seáis mía...

Cierra los ojos, apoya su frente en la mía y seca mis lágrimas con sus pulgares. Abre los ojos, me mira y sonrío, pero esa sonrisa no llega a sus ojos.

—Lucharé por vos, os lo aseguro —se aparta y mira a lord Coleman—. Lucharé por ella, no os quepa duda. Con vos y con cuantos se interpongan intentando arrebatarme a la mujer que elegí hace cinco años como esposa.

Tras esas palabras, lord Hall se marcha dejándonos a todos sorprendidos. Su padre, sus hermanas, lord Coleman y su hijo, los Condes de Serinham, los de Serpool, los Duques de Woodford, los de Ilford y los de Dulwich.

Mi prima Violet se acerca y me coge del brazo, acto que también hacen lady Masie y lady Kimberly.

—Vaya, lady Laura, mi hermano jamás había sido tan contundente en una declaración —dice lady Masie.

—Sin duda, damas y caballeros, vamos a pasar unos días muy entretenidos en la casa de campo de mi tío —dice, lord Kirk Lewis, mirándome—. Milady, tened por seguro que podéis contar conmigo si, en algún momento de nuestra estancia en el campo, necesitáis salir a tomar aire para respirar.

—Y, conmigo —dijeron al unísono, lord Phillip Brooks, lord Ethan Morris y lord Hunter Walker.

Respiro hondo y siento una fuerte opresión en el pecho. Miro a mi tío y me sonrío, abre los brazos y me estrecha entre ellos.

—Me gusta lord Hall para ti, mi niña —susurra, antes de dejar un beso en mi frente.

Damos por terminado el baile, nos despedimos de los anfitriones, que aprovechan la ocasión para felicitar a lord Coleman, por tan magnífica elección como futura esposa y yo me sonrojo y pido en silencio que ojalá lord Wilson no nos hubiera visto en el jardín

Capítulo 7



Y aquí estamos, en la entrada de casa, esperando que todo el equipaje esté en el carruaje que nos llevará a pasar unos días en la casa de campo de lord Hall.

No me encuentro con ánimos para esa estancia. El simple hecho de estar en el mismo lugar que el dueño de esos ojos que tanto me atormentan... hace que el estómago se me encoja.

—Vamos, Laura, coge a Star, mi niña —dice mi tía Rose.

Y en cuanto mi perrita oye su nombre, se pone en pie y ladra dando saltitos. Sonrío y cojo su correa para salir de casa y subir al carruaje.

—Seguro que lo pasaremos bien estos días —asegura mi tío, entrando en el carruaje y tomando asiento junto a mi tía—. Estaremos en muy buena compañía.

—Cierto, estoy deseando tomar el té con todas las damas, además, lady White, quiere que le ayude con la preparación del baile que dará para dar por terminada la temporada.

—Madre, ¿lo pasáis bien en los bailes? —pregunta Lilly.

—Son agotadores, hija, tanto tiempo de pie hace que terminemos con los pies doloridos, pero sí, lo pasamos bien. Cuando llegue el día de tu presentación, mi niña, espero que disfrutes tanto como tu hermana Violet, ahora.

—¿Asistirá mucha gente estos días, padre? —es el turno de preguntar de Harmony.

—Sí, seremos muchos. Estoy seguro que habrán planeado algún juego en el que podáis participar tanto vosotras como el joven Alan White.

Y tras esas palabras, mi tío coge la mano de mi tía y tras besarle los nudillos, la deja en su regazo mientras contempla el camino por la ventana.

Lilly y Harmony, pasan el viaje jugando a las adivinanzas, y Violet y yo, decidimos descansar un poco, pues la noche anterior, tras el baile, nos encerramos en mi dormitorio y ella me contó lo bien que lo había pasado.

Y parece ser que, aparte de lord Turner, también la pretende lord Leonard Walker. Algo que no nos pasó desapercibido a ninguna, fueron las miradas que mi buen amigo Cameron White, le dedicaba a mi prima.

Ambas estuvimos de acuerdo en que se había sentido algo celoso por las atenciones que recibió ella por parte del menor de los hermanos Walker, así que espero que, durante estos días,

Cameron sea capaz de pasar tiempo con ella y que se dé cuenta de que, si no se adelanta al resto, acabará perdiéndola.

—Hemos llegado. Vamos, niñas, despertad —la voz de tía Rose, hace que abra los ojos. Parpadeo y la veo sonriéndonos.

— ¿Hemos llegado? —la vocecita somnolienta de Lilly, hace que sonría.

Se frota los ojos y cuando mira por la ventana, empieza a dar palmaditas y grititos emocionada.

— ¡Mirad, es precioso! —Señala por la ventana y al asomarnos, vemos un caballo blanco bebiendo agua de un lago.

El tío Arthur baja, coge la mano de mi tía para ayudarla y después hace lo mismo con nosotras cuatro.

Los gritos de lady Masie y lady Kimberly llegan desde la casa. Nos giramos y en cuestión de instantes están abrazadas a Violet y a mí.

— ¡Al fin llegáis! Creíamos que no vendrías. Sois los últimos en llegar —dice lady Kimberly, cogiéndose de mi brazo.

El ladrido de Star nos llega desde atrás, me giro y la llamo para que venga a mi lado.

— ¡Oh, es preciosa! ¿Cómo se llama? —pregunta lady Kimberly.

—Star. Es una perrita muy cariñosa, ¿verdad, preciosa? —digo, rascándole detrás de sus orejas.

— ¿Puedo?

—Claro, le encanta que le hagan esto. Aunque es un poco arisca con los extraños.

—Seguro que nos vamos a llevar bien, ¿verdad, Star?

Y cuando mi perrita ladra y deja que lady Kimberly le rasque donde le gusta, veo cómo mueve su colita de un lado a otro y sé que esa joven le gusta.

—Pues parece que sí que nos vamos a llevar bien. Vamos, Star, preciosa, entremos en la casa —dice lady Kimberly, cogiendo la correa.

Cuando entramos, somos recibidos por los Condes de Harringay y el Conde de Bexley.

—Milady, estáis muy hermosa —me dice lord Coleman, besando mi mano.

—Gracias, milord.

—Vamos, os acompañaré a vuestros dormitorios. Ferdinand se encargará del equipaje —lady Hall se coge de mi brazo mientras lady Kimberly, nos sigue por las escaleras.

Cuando llegamos a la planta de arriba, dejamos a mis tíos en su dormitorio, después a Harmony y Lilly en el que van a compartir, acompañamos a Violet y por último entramos en el mío.

—Es precioso, lady Hall.

—Me alegro que te guste, querida. Mi hijo pidió que este fuera vuestro dormitorio.

— ¿Es que no va a darse por enterado de que no quiero un esposo?

— ¡Oh! Tenía entendido que os casaréis con el Conde de Bexley.

Me sonrojo y recuerdo la farsa en la que nos ha metido lord Wilson tras lo que tuvo que decir lord Coleman.

—Claro, por eso, no quiero otro esposo...

—Ay, milady... A mí no tenéis por qué mentirme. Soy mucho más joven que mi esposo, incluso podría ser la hermana mayor de Cedric, pero mi amado Craig, se empeña en que le llame hijo, y él a mí debe llamarme madre. Así que, como podría ser también vuestra hermana mayor, dejad que os diga que no soy tonta. Me lo hago, que es distinto —esto último lo dice en un susurro.

—No os entiendo...

—Pues que sé que ese hombre os ha acogido bajo su ala para que el patán de lord Wilson, no intente tomaros como esposa. Eso le da ventaja a mi Cedric para que os conquiste. He visto cómo os mira, os adora, querida. Hace años que sé de vuestra existencia, desde que llegó de aquél viaje a Bath. Cuando vi el modo en que miraba vuestros ojos, supe que os habríais reconocido sin llegar a saber quiénes erais realmente. No debería deciros esto, pero Cedric escogió este dormitorio para vos, querida, porque era el que usaba su madre antes de casarse con mi esposo. Aún conserva aquellas maravillas —cuando señala el tocador no puedo evitar acercarme.

Veo un cepillo sobre él, lo cojo y al darle la vuelta veo que tiene una preciosa rosa roja, casi granate, dibujada. Hay un espejo de mano a juego, y junto a este, una cajita también con una rosa.

—Todo esto se lo regaló mi esposo. Abre la cajita, querida, que no te va a morder.

Hago lo que me dice, cojo la cajita y al abrirla, siento que me quedo sin respiración.

En su interior hay un conjunto de pendientes de oro, diamantes y una bonita piedra de amatista en el centro, junto a una pulsera que en el centro tiene engastadas las mismas piedras que los pendientes.

—Mi Cedric quiere que esta noche, para la cena, luzcáis este conjunto.

—No puedo hacerlo.

—Claro que podéis, además, tenéis un bonito vestido en color violeta en el armario. Yo misma me he encargado de traerlo para esta noche. Querida, mi hijo os ama, lo sé, y, ya sabéis, una madre nunca se equivoca.

—Pero, milady, vos podríais ser su hermana mayor —digo sonriendo.

—Las hermanas mayores tampoco se equivocan.

Unos golpecitos en la puerta hacen que nos giremos y cuando lady Hall da paso, uno de los mozos entra en el dormitorio seguido de una doncella.

— ¡Oh! Ya estás aquí, Vivian. Bien, tienes que ayudar a lady Laura a prepararse para la cena.

—Sí, milady.

—Laura, Vivian será tu doncella durante tu estancia.

—No es necesario...

—Claro que lo es. Todas las damas que están en la casa tienen una doncella para ayudarlas. Bueno, vuestras primas Harmony y Lilly compartirán a Dora, es la abuela de Vivian.

—Milady, esas niñas son encantadoras. Mi abuela ya las adora.

—Bueno, mis primas se hacen querer rápidamente, sobre todo, Lilly. Es una brujita.

—Bien, preparaos, querida. La cena se servirá pronto. Ahí podréis saludar al resto de nuestros invitados.

Lady Hall sale del dormitorio y Vivian me ayuda a guardar el equipaje en el armario. Cuando lo abro y veo el vestido violeta que me había dicho lady Hall, tengo que admitir que es precioso.

Mientras dejo el vestido sobre la cama y me quito los zapatos, Vivian me prepara un baño.

Me ayuda a desvestirme y poniendo una bonita bata de seda blanca sobre mi cuerpo, me acompaña al baño donde me deja en soledad, mientras ella recoge la ropa que me he quitado.

Escucho que se abre la puerta, pero estoy tan relajada con los ojos cerrados, que ni siquiera los abro.

Y entonces siento una caricia en mi hombro. Un dedo pasa lentamente por él hasta llegar a mi cuello.

Abro los ojos y me giro para encontrarme con la mirada del hombre que lleva desvelando mis sueños los últimos días.

— ¡Os habéis vuelto loco! Salid de aquí ahora mismo —digo, cubriendo mis pechos y encogiéndome las piernas para que no vea mi parte más íntima.

—Sois preciosa —susurra, inclinándose para dejar un cálido beso en mis labios.

— ¡Marchaos! Gritaré si no salís ahora mismo de aquí.

—Nadie va a oírlos.

— ¡Vivian!

—No, Vivian no está. Le pedí que nos dejara a solas. Es una muchacha muy obediente.

—Por favor, lord Hall, marchaos. No es apropiado que estéis aquí... conmigo, desnuda.

—Cierto, no es apropiado porque yo también debería estarlo. ¿Os gustaría que os acompañara?

— ¡No! Salid, por favor...

—Si me aseguráis que no me llamaréis lord Hall nunca más. Quiero ser simplemente Cedric para vos.

—No puedo hacer eso. No es apropiado.

—Lo es cuando se trata de mi futura esposa.

—Voy a casarme con lord Coleman...

—Respeto a ese hombre, es el padre de un buen amigo mío, aparte del suegro de mi hermana, pero no penséis, ni por un segundo, que seréis la Condesa de Bexley.

—No podéis evitarlo. El matrimonio está concertado entre ambos.

—Bueno, creo que vuestro tío no ha dado su consentimiento.

—No lo necesito, me voy a casar con un Conde, por el amor de Dios...

—Cierto, os vais a casar con un Conde, pero no con ese Conde, sino conmigo. Seréis la Condesa de Harringay.

—Ya hay una Condesa de Harringay, vuestra madre.

—Hasta que yo tome una esposa. En ese momento el título será mío y de la mujer que yo elija.

—En ese caso, suerte en vuestra búsqueda, lord Hall —digo, poniendo especial énfasis en esas últimas palabras para que sepa que no voy a llamarlo simplemente, Cedric—. No seré yo esa mujer. Y, por favor, marchaos ya.

Sonríe y se inclina, coge mis mejillas entre sus manos y me besa con la misma urgencia que la noche anterior en el baile.

Y antes de ser consciente de sus intenciones, una de sus manos va a mi nuca para acercarme más a él, mientras la otra, se desliza por mi pecho hasta colarse bajo mis brazos y pellizcar uno de mis pezones, haciendo que reaccione y un leve gemido escape de mis labios.

—No podéis negarlo, Laura. Vuestro cuerpo reacciona a mi tacto, me reconoce, sabe que seré su único dueño —susurra con los labios pegados a los míos.

Y vuelve a besarme sin dejar de pellizcar y acariciar mi pezón.

Cuando se aleja, me siento por completo sonrojada y con una sensación de ausencia en mi pecho.

Y algo que nunca había sentido, mi parte más íntima palpita. ¿Puede ser ese el deseo que tantas veces me ha dicho Faith que siente cuando está con Cody?

Abro los ojos y veo a lord Hall caminando hacia la puerta. La abre, se gira y sonríe antes de salir y volver a cerrarla.

Respiro y me dejo caer por la bañera hasta apoyar el cuello en el borde, dejando que mi melena vuelva a colgar hacia el suelo.

La puerta vuelve a abrirse y entra Vivian, me sonríe y se acerca con una bata más gruesa para secarme.

Salimos del cuarto de baño y me ayuda a vestirme y a recogerme el cabello.

—Tenéis un cuello precioso, milady, y debéis lucirlo. Lord Hall, estará encantado de véroslo.

—Vivian, ¿por qué has dejado que entre y esté a solas conmigo?

—Es mi señor, milady, y lo que él diga ha de cumplirse. Además, sé que le interesáis de

verdad. Y me gustáis para él —dice, sonriendo y sin dejar de peinarme.

—Pero yo voy a casarme con otro hombre —digo tratando de sonar creíble.

—Lord Coleman es un buen hombre, pero no el que está destinado para vos, milady.

—¿Y lord Hall, sí lo está?

—Así es. No hay más que ver cómo os mira y cómo os sonrojáis vos, con tan solo escuchar su nombre.

Abro la boca para hablar, pero vuelvo a cerrarla pues no puedo negarlo. Siento mis mejillas sonrojarse cuando escucho su nombre, y mi cuerpo se estremece al sentirlo en la misma estancia que yo. Ni siquiera es necesario que esté cerca de mí para saber que está ahí.

Termino de arreglarme y salgo de mi dormitorio, dejando a Vivian recogiendo el cuarto de baño.

Cierro la puerta y desde el pasillo escucho risas en la parte baja de la casa. Camino hacia la escalera y bajo, sintiendo los nervios agarrándose a mi estómago.

Al llegar al final de la escalera, veo a lord Kirk Lewis, el primo de lord Hall, caminando hacia donde creo que está el salón.

—Buenas noches, milady —sonríe y hace una reverencia, a la que respondo con una sonrisa—. Estáis muy hermosa esta noche. Si me permitís acompañaros —me tiende su brazo y yo me agarro a él.

—Gracias, milord. Vos también estáis muy elegante.

Y es cierto. Lord Lewis lleva una chaqueta marrón, camisa y pantalón gris, todo ello, acompañado de una de esas sonrisas por las que he visto suspirando a varias damas en el baile en el que nos conocimos.

Caminamos hacia el salón y las risas de las mujeres se escuchan más cercanas. Igual que las de los hombres, algo más roncadas.

—Buenas noches —dice lord Lewis, cuando entramos en el salón y todas las miradas se dirigen a nosotros.

El rostro de mi tía es de felicidad, sonriéndome. Veo a mi tío respirar hondo y su pecho hincharse, sin duda está orgulloso de mí. Mi prima Lilly, se pone en pie y viene hacia mí, sonriendo.

—¡Laura, estás muy guapa!

—Gracias, tesoro.

—Star se ha portado muy bien. Mira, no se aparta de lady Kimberly.

Miro hacia donde me indica mi prima y veo a la joven lady Kimberly con Star tumbada a sus pies. Camino hacia ellas y mi perrita levanta la cabeza, esperando que le preste mi atención.

—Hola, preciosa. Así que te estás portando bien... —Ella ladra y mueve su cola— Ya veo que te gusta lady Kimberly.

—Es una perrita muy buena, lady Laura. Nos hemos hecho amigas enseguida —dice lady Kimberly, con una amplia sonrisa en sus labios.

—Mi hermana y ella ya son inseparables. Esa perrita va allá donde vaya Kimberly —la voz de lord Coleman, hace que me gire y cuando le tengo enfrente, se inclina, coge mi mano y la besa—. Estáis muy hermosa, milady. Sin duda, mi padre tiene un gusto exquisito.

Y al decir eso, todos escuchamos algo parecido a un gruñido. Lord Coleman, lord Lewis y yo, miramos hacia la parte de la que provenía y vemos a lord Hall, con la mandíbula apretada.

—Milord —el mayordomo entra en el salón y se dirige a lord Hall, padre—. La cena está servida.

—Gracias, Eduard. Damas, caballeros, vayamos al comedor.

Cuando lady Kimberly se pone en pie, Star hace lo mismo y camina a su lado.

—Star, no puedes acompañarme. Quédate aquí, cuando acabemos de cenar, vendré a buscarte.

Y para mi sorpresa, mi perrita vuelve a tumbarse en el suelo, junto al sofá, y se queda mirándonos.

—Creo que voy a regalaros un perrito, lady Kimberly —digo, agarrándome a su brazo para caminar juntas hacia el comedor.

—Bueno, mi padre no creo que esté de acuerdo.

—Si yo os hago el regalo, no podrá decirnos que no, y menos ahora que voy a ser su esposa y vuestra madre —digo mirando hacia lord Hall, que aprieta los puños hasta tener los nudillos blancos— ¿Verdad, lord Coleman?

— ¿Acaso podría negarles algo a las dos mujeres más importantes de mi vida? Hija, yo mismo iré con vosotras a por ese perro que quieréis.

— ¡Gracias, padre! —Lady Kimberly se lanza a sus brazos y se aferra a su cintura, mientras la mirada de lord Coleman, se queda fija en la mía y veo ese brillo de la noche del baile.

—Vayamos a cenar antes de que se enfríe todo. No me gusta la comida fría —y ahí está lord Hall, para amargarnos la estancia a todos.

Saludo a los Marqueses de Dulwich, a los Condes de Serinham, los de Serpol y a los Duques de Woodford y de Ilford.

Pasamos al comedor y lady Kimberly, se sienta a mi izquierda, mientras lord Lewis lo hace a mi derecha.

El bufido de lord Hall, no nos pasa desapercibido a ninguno de los presentes y rápidamente, desviamos la mirada hacia lord Coleman.

—Espero que no os importe que me sienta junto a sus mujeres, lord Coleman, así disfruto de la compañía de lady Laura.

—Tranquilo, joven Kirk, mis mujeres están en buenas manos.

— ¡Eduard, el vino! —el grito de lord Hall hace que su primo, lord Lewis, me mire sonriendo

y me guiñe un ojo.

—Está celoso —susurra, antes de sentarse a mi lado—. Si pudiera, nos mataría a lord Coleman y a mí, en este momento.

Dos de las doncellas de la casa entran para servir vino en las copas, mientras nos servimos un plato con lo que nos apetece.

En la mesa hay de todo: carne, pescado, verduras, puré, pan y fruta fresca.

La conversación se centra en la fábrica de telas de lord Hall, la que ahora está unida a la de lord Coleman y que ambos dirigen juntos.

—La verdad es que el proceso del tinte de las telas es laborioso —dice lord Coleman—, pero el resultado es magnífico.

—Me alegra que nuestros hijos tengan la fábrica de telas y banderas más grande e importante del país. Somos afortunados, ¿verdad, Ewan? —pregunta lord Hall, levantado la copa hacia mi falso prometido.

—No podía estar más de acuerdo, pero sigo preocupado por lord Wilson.

Y de nuevo ese hombre en las conversaciones. ¿Por qué no pueden olvidarse de él?

—Podríamos mantener una conversación sin tener que nombrar a ese hombre. No me gusta —digo en lo que yo creía que había sido un susurro, pero, al parecer lord Hall, está demasiado pendiente de mí y me ha escuchado perfectamente.

—Ese hombre, como vos decís, milady, es nuestra mayor preocupación en este momento. Trató de casarse con mi hermana para unir nuestras fábricas y, al no conseguirlo, hace que su hermano menor vaya tras la joven lady Kimberly —asegura, en tono enfadado, lord Hall.

—Padre, sabéis que a mí él me...

—Hija, por favor, ya hemos hablado de ello. Ese joven no es bueno para ti.

— ¡No es como su hermano! ¡Lo sabéis! —Lady Kimberly, se pone en pie, ante la mirada de sorpresa de todos, haciendo que la silla caiga al suelo con un estruendo.

—Kimberly —la severa voz de lord Neal Coleman deja claro su enfado.

— ¡No hermano! ¡No pienso prometerme a otro que no sea él!

Dios mío, no sabía que lady Kimberly estuviera tan interesada en el menor de los Wilson. La miro y veo sus ojos vidriosos por las lágrimas que amenazan con salir.

— ¡Si no es con él, no me casaré con nadie!

Tras esas palabras sale corriendo del comedor y cuando veo que lord Ewan Coleman se pone en pie, lo imito y me adelanto a él.

— ¿Me permitís a mí, milord? —pregunto y antes de que pueda pedirle a este hombre que, por favor, me deje ir a ver a su hija, él asiente y vuelve a sentarse— Si me disculpan.

Salgo del comedor y escucho a lady Eliza, pedirles paciencia a su suegro y a su esposo.

Camino hacia el salón en busca de Kimberly, pero no está allí, y mi perrita Star tampoco. Me

giro y voy hacia las escaleras, subiendo a la planta de arriba para buscarla en su dormitorio.

Al llegar junto a la puerta, escucho sus sollozos y la oigo hablar con Star. Está completamente desconsolada.

Llamo a la puerta y un casi inaudible adelante me da paso. Abro la puerta y ahí está, recostada en la cama, hecha un ovillo, con Star en su regazo.

—Lady Kimberly, ¿puedo pasar?

—Sí. No quiero estar sola, aunque pueda parecerlo.

— ¡Oh, milady! —Camino hacia la cama y me recuesto a su lado, la abrazo y ella se gira para hundir su rostro en mi pecho.

—Conocí a lord Timothy Wilson el año pasado —empieza a hablarme tras calmarse un poco—. Una tarde después de salir de la academia, fui con mi doncella a comprar unos pasteles y ahí estaba él. Me pareció tan guapo. Después de eso lo vi alguna tarde frente a la academia. Me miraba, me sonreía y me saludaba con la mano. Los días pasaban y él seguía visitándome en la distancia, hasta que una tarde le pedí a mi doncella ir a la pastelería, él nos siguió y hablamos por primera vez.

Su cuerpo vuelve a sacudirse y sus lágrimas brotan de nuevo. Acaricio su cabello y trato de consolarla con la canción que mi madre me cantaba cuando era niña en las noches de tormenta.

Cuando se tranquiliza, comienza a contarme de nuevo sus vivencias.

—Durante meses estuvimos viéndonos en esa pastelería, apenas unos instantes, y siempre con mi doncella como cómplice de nuestros encuentros. Él no es como su hermano, Laura, no lo es. Ni siquiera le interesa la fábrica de mi hermano y de lord Hall. Él solo me quiere a mí.

— ¿Estáis segura de eso, milady?

—Sí, claro que lo estoy. Él me quiere —se incorpora y lleva la mano a la cadena de oro que adorna su cuello.

La mete bajo el escote de su vestido azul y la saca, dejando ver un precioso medallón con unas rosas rojas en relieve. Lleva las manos a las rosas y lo abre, dejando ver tras esa pequeña tapa camuflada una T y una K, grabadas dentro de un corazón.

—Si no me quisiera, no me habría regalado esto hace unos meses. Me aseguré que estaría conmigo en los bailes, que me sacaría a bailar siempre que pudiera y que acabaría pidiendo mi mano a mi padre.

—Lady Kimberly, es precioso —lo cojo en mis manos y sonrío.

Ese joven desde luego debe quererla sí, a pesar de saber que lord Coleman, no aprobaría ese matrimonio, le hizo un regalo tan especial.

—Si un hombre me hiciera un regalo como este, le amaría el resto de mi vida, aunque tuviera que casarme con otro hombre —espero que con esas palabras entienda que los matrimonios concertados y en los que no hay amor de por medio, siempre sentirás ese amor hacia la persona a

quien realmente amas.

—No podría casarme con otro. Antes de eso me quitaría la vida, como hizo Julieta, tras no poder amar a Romeo.

Las lágrimas vuelven a deslizarse por sus mejillas y yo la estrecho entre mis brazos. Star se recuesta a sus pies y yo vuelvo a cantar la canción de mi madre. Cierro los ojos y veo a mi madre tumbada en la cama conmigo.

Recordar las noches de tormenta en las que sus manos me acunaban, hace que yo también desee llorar, pero me contengo, o al menos lo intento.

Cuando siento que la respiración de lady Kimberly es más tranquila, la miro y veo que se ha quedado dormida. Me incorporo y cojo la manta que hay a los pies de la cama, la cubro con ella y le dejo un beso en la frente.

—Vela sus sueños, Star, como siempre has hecho conmigo —digo, acariciando a mi perrita.

Salgo del dormitorio y la casa está en completo silencio. Miro hacia la planta de abajo y todo está oscuro.

Respiro y camino hacia mi dormitorio. Antes de que llegue, escucho que se abre una puerta y veo a lord Lewis, salir de su dormitorio.

— ¿Aún despierta, milady?

—Acabo de dejar a lady Kimberly. Me iba ya a la cama.

— ¿Cómo se encuentra?

—Ahora duerme. Ella está enamorada, y eso no es bueno si su padre ya ha pensado en alguien para casarla.

— ¿Vos os encontráis bien? Parece que habéis llorado —lleva su mano a mi mejilla y con su pulgar acaricia la parte baja de mi ojo izquierdo. Cierro los ojos y siento que las lágrimas vuelven a mí.

Siento el calor de las primeras lágrimas deslizarse por mis mejillas y antes de ser consciente, estoy entre los brazos de lord Lewis, llorando como una niña.

Sus manos me acarician la espalda y el cabello, y yo me aferro a él, como si de un salvavidas se tratara.

—Vaya, veo que no perdéis el tiempo, milady —la voz de lord Hall, hace que me sobresalte y todo mi cuerpo se tensa.

Lord Lewis me suelta y se gira hacia donde está su primo.

—No seas imbécil, primo. ¿No ves que está llorando?

—Bueno, si no está satisfecha con el matrimonio que ella ha concertado con ese viejo de Coleman, que no vaya ahora llorando por las esquinas.

—No sabes lo que dices, Cedric.

— ¿Vas a ser el amante de una mujer casada, primo? Te creí más listo. Pensé que buscarías tu

propia esposa.

—Pues no es de tu incumbencia, pero te aseguro que voy a impedir que el bueno de Coleman se case con ella. Seré yo quien la haga Duquesa.

Ante las palabras de lord Lewis me quedo sin aire. No pensé que él estuviera interesado en mí de ese modo. No me lo había dicho, ni siquiera lo había insinuado.

—Parece que lady Sanders, es un buen partido y tiene a muchos hombres tras ella.

—Primo, estabas dispuesto a enfrentarte a Coleman para que fuera la futura Condesa de Harringay —dice lord Lewis.

—Creo que estoy perdiendo el interés.

Y tras esas palabras, le vemos caminar hacia su dormitorio, cerrando la puerta con un fuerte portazo.

—Va a ser de lo más divertido la estancia en esta casa.

—Lord Lewis, no debisteis mentir a vuestro primo.

— ¿Por qué creéis que mentí?

— ¿No le habéis mentido?

—Claro que sí. Sois muy hermosa, y no dudaría en haceros mi esposa y mi duquesa, pero no le quitaría a mi primo jamás a su mujer. Os pertenecéis, milady, desde hace tantos años que estáis condenados a casaros.

— ¿Por qué, condenados? Debería ser algo bonito, si nos amásemos.

—Bueno, el matrimonio puede ser una condena, sobre todo, para alguien como yo. Soy un soltero alérgico al compromiso. Antes se casará mi hermana que yo, y eso que apenas tiene dieciséis años.

—Llegará el día que encontréis a la mujer que os haga perder la cordura y queráis casaros con ella.

—En el caso de que eso pase, pasarán años, os lo aseguro.

— ¿Puedo preguntar vuestra edad, milord?

—La misma que mi primo Cedric, veintiocho.

—No creo que tardéis demasiado en encontrar esa mujer que os haga enloquecer hasta el punto de quererla solo para vos.

—Mi primo os ha encontrado a vos, así que, quién sabe, puede que tengáis razón y yo también encuentre a mí, lady Laura.

Y sin que yo pueda reaccionar y apartarme, siento sus labios sobre los míos. Es apenas un roce, algo suave, después su pulgar acaricia mi labio inferior y me sonrío.

—Mi primo es afortunado. Vos también le queréis. Buenas noches, milady.

Se aleja, abre la puerta de su dormitorio y entra dejándome sola en el pasillo, acariciando mis labios.

No he sentido nada, nada en absoluto. Ha sido un beso cálido y tierno, pero no me ha hecho sentir lo que los labios de lord Hall.

Miro hacia la puerta del dormitorio del dueño de esos ojos que son el tormento de mis noches. Camino hacia ella y levanto la mano para llamar, pero no puedo, no debo. Vuelvo a bajarla y cuando estoy a punto de girarme para marcharme, la puerta se abre y lord Hall me mira. La furia de sus ojos se transforma en sorpresa y cuando abro la boca para hablar, se inclina cogiéndome por la cintura y me mete en su dormitorio.

Cierra la puerta y, conmigo en brazos, se gira pegándose a ella, apoderándose de mis labios con los suyos y su lengua entrando en busca de la mía.

Es un beso cargado de necesidad, de anhelo y de posesión.

—Sois mía, ¿lo entendéis? —pregunta cuando rompe el beso, con la respiración entrecortada— Vais a ser mi esposa, tenedlo claro. No dejaré que nadie, ni mi primo ni el Conde de Bexley, se interponga entre nosotros. Os busqué, Laura, os busqué porque os quería conmigo, pero no pude encontraros.

—No puedo estar aquí —digo, cogiendo el pomo de la puerta y tratando de apartarme de él, pero no me lo permite.

—¿Y sí podíais estar en brazos de Kirk?

—Salí del dormitorio de lady Kimberly y lo encontré en el pasillo. Me preguntó si estaba bien pues había visto mis ojos llorosos...

—¿Y por qué llorasteis? ¿No estáis contenta con vuestro compromiso? Deberíais estarlo, seréis condesa.

—Estar con lady Kimberly, me hizo recordar a mi madre —y ahí están de nuevo mis lágrimas queriendo salir, pero las contengo.

—Lo lamento. Por favor, Laura, disculpadme. Es que veros en brazos de otro hombre...

—Deberéis acostumbraros. Pronto pondremos fecha a nuestra boda.

—Por favor, no lo hagáis Laura, no os caséis con Ewan. Casaros conmigo. ¿Queréis que suplique? ¡Maldita sea, lo haré!

—No quiero que supliquéis nada. No me casaré con vos, lord Hall.

—Os pedí que me llamarais Cedric.

—Y yo os dije que no lo haría.

—No voy a parar hasta que os caséis conmigo, os lo aseguro.

—Eso no pasará. Buenas noches, milord.

—Laura, por favor. No me neguéis el placer de amaros, no me privéis de vuestra compañía eterna a mi lado —se aferra con las manos aún más a mi cintura y se inclina para volver a besarme.

Y me pierdo entre sus labios, dejando que nuestras lenguas se conozcan, se amen, se deseen.

Mi cuerpo traicionero reacciona a él, y cuando su mano sube por mi costado y llega a mi pecho, un gemido escapa de mis labios.

Estoy perdida, esa señal es suficiente para que él siga convencido de lo que, incluso para mí, es evidente. Mi cuerpo le desea, le anhela, toda yo lo desea.

— ¿Veis? Vuestro cuerpo es mío. Reacciona a mí y siempre lo hará. Nunca podrá reaccionar ante las atenciones de otro hombre —se inclina hasta dejar sus labios pegados a mi oído y susurra—. Seréis mi esposa, Laura, mi condesa, la única mujer a la que querré en mis días y amaré y adoraré en mis noches.

Deja un beso en mi cuello y escucho que abre la puerta. Se aparta, besa mis labios y tras desearme buenas noches, salgo de su dormitorio y me encierro en el mío.

Me desnudo y me pongo el camisón, entro en la cama y sintiendo esa humedad en mi parte más íntima, cierro los ojos recordando sus besos, la forma en que mi cuerpo reacciona a sus caricias y dejo que el sueño me venza.

Capítulo 8



— ¡Laura! —el grito de Lilly mientras se lanza en mi cama, hace que me despierte. ¡Cuánta energía tiene desde por la mañana!

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien?

—Sí. Vamos, levanta y arréglate que vamos a salir a pasear con Star.

— ¿Tú y yo?

—Y Harmony, Violet, lady Kimberly, lady Masie, lady Nancy, lady Charis y lady Tabitha.

—Vaya, así que un paseo sólo de señoritas. Muy bien, pues espérame abajo que enseguida voy.

Lilly sale de mi dormitorio y entra Vivian, que prepara el baño mientras yo elijo el vestido en el armario.

Veinte minutos después, estoy en el comedor, donde todos están sentados tomando el desayuno.

—Buenos días —digo, sentándome en la única silla disponible. Y sí, está al lado de la que ocupa el dueño de mis desvelos.

—Buenos días, milady. Estáis muy hermosa. Ese azul os sienta muy bien —dice lord Hall, cogiendo mi mano y dejando un beso, al tiempo que me acaricia la muñeca con el pulgar.

—Gracias.

Durante el desayuno, los hombres acuerdan salir a cabalgar mientras que sus esposas prefieren quedarse en la casa preparando todo lo necesario para la comida de hoy, puesto que lord Hall, padre, ha anunciado la llegada de un buen amigo suyo, el Marqués de Northforest, lord Gabriel Jones, junto a su esposa, lady Harriet y sus dos hijos, Jude y Justin.

Lady Kimberly se coge de mi brazo al tiempo que llama a Star para que se acerque a la puerta de entrada. Salimos y nos disponemos a pasear por la gran extensión de terreno de Rosemary Manor.

Star corretea como si estuviera en nuestra casa. Lilly, no se despegaba de ella y a cada poco le tira un palito que ha recogido para que mi perrita se lo lleve de vuelta.

—Lady Laura, gozáis de las atenciones de mi hermano —dice lady Masie, sonriendo.

—Cierto, mi primo está celoso de lo bien que os lleváis con mi hermano —afirma lady

Tabitha.

—Pues no quiero las atenciones de ningún hombre. Nunca las he querido.

—Pero vais a casaros con el Conde de Bexley. Aunque... es demasiado mayor para vos —reflexiona lady Charis.

—No creo que mi padre quiera casarse con ella. Yo creo... yo creo que se siente solo y tal vez piense que, con vos a su lado, se sienta menos solo. Ahora que yo voy a ser la siguiente en comprometerme, quizás no quiera estar solo siempre.

—Lady Kimberly, vuestro padre podría haberse casado con cualquier otra mujer y en todos estos años no lo ha hecho. ¿No creéis que tal vez haya un motivo por el que haya decidido casarse con lady Laura? —pregunta, lady Masie.

—Si prometéis no contar nada de lo que diga... —Las miro a todas y miro hacia donde está Lilly con Star.

—Laura, no te preocupes por Lilly, no a venir —dice mi prima Harmony. Aún es pequeña, pero... sé que puedo confiar en ella también.

—Está bien, pero todas vais a prometer que no diréis nada de lo que os cuente. Tened en cuenta que soy la mayor. Podría ser vuestra hermana.

—No diré una palabra —asegura lady Kimberly, a la que le siguen el resto.

—Bien, pues...

Y les relato el, por qué lord Coleman, Conde de Bexley, aseguró que me casaría con él. Se sorprenden al saber que es una farsa, una mentira urdida por el conde para que lord Wilson, no utilizara alguna de sus artimañas para intentar casarse conmigo.

—Si es que lord Wilson es capaz de cualquier cosa. Lo intentó con mi hermana, pero ella estaba tan enamorada de Neal... —dice lady Masie.

—Entonces, mi padre lo ha hecho para evitaros un matrimonio que no deseáis y para que lord Hall, se esfuerce por conseguirlos. ¡Eso es magnífico! De un modo u otro, seréis de mi familia —lady Kimberly me abraza y no puedo evitar sentir una extraña sensación. Es como si hubiera algo en ella que me recordara a mí.

—Pues por la discusión que esta mañana tuvo mi hermano con mi primo Cedric... creo que va a ser todo un desafío para él, porque al parecer Kirk, también quiere conquistaros —dice, lady Tabitha.

—Lo sé, anoche se lo dijo y... No me siento cómoda con todo esto. Yo no quiero un esposo, no todavía al menos.

—Mucho me temo que ya tenéis uno, milady. Cedric no va a parar hasta haceros Condesa de Harringay. Os mira, cómo mi padre mira a mi madre. En sus ojos hay amor de verdad.

—Vaya, ¿y vos sabéis mucho de eso, milady? —le pregunto a lady Tabitha, mientras sonrío.

—Estoy enamorada y puedo sentirme afortunada pues mi padre va a casarme con ese hombre

sin saber lo que siento.

— ¿Y con quién pretende casaros mi tío? —pregunta lady Masie.

—Con lord Ethan Morris.

— ¿Con mi hermano? —pregunta lady Charis.

—El mismo.

—Estupendo. Vamos a ser familia. Al menos eso me alegra. ¿Pero por qué nunca me dijisteis que estabais enamorada de mi hermano?

—Nunca me lo preguntasteis.

—Vale, vamos a preguntar ahora. ¿De quienes estáis enamoradas, señoritas? —pregunta, lady Masie.

—Debo decir que yo también voy a ser prometida este año —asegura lady Charis—. Y al igual que vos, querida y futura cuñada, será con el hombre del que me enamoré hace tiempo. lord Hunter Walker.

—Es una buena noticia. Lo mejor es casarse enamorada —dice lady Kimberly—. Ya sabéis con quién me gustaría casarme.

A lo que todas asentimos algo tristes, pues ese compromiso no llegará a realizarse nunca.

—Bien, ¿y vos, lady Nancy? ¿Amáis a alguien?

—Al hombre con el que mi padre me va a prometer. Lord Leonard Walker.

— ¡Vamos a ser cuñadas! —grita lady Charis, emocionada.

—Lady Violet, vuestro turno. ¿Tenéis a alguien en vuestro corazón? —pregunta lady Masie.

—Lord Cameron White, pero dudo que él se interese por mí, y tampoco creo que mi padre llegue a concertar nuestro matrimonio. Él es marqués y yo...

—Vos sois una joven muy hermosa y educada, si lord White no se interesa por vos, seguro que habrá muchos caballeros jóvenes y apuestos, dispuestos a haceros su esposa —dice lady Charis.

— ¿Y vos, lady Masie? —pregunta, lady Kimberly.

—Lord Jude Jones. Cuando supe que venía hoy para pasar unos días, ¡me sentí tan feliz! Nuestros padres son muy amigos y siempre quise que me prometieran a él. Espero que así sea. Él no ha buscado esposa aún. Tal vez sea porque su padre le haya dicho que debe casarse conmigo.

—Bien, así que todas vais a casaros con el hombre al que amáis. Y yo seré la pobre desgraciada que no pueda casarse con...

— ¿Con quién no podrás casarte, cuñadita? —pregunta lord Hall, haciendo que todas nos sobresaltemos.

Y ahí están los hombres que nos roban el aliento a todas nosotras.

— ¡Lord Jones! ¡Ya habéis llegado! —dice lady Masie, acercándose al joven de cabellos rubios y ojos marrones.

—Milady, tan hermosa como siempre —él, le devuelve la sonrisa, coge su mano y le deja un tierno beso.

—Lord Jones, permitid que os presente. Lady Violet y lady Harmony, las hijas de lord Arthur Sanders, el mejor criador de caballos de Londres. Y su sobrina, lady Laura.

—Un placer conocerlas, señoritas. Mi nombre es Jude y él, es mi hermano pequeño, Justin.

—Señoritas. Cuanta belleza junta. Creo que lo pasaremos bien estos días —el joven Justin, es igual que su hermano mayor, salvo porque es unos cinco centímetros más bajo—. Lady Kimberly, me alegra veros —y la sonrisa que le dedica, y el modo en que la mira...

—Lord Jones —saluda ella, haciendo una reverencia.

—¿Tan tarde se nos ha hecho paseando, hermano? —pregunta lady Masie.

—No, pero decidimos venir a buscaros. Aún queda tiempo hasta que vayamos a comer.

—¡¡Laura!! —el grito de Lilly hace que me tense, me giro hacia donde ella estaba y solo llevo a ver cómo cae al agua.

Star ladra y se lanza para que mi prima se agarre a su cuello y no se ahogue.

— ¡Lilly! —grito, al tiempo que recojo la falda de mi vestido y salgo corriendo, pero antes de que llegue a ella, veo a lord Hall pasar a mi lado y lanzarse al agua a por ella.

Cuando sale con mi prima en brazos, temblando por el frío, le pide a lord Lewis que le dé su chaqueta. Y es ahí cuando me fijo que se la había quitado para lanzarse al agua.

—Lilly, ¿estás bien? —pregunto nerviosa.

—S-sí —dice entre temblores.

— ¡Hay, mi princesa! Vamos, te llevaré dentro —digo, tendiendo los brazos para cogerla, pero lord Hall, no me deja.

—Está mojada, su vestido pesa una tonelada y no sería bueno que vos también cojáis frío.

—Yo la llevaré, primo —dice lord Lewis—. A fin de cuentas, tú también estás calado hasta los huesos.

Lord Lewis coge a mi prima en brazos y regresamos a la casa. Estoy nerviosa y las lágrimas empiezan a escocer en mis ojos. No debería haberla perdido de vista. Ha caído por mi culpa...

—No os atormentéis, Laura —dice lord Lewis junto a mi oído—. No es culpa vuestra.

—Pero debí...

—Prima, es mi culpa. Quise recuperar el palo que le lancé a Star y... me caí.

— ¡Oh, Lilly! Lo siento, princesa. Lo siento mucho. Vamos, te daré un baño caliente.

— ¿Y a mí, me dará otro, milady? —la voz de lord Hall, me llega justo a mi izquierda. Me giro y lo tengo tan cerca... que puedo absorber todo su aroma.

—Gracias, milord. Yo... creo que estoy en deuda con vos.

—Encontraros conmigo, a solas, y agradecedme que salvara a vuestra prima —susurra en mi oído y siento un escalofrío recorrer mi espalda.

Se me ha quedado la boca seca, apenas me salen las palabras y lo único que hago es asentir.

Él sonríe, se inclina más hacia mí y cuando comprueba que mi prima no puede verlo, me deja un beso en el cuello.

—Esperad noticias mías, milady.

Capítulo 9



Pasamos la tarde todas las mujeres juntas en la biblioteca, leyendo, cosiendo y tomando el té, junto a la chimenea.

Lilly no se ha apartado de mí. Se sentó a mi lado y se recostó con la cabeza apoyada en mi regazo mientras leía para todas.

—Lady Laura —la voz del mayordomo irrumpe en la biblioteca, camina hacia mí y me tiende una nota discretamente—. Es para vos, milady —dice en un susurro para que nadie lo escuche.

Asiento, cojo la nota y la leo mientras él permanece de pie, tapándome, para que nadie vea lo que tengo en las manos.

«Milady, encontraros conmigo al atardecer, en el mismo lugar en el que estuvisteis esta mañana. Vuestro, Cedric Hall».

—Espera respuesta, milady.

Miro al mayordomo, abro la boca para responder, pero... no estoy segura de querer ir. Vuelvo a cerrarla. Miro la nota, la leo de nuevo, respiro hondo y mirando al mayordomo, asiento.

—Se lo haré saber, milady —responde, sonriéndome.

Cuando se retira, todas están mirándome, y en sus ojos se pueden ver las preguntas que quieren hacerme, pero guardan silencio y vuelven a sus quehaceres.

Star viene hacia mí, apoya su hocico en mi regazo y yo la acaricio.

Miro por la ventana y veo a lord Coleman, paseando con las manos a su espalda y algo cabizbajo.

Me levanto del sofá, me disculpo ante mis acompañantes y cojo el chal para salir.

—¿Está bien, milord? —pregunto, cuando llego a su lado.

—Laura, ya sabéis que a solas podéis llamarme Ewan.

Sonrío y me agarro a su brazo, para acompañarlo en su paseo.

—¿Qué os ocurre?

—Pensaba en Kimberly. Sé que está enamorada de... Ni siquiera puedo pronunciar su nombre.

—Él la ama, Ewan.

—¿Ella os lo ha contado?

—Sí.

—No puedo unir a nuestras familias, es el principal rival para lord Hall. Y también para mi hijo.

—¿Preferís que se case con alguien a quien no ame? O con alguien que nunca la amará a ella.

—Yo me casé sin estar enamorado. Tampoco fue tan malo.

—Pero perdisteis la oportunidad de conocer a la mujer adecuada, y cuando la conocisteis ya era demasiado tarde.

—Laura, ¿sentís algo por lord Cedric?

Me paro cuando hace la pregunta. Me quedo paralizada y sin saber qué responder. Me gusta ese hombre, y claro está que cuando me besa o sus manos me acarician, mi cuerpo reacciona. Únicamente reacciona a él. Ni siquiera lord Lewis, hizo que sintiera algo con su beso.

—Vuestro silencio dice más que vuestras palabras. Igual que vuestra mirada.

—No puedo negar que me gusta.

—Ese es un buen principio. Laura, dejad que os de un consejo. Si queréis a ese hombre, si le quisierais aceptar algún día como esposo, no permitáis que nadie os lo impida. Es un buen hombre, le conozco bien.

Tras decirme eso, se inclina y besa mi frente. Hace una reverencia y se marcha, dejándome sola y pensando en sus palabras.

Cuando quiero darme cuenta, veo que está empezando a atardecer.

Camino hacia el lugar en el que nos encontró esta mañana lord Hall y cuando llego lo veo apoyado en uno de los árboles, cruzado de brazos y piernas, mirando hacia la puesta de sol.

—Milord —digo, para que sepa que he llegado.

—Milady... —Se aparta del árbol, se acerca a mí y me abraza— Creí que no vendrías. Cuando Sebastián me dijo que sí lo haríais... no podía creerlo.

—Pues aquí estoy. ¿Qué queréis, milord?

—Estar a solas. Necesito teneros solo para mí.

—No es apropiado. Estoy prometida...

—No, no lo estáis. Vuestro tío no ha dado aprobación aún.

—No hace falta, mi futuro marido es un conde. Solo faltaba que tuviera que pedirle permiso a mi tío.

—Las cosas deben hacerse bien, y debería haberle pedido permiso.

—En ese caso, me marchó. No puedo estar a solas con vos.

—No, por favor. Quiero cenar con vos, milady.

—Nos veremos en el comedor.

—He traído la cena —dice, al tiempo que señala una cesta de picnic.

Se inclina, la coge y entrelazando su mano con la mía, empieza a caminar.

—Debo marcharme, esto no está bien.

—Laura, solo es una cena. Por favor, no os marchéis.

Intento negarme, pero ante esa mirada... simplemente no puedo.

Emprendemos de nuevo el camino y llegamos a un precioso invernadero. Al entrar, el aroma de las rosas y sus preciosos colores nos reciben.

—Es precioso.

—Era el lugar favorito de mi madre. Todas las rosas las plantó ella misma. Las rojas más oscuras siempre fueron sus favoritas.

Me fijo en el rosal que tengo a la derecha y el color de esas rosas es igual a las que hay dibujadas en el cepillo, el espejo y la cajita de mi cómoda.

Acaricio una y me acerco para olerla.

—Me recordáis a mi madre. Siempre se preocupaba de nosotros, tanto como vos lo hacéis de vuestras primas. Las miráis con adoración.

—Las quiero mucho. Estos cinco años he ayudado en su cuidado. Me siento su hermana mayor, pero con Lilly...

—La sentís como si fuera una hija.

Asiento e inclino la mirada hacia el suelo. Hay una rosa caída, me agacho y la recojo para sostenerla en mis manos.

Lord Hall la coge y se acerca a mí, me mira y sonrío. Lentamente lleva las manos al escote del vestido y es ahí donde coloca la rosa.

—Os queda de maravilla. Resalta con el tono de vuestra piel —susurra, acariciando mi mejilla.

Se inclina más hacia mí y cuando siento su aliento cerca de mis labios, no puedo evitar abrirlos y cerrar los ojos.

Pasa su pulgar por mi labio inferior, su mano izquierda rodea mi cintura y pegando mi cuerpo al suyo, me besa.

Vuelvo a notar ese escalofrío recorriendo mi espalda. Mi cuerpo reacciona a su contacto, como si lo conociera de siempre.

El beso se vuelve más apasionado, nuestras lenguas se entrelazan y sus manos me cogen por la cintura para sentarme sobre su regazo. Quiero apartarme, esto no está bien... pero no puedo dejar de besarlo.

Me acaricia los costados y sube por la espalda, acariciándola lentamente sin romper el beso.

—No deberíais haber hecho eso —digo, respirando con dificultad y mirándolo a los ojos.

—No voy a pedir disculpas. Deseaba besaros, Laura.

—No tendría que estar aquí. No es apropiado.

—Por favor —dice cogiendo mi mano cuando me levanto—, no os vayáis. Por favor.

Respiro hondo y cuando él se pone en pie y coge de nuevo la cesta, me lleva hasta el fondo del invernadero y de la cesta saca una manta que extiende en el suelo.

Me ayuda a sentarme y tras acomodarse a mi lado, saca pan, queso, fruta, una botella de vino y dos copas de la cesta y lo dispone todo sobre la manta.

—Brindemos —dice, tendiéndome una de las copas.

— ¿Y por qué hemos de brindar?

—Por los reencuentros agradables.

Intento hablar, pero no me salen las palabras. Brindamos y recuerdo el día que lo conocí, aquella fatídica mañana en la que alguien me arrebató a mi madre.

Siento que mis ojos se humedecen, las lágrimas queman queriendo salir, pero no quiero seguir llorando por algo que pasó hace cinco años.

—Laura, ¿estáis bien?

—Sí —respondo, dejando la copa y cogiendo un poco de queso—. Está delicioso.

—Sí. Adoro disfrutar de una buena copa de vino con queso y fruta.

En silencio y rodeados de las rosas más hermosas que jamás he visto, cenamos. Cuando terminamos, guardamos los platos en la cesta y seguimos tomando el vino, que está exquisito con ese sabor dulce y afrutado.

— ¿Llegasteis a saber qué pasó aquel día? ¿Quién quemó vuestra casa?

—No. Supongo que fue un accidente. Tal vez mi madre se descuidó y el fuego se provocó por la chimenea.

—Laura, no creo que fuera un accidente. Alguien tuvo que hacerlo.

—Pues no teníamos enemigos. Mi madre trabajaba para una de las modistas, cosía para ella. Desde que llegó a Bath todo aquél que la conocía le tenía cariño. Y a mí también.

— ¿Alguien del pasado, tal vez? ¿Qué sabéis de vuestro padre?

—Nada, absolutamente nada. Mi madre nunca me dijo quién era. Tan solo sé que era... él...

—Si no vivió con vuestra madre, supongo que ella fue su amante.

—Eso me temo. Por eso no quiero pasar por lo mismo que ella. No quiero ser la amante de un hombre que después se case con otra. Bueno, mi madre se enamoró de un hombre ya casado y con un hijo.

—No seríais mi amante, seríais mi prometida. Mi esposa, mi condesa.

—No quiero. No quiero serlo —digo en un tono algo más brusco del que pensaba.

— ¿Preferís ser la esposa joven de un conde mayor?

—No os incumbe —enfadada, me pongo en pie, pero él es más rápido que yo y cuando estoy a punto de dar mi segundo paso, me coge por la cintura y me recuesta sobre la manta— ¡Soltadme!

—No puedo alejarme de vos, Laura. No puedo soportar que otro hombre os preste sus

atenciones. Mi primo está dispuesto a cortejaros y eso... eso me mata.

—Dejadme marchar, por favor, lord Hall.

—Quiero que me llaméis Cedric.

—No puedo.

—A lord Coleman le llamáis Ewan —ante su respuesta, abro los ojos y la boca sorprendida. ¿Cómo lo sabe? —. Os escuché hablar por la tarde —dice en su tono de niño inocente.

—No está bien escuchar conversaciones ajenas.

—Estáis en mi casa, yo pasaba por el lugar y...

—Dejad que me vaya. Mis tíos se preguntarán por qué no he bajado a cenar.

—Todos saben que os encontráis algo indispuesta y que Vivian, os hace compañía en vuestro cuarto.

—Si mi tía entra se dará cuenta de que no estoy allí.

—Nadie tiene permiso para entrar.

—Sois...

—Vuestro —asegura, inclinándose y besando mis labios.

Trato de apartarlo, de no caer en lo que me hace sentir cuando nuestros labios están unidos, pero no puedo, fracaso y cedo a ese encuentro lujurioso.

Llevo mis manos a su cabello y entrelazo mis dedos. Su mano izquierda rodea mi cintura mientras la derecha se desliza hacia mis pechos y cuando noto sus dedos entrando por la tela del escote, un gemido escapa de mis labios y mis pezones se erizan, expectantes ante lo que está por suceder.

Sus dedos pellizcan mi pezón izquierdo y en ese momento rompe el beso. Deja un beso en mi barbilla y comienza un camino de besos, mordisquitos y pasadas con su lengua por mi cuello y mi pecho, hasta llegar al borde de mi escote. Lo miro y al encontrar mi mirada, sonrío y baja la tela del vestido dejando mi pecho completamente descubierto.

—Milord...

—No temáis, amada mía.

Amada mía. Jamás pensé que escucharía esas palabras saliendo de labios de un hombre y menos de un hombre como lord Cedric Hall, Conde de Harringay.

Es apuesto, podría tener a la mujer que quisiera, de hecho, las habrá tenido. Habrán sido tantas las mujeres que hayan pasado por su cama...

Cuando siento la punta de su lengua rodeando mi pezón jadeo e involuntariamente tiro de su cabello y arqueo la espalda.

Cierra los labios alrededor de mi pezón y succiona, haciendo que mi gemido resuene en el invernadero. Vuelve a pasar la lengua y después lo mordisquea.

—Milord... por favor... parad...

—Cedric —dice, aun mordisqueando mi pezón.

Muerdo mi labio inferior cuando su mano izquierda baja la tela del vestido dejando mi otro pecho descubierto. Siento su aliento en él y después su lengua, los labios y los dientes.

—Decid mi nombre, Laura. Decidlo... quiero escucharlo de vuestros labios.

Arqueo la espalda y cuando noto las yemas calientes de sus dedos sobre mi pierna, no puedo evitar gritar y dar un respingo.

—Parad, por favor, lord Hall —pido, cogiendo su cabello y tratando de apartarlo.

—Laura, decid mi nombre. Tan solo una vez...

— ¡No sigáis! —grito, cuando siento su mano completa acariciando mi pierna izquierda bajo el vestido.

Sigue subiendo y siento que mi parte más íntima comienza a palpitar. La siento húmeda, y recuerdo las palabras de Faith.

«Cuando las manos de Cody acarician mi cuerpo, siento un escalofrío recorrer mi espalda y mi entrepierna se humedece. Sé que me está amando, que, si no me amara, no me haría desear sus besos, ni desearía tenerlo dentro.»

—Por favor, Cedric... —digo entre jadeos, con la esperanza de que, al escuchar su nombre, pare.

—No quiero que me llaméis de otro modo. Quiero ser Cedric para vos.

Sube besando mi pecho y el cuello hasta encontrarse con mis labios. Su mano sigue sin detenerse, sube lentamente haciendo que todo mi cuerpo se estremezca por completo y cuando siento su mano junto a mi muslo, no puedo evitar abrir un poco más las piernas.

Le he dado acceso. Le acabo de dar un permiso silencioso a que...

—Os deseo, Laura. Os deseo tanto —susurra con sus labios pegados a los míos.

No digo nada, no puedo hablar. Jadeo y trato de respirar con normalidad, pero es imposible.

Su mano llega a mi centro y cuando su dedo se encuentra con mi intimidad, arqueo la espalda al sentir esa caricia tan placentera.

— ¿Veis cómo os tengo, Laura? Esto es porque vuestro cuerpo y el mío se reconocen como propios. Vais a ser mía —vuelve a besarme y su dedo acaricia mi centro mientras mis manos se aferran a su cabello—. Mi esposa, mi condesa, mi amante, la madre de mis hijos. Seréis todo mi mundo.

Cuando entra con su dedo en mi interior, grito y no puedo evitar acompañar el movimiento de mis caderas con su mano.

—Entregadme vuestro placer, amada mía.

Esas simples palabras susurradas en mi oído, con su voz enronquecida por el deseo, hacen que algo dentro de mí, estalle y grite su nombre.

—Eso es, soy Cedric. Vuestro Cedric. Prometedme que siempre me llamaréis Cedric.

—Solo cuando estemos a solas —acierto a decir con la respiración aún entrecortada.

—Siempre. Da igual que estemos rodeados de cientos de personas. Siempre seré Cedric.

No respondo, simplemente lo miro. Sus ojos se han oscurecido y su respiración es aún más rápida que la mía.

—Prometedlo. Por favor.

—Siempre os llamaré Cedric.

— ¡Gracias, mujer! Sois testaruda.

—Mi tío dice que igual que mi madre.

—Laura, os deseo como jamás había deseado a ninguna otra. Desearía haceros mía en este momento.

— ¡No! —grito y lo aparto de mí.

Me incorporo y recompongo el escote de mi vestido. La rosa ha quedado aplastada por el peso de su pecho sobre el mío.

—Esto no debía haber pasado. Yo... Yo debo reservarme para mi esposo.

—Ese seré yo. Así que no pasará nada si nos entregamos antes el uno al otro.

— ¡No! ¡No me entregaré a vos! No puedo entregarme y convertirme en vuestra amante.

—Laura, os he dicho que os quiero como esposa.

—Eso decís ahora, pero en cuanto me entregue, en cuanto tengáis lo que realmente queréis...

—No penséis eso de mí, por favor.

—Esto ha sido un error. Una locura. No puede volver a repetirse. Buenas noches... —Por un instante dudo, le he prometido llamarle Cedric, pero no es correcto— Lord Hall.

Antes de que él pueda decirme nada, corro hacia la puerta y salgo del invernadero.

La noche cubre el terreno apenas iluminado por la Luna. Corro hacia la casa tanto como me permiten los zapatos y entro sin que nadie me vea.

Subo las escaleras y abro la puerta de mi dormitorio, donde encuentro a Vivian, sentada junto a la chimenea, leyendo.

— ¡Milady! —Se levanta del sofá rápidamente y se acerca a mí.

Me abrazo a ella y es cuando me doy cuenta de que estoy llorando. ¿Cómo he podido dejar que un hombre me tocara tan íntimamente? ¿En qué me convierte eso? En su amante, simplemente. Acabo de empezar el mismo camino que mi madre con el único hombre al que amó en toda su vida.

Lloro en brazos de Vivian y cuando escucho que llaman a la puerta y la voz de lord Hall pidiendo permiso para entrar, me aparto y le pido a Vivian que no lo deje. Que le saque de aquí.

Voy al cuarto de baño y me encierro. Apoyo la oreja en la puerta y escucho lo que hablan.

—Milord, lady Laura está tomando un baño.

—Bien, déjanos solos, Vivian.

—Lo siento, milord, pero... Lady Laura...

Escucho pasos y veo cómo intenta abrir la puerta. Al no conseguirlo, la golpea y me aparto de ella.

— ¡No os esconderéis de mí, Laura! —grita sin dejar de golpearla— Por favor... abridme. Laura, abrid la puerta.

— ¡Marchaos! Estoy cansada.

—Y yo quiero veros. Quiero besaros de nuevo. Quiero abrazaros. Quiero... quiero amaros. ¡Por el amor de Dios, mujer! Entended de una vez que... que os amo —esas últimas palabras las dice apenas en un susurro.

Llevo las manos a mis labios y ahogo un grito en ellas. ¿Me ama? ¿Será cierto que me ama desde que me vio por primera vez hace cinco años?

—Está bien. No abráis, daros el baño y acostaros. Descansad y mañana hablaremos. Buenas noches, amada mía.

Guardo silencio y espero hasta escuchar la puerta cerrarse. Cuando Vivian está sola en el dormitorio, llama a la puerta y abro.

—Se ha ido, milady. Ese hombre os ama de verdad. Deberíais haberle visto la cara.

— ¿Y si miente? ¿Y si sólo quiere meterme en su cama?

—Os quiere para mucho más que para eso. Creedme. Y ahora, quitemos ese vestido arrugado y métase en la cama. Le vendrá bien descansar.

Con ayuda de Vivian, me quito el vestido y el resto de ropa y me pongo un camisón. Me meto en la cama y cuando escucho la puerta, mirando por la ventana hacia la Luna que brilla en la inmensidad del cielo, dejo que las lágrimas se deslicen por mis mejillas hasta que las fuerzas me abandonan y me quedo dormida.

Capítulo 10



Me despierto sobresaltada al sentir una caricia en mi espalda.

No estoy apoyada en la almohada, tengo la cabeza en algo... duro. Y la mano. Mi mano izquierda está apoyada en el mismo lugar que mi cabeza.

Respiro hondo tratando de calmarme y noto que donde estoy apoyada también se mueve. Y escucho... ¿los latidos de un corazón?

Abro los ojos y con la luz de la Luna que entra por la ventana veo que estaba dormida sobre el torso desnudo de un hombre.

¡Por el amor de Dios! ¡Hay un hombre en mi cama!

Debería incorporarme, pero se siente tan bien... tan cálido y confortable. Trato de moverme lo menos posible y compruebo que lleva puestos un pantalón de dormir, al menos no está desnudo.

¿Pero quién ha osado...?

—Sé que estáis despierta —dice en apenas un susurro y su ronca voz hace que todo mi cuerpo se estremezca.

—¿Qué hacéis en mi cama, lord Hall?

—Intentar dormir, pero no puedo.

—Marchaos.

—Os oí gritar. Vine tan rápido como pude y os encontré llorando y gritando —sigue acariciando mi espalda y eso me calma—. Me recosté a vuestro lado, os abracé y conseguí que os calmarais. Volvisteis a quedaros dormida y no quise dejaros.

—Ya podéis marcharos. Estoy bien.

—No quiero marcharme. Dejad que duerma con vos, por favor. Me quedo más tranquilo.
¿Con qué soñabais?

Ni siquiera lo recuerdo, pero es posible que fuera con el día en que perdí a mi madre. Algunas noches en estos años me he despertado y mi tía era quien me consolaba.

—Mis tíos no os habrán visto, ¿verdad?

—Sí. Les dije que yo cuidaría de vos. Star también está aquí —tras un corto silbido, llama a mi perrita y ella se sube a la cama para apoyar su cabeza en mis piernas.

—Hola, preciosa —digo acariciándola detrás de las orejas—. Creí que estaría con lady

Kimberly.

—Cuando escuchó vuestro grito, comenzó a ladrar y lady Kimberly abrió la puerta, salió corriendo y empezó a arañar la vuestra hasta que la abrí.

—Siempre ha cuidado de mí.

—Es una perra magnífica. Me alegra que hayas cuidado de mi mujer, preciosa —acaricia a Star y ella se deja. Pequeña traidora...

Guardo silencio, contemplando la mano de lord Hall acariciando a Star y sintiendo su mano en mi espalda. Respiro hondo y un suspiro sale de mis labios.

— ¿Por qué os negáis a ser mi esposa?

—Porque voy a casarme con lord Coleman.

—No lo voy a permitir. Cuando os vi hace cinco años... me costó dejaros. Os juro que quería quedarme, pero debía regresar a Londres.

No digo nada, simplemente me acurruco más en su brazo. Sin darme cuenta, estoy acariciando su pecho y noto cómo se eriza su piel. Me gusta su tacto, suave y cálido. Me gusta estar así, sabiéndome protegida a su lado.

—Será mejor que volváis a dormir.

—Y vos deberíais marcharos.

—No voy a moverme de esta cama. Y no, no voy a tratar de haceros nada mientras dormís. Os respeto, Laura. Cuando estemos juntos, quiero que sea porque ambos lo deseamos.

Permanezco quieta mirando a Star, que se ha quedado dormida sobre mi regazo mientras lord Hall, la acaricia. Su mano sigue subiendo y bajando por mi espalda tan despacio que es como si de un somnífero se tratara.

Cierro los ojos, escuchando el latido de su corazón, y dejo que el sueño me lleve de nuevo.

Cuando me despierto y toco las sábanas, están frías. Abro los ojos y el lugar en el que estuvo Cedric anoche, ahora está vacío.

Me incorporo y veo a Star dormida a los pies de la cama. Sonrío, me levanto y la acaricio detrás de las orejas. Abre los ojos y me mira.

—Buenos días, preciosa. Al final sí nos dejó solas, ¿verdad? —digo, dejando un beso en su cabeza.

Escucho unos golpecitos en la puerta, seguidos de la voz de Vivian. Cuando abre y entra, tras darme los buenos días, se dirige al cuarto de baño para preparar la tina.

— ¿Se encuentra mejor? Anoche nos asustó a todos —dice cuando entro y me quito el camisón.

—Tuve una pesadilla. Desde que perdí a mi madre suelo tenerlas.

—Lord Hall no dejó que nadie entrara. Quiso cuidaros él mismo.

—Lo sé. Desperté y me estaba abrazando.

—Os ama.

—Tan sólo quiere tenerme en su cama.

—Como su condesa, no lo olvidéis.

Y no digo nada. Me meto en la tina y disfruto de mi baño.

Cuando termino y me seco, salgo de nuevo al dormitorio y Vivian me ayuda a vestirme y me hace un bonito recogido en el cabello.

Salimos del dormitorio y a la primera que me encuentro en el pasillo es a Lilly.

—¿Podremos salir a pasear con Star? —pregunta cogida de mi brazo.

—Claro que sí. Cuando tomemos el desayuno saldremos todas.

—Solo iremos nosotras dos y Harmony. Las demás damas... van a salir de compras a la ciudad.

—¿Y por qué nosotras no vamos a ir? —pregunto, mientras bajamos las escaleras.

—Porque tengo planes con vos, milady —ahí está, la voz del hombre que consigo que me desvele por las noches. Que no piense en otro que no sea él. El hombre al que me entregué la tarde anterior.

—No hay tales planes, milord. Quiero salir de compras con las demás damas.

—Lo lamento, pero vos y yo saldremos a pasear a caballo. Junto a vuestras primas Harmony y Lilly.

—Milord, no podéis planificar mi día como os plazca.

—Dejadme deciros, milady, que planeé vuestro día junto a vuestros tíos, a lord Coleman y a vuestras primas. ¿Verdad que queréis pasear a caballo, Lady Lilly?

—Sí, pero me da miedo ir subida sola en uno.

—No es problema, milady. Iréis conmigo, a lomos de Azabache.

—¿Vuestro caballo se llama Azabache? —pregunta Lilly, sonriendo.

—Sí. Es un purasangre tan negro como la noche.

—Buenos días, Laura —dice Harmony, cuando llegamos al comedor— ¿Sabéis que saldremos de paseo a caballo con lord Hall?

—Acabo de enterarme.

—¡Pues desayunemos rápido, que quiero salir ya!

Entramos al comedor para desayunar y allí nos reunimos con el resto de invitados, todos preocupados por mi estado tras el susto que se llevaron al escuchar mis gritos.

Nos despedimos de las damas cuando se marchan para ir de compras, mientras los hombres se retiran para reunirse en la biblioteca y centrarse en algunos negocios.

No puedo evitar mirar a Cedric, pues él debería reunirse también con ellos, pero insiste en que salgamos a pasear.

Una de las doncellas se reúne con nosotros en la entrada y le entrega a Cedric una gran cesta de picnic. Lo miro y tan solo sonrío antes de salir de la casa.

En las caballerizas, veo a tres mozos cepillando las crines de los caballos más hermosos que he visto y recuerdo a dos de ellos, claro que los recuerdo.

—Se los comprasteis a mi tío —digo acercándome a la yegua, blanca como la nieve, y le acaricio el hocico—. Hola, preciosa.

—Ella es Reina. Vos iréis en ella —dice Cedric a mi lado.

—No sabía que teníais esta pareja aquí —me acerco al semental que tantas veces di de comer en casa de mi tío y sé que me reconoce por cómo pasa su hocico por mi cuello.

—Los compré hace algunos años, Azabache y Reina son los padres de Princesa —señala a la yegua más joven y sonrío al verla, tan negra como su padre—. Y hace unos meses nació Pegaso.

Miro hacia la izquierda, donde señala, y veo un mozo cepillando un precioso potrillo blanco. Me acerco y el mozo, sonriendo, me deja el cepillo y me dispongo a seguir con su tarea.

—Es precioso —dice Lilly a mi lado, mientras le da una zanahoria para comer—. Es igual que Reina.

—Y espero que sea un buen semental, como su padre.

—Tienes toda una familia aquí —aseguro, acariciando el hocico de Pegaso.

—Pensé que el primero en nacer sería el semental, pero sé que Princesa será tan buena como su padre.

—Milord, ¿ensillo ya los caballos? —pregunta uno de los mozos.

—Sí, por favor. Y preparad también a Pegaso. Le vendrá bien salir de paseo.

Una vez los tres caballos estuvieron ensillados, el más joven de los mozos ayudó a Harmony a subir. Cuando me disponía a pedirle ayuda a otro de los mozos, me sorprendió la mano de Cedric rodeando mi cintura.

—Yo os ayudaré, amada mía —susurra junto a mi cuello y siento que todo mi ser se estremece.

Subida a lomos de Reina, cojo las riendas y veo cómo se aleja de mí para subir a Lilly sobre Azabache, mientras uno de los mozos lo sujeta. Después sube él y, cogiendo las riendas, emprende la salida de las caballerizas, seguido de cerca por Harmony y por mí, y cuando llega hasta Pegaso, coge las riendas y salimos.

Durante el paseo Lilly no deja de preguntar por el potrillo. Se ha quedado prendada de él y no es de extrañar, tiene el mismo porte que Azabache a pesar de ser blanco.

Cuando llegamos a un claro, cerca del lago, Cedric deja su montura y ayuda a Lilly para después atar las riendas de Azabache y Pegaso en el árbol que hay a orillas del lago. Harmony y yo, nos acercamos al árbol y esperamos a que nos ayude a bajar y a atar a nuestras yeguas.

—Y ahora, mis queridas señoritas, disfrutemos de esta deliciosa comida que he traído —dice,

sacando una gran manta de la cesta de picnic antes de ofrecernos asiento.

Cuando se sienta con nosotras, a mi lado para no variar, comienza a sacar platos con diversos sándwiches, queso, fruta, pan, carne asada, copas, una botella de vino y otra de agua.

No puedo evitar mirarlo. Mis ojos se van a él, a cada instante. Habla con mis primas y ríe con ellas. Cuando nuestras miradas se cruzan, me sonrío de ese modo que tanto me gusta.

Sé que me sonrojo, noto mis mejillas arder y no puedo más que desviar la mirada de él. Me hace sentir diferente a cuando me miran otros hombres. Su mirada desprende un deseo que sé que la mía también contiene.

Ni puedo ni quiero negarlo. Sentir sus labios besando los míos fue maravilloso. El roce de sus manos en mi piel, esas caricias que nunca nadie antes me había dado. Y cuando me tuvo expuesta y lista para él, bajo su cuerpo, cuando me entregué a él...

—Milady, ¿os encontráis bien? —su voz hace que deje mis pensamientos. Levanto la mirada y ahí está, el deseo en sus ojos. Acompañado de esa sonrisa que hace que todo mi cuerpo reaccione — Laura, ¿estáis bien? — Acerca su mano a mi frente, y cuando siento su piel cierro los ojos y un leve jadeo sale de mis labios.

—Lo estoy —digo al fin, abriendo los ojos y mirándolo fijamente.

—No tenéis fiebre, pero estáis muy sonrojada.

—Será por el paseo bajo el sol. Debí coger mi sombrero.

Sonríe, y sin apartar su mirada de la mía, desliza su mano por mi mejilla y con ese simple roce hace que quiera más. Cuando la deja caer, cuando su ausencia se hace visible, siento el aire rozar mi piel y quiero que vuelva a acariciarme.

Me sobresalto cuando coge mi mano, entrelaza nuestros dedos y se acerca para dejar un beso en mi frente.

—Hacéis buena pareja —la voz de Lilly, hace que me gire hacia ellas.

Por un instante había olvidado que nos acompañaban mis primas. Éramos solo él y yo, nada más existía.

—Espero que vuestra prima también lo crea, porque quiero casarme con ella —lo dice sin apartar su mirada de mí.

No puedo verlo, pero siento sus ojos fijos sobre mí. Mis primas sonrían, y mientras Lilly aplaude, veo a Harmony asentir. Sé que todos piensan que voy a casarme con lord Coleman, ese hombre mayor que podría ser mi padre, y no les parece bien. Quieren a lord Cedric Hall como mi esposo. Lo sé, lo veo en sus ojos. Lo veo en la mirada de mi tío cuando nos ve a los dos juntos. Lo veo cuando mi tía sonrío al ver que Cedric, se acerca a mí tan disimuladamente como puede. Y lo veo en la familia Hall.

Pero no puedo dejar que el hombre que consigue que me desvele por las noches, que no deje de pensar en él ni siquiera durante el día, me haga suya y después me deje. No quiero ser como

mi madre. No quiero ser amante, quiero ser esposa.

Suelto su mano y me pongo en pie. Siento las lágrimas agolparse en mis ojos y no quiero que mis primas me vean llorar.

— ¿Dónde vas, Laura? —pregunta Harmony.

—Solo voy a la orilla. Seguid comiendo.

Camino hacia los caballos y acaricio a Azabache. Mueve su hocico junto a mi rostro y sé que él también me ha echado de menos. Solía ir a las caballerizas de mi tío y darle de comer. Mi preciosa Misty es hija suya. Tan negra como él, tan elegante.

—Nuestra Misty está bien —susurro mientras le acaricio—. Es rápida, pero muy obediente.

— ¿Quién es Misty? —su voz de nuevo haciendo que me estremezca.

—Es mi yegua. Es hija de Azabache.

—Vaya, así que mi semental tiene más hijos.

—Solo a Misty. Mi tío quería un semental como él antes de venderlo, pero nació una preciosa yegua negra. Como Princesa. Y en cuanto la vi, supe que tenía que ser mía.

—Eso pensé al verla, hace cinco años —me rodea la cintura, pega su cuerpo en mi espalda, y siento su aliento rozándome el cuello cuando susurra—, y sé que lo seréis.

—No puedo, sabéis que seré pronto la Condesa de Bexley.

—Seréis condesa, sí, pero de Harringay —sigue susurrando y con sus labios tan cerca de mi piel, que puedo sentirlos.

Cierro los ojos y noto que deja un camino de besos por la piel de mi cuello. Breves, suaves, pero llenos de promesas silenciosas.

Sus manos suben por mis costados y se detienen, vuelven a bajar y cuando rodean la cintura, me gira para que quede frente a él y antes de que pueda abrir los ojos, sus labios están abordando a los míos.

Quiero apartarme, resistirme, pero no puedo. No puedo alejarme de él. Entreabro los labios y dejo que su lengua busque la mía. Todo a nuestro alrededor deja de existir para mí. Solo somos él y yo, nada más importa. En este momento no finjo estar prometida con un hombre demasiado mayor para mí.

—Os deseo tanto, Laura —susurra con su frente pegada a la mía, los ojos cerrados, la respiración entrecortada y las manos aferrándose a mi cintura.

—No podemos...

—No aquí. Os merecéis mi cama.

—Eso es lo que queréis de mí, que me entregue a vos. Queréis mi cuerpo para calentar vuestra cama hasta que encontréis una esposa.

—No, Laura...

—Basta. Estoy prometida. Olvidaos de mí, os lo ruego.

Me aparto de él, me giro y cojo las riendas de Reina y Princesa. Camino con ellas hasta donde están mis primas y las ayudo a subir. Me acomodo detrás de Lilly, a lomos de Reina y lo miro por última vez.

—Esperad, por favor, Laura. Nos os marchéis aún. Recogeré todo y...

—Nos veremos en casa, lord Hall.

Y así, sin esperarlo, empiezo a alejarme con mis primas para regresar a la casa.

Capítulo 11



—Laura, regresáis pronto —dice mi tío al vernos entrar a las tres por la puerta.

—No me encuentro bien. Si me disculpáis, tío, iré a mi dormitorio.

—Laura... ¿dónde está lord Hall?

—Regresando, imagino —digo subiendo las escaleras camino de mi refugio.

Cuando entro, tras cerrar la puerta, me apoyo en la madera y cierro los ojos mientras las lágrimas se deslizan por mis mejillas.

Recuerdo a mi madre, el modo en el que hablaba del único hombre al que amó. De su mirada perdida en aquellos recuerdos de un pasado que le parecía tan lejano.

Estaba enamorada, y quiero creer que mi padre también la amaba, pero el amor no es fácil, no cuando una de las partes implicadas ya tiene una familia.

Escucho pasos acercándose por el pasillo y no necesito que hable para saber que es él. Me apresuro a cerrar la puerta con llave y me alejo, sentándome en el borde de la cama.

El pomo se gira y poco después esos nudillos llaman a la puerta.

—Laura, abridme, por favor —su voz es apenas un susurro.

No me muevo, me quedo quieta sentada en la cama con la mirada fija en la puerta. Sé que no entraré, no puede. Las lágrimas siguen cayendo por mis mejillas, cierro los ojos y me aferro a las sábanas cerrando las manos en puños.

—Abrid, u os juro que tiro la puerta abajo.

Abro los ojos al tiempo que me pongo de pie. No creo que lo haga, es solo una amenaza velada... ¿O sí lo haría?

Doy dos pasos hacia la puerta, pero me detengo. No voy a abrirle, si lo hago... Si lo hago sé que volveré a besarle, que dejaré que sus manos acaricien mi cuerpo y no querré que me deje nunca. Camino hacia el cuarto de baño y es allí donde me encierro.

Me dejo caer al suelo, pegada a la puerta, con las lágrimas surcando mis mejillas mientras la verdad me golpea.

No sólo me gusta Cedric Hall, no es una simple atracción ante un hombre tan atractivo. Es... Es algo tan grande como el amor. Sí, debo estar loca, pero me he enamorado de él. Me he enamorado del hombre que me salvó aquella fatídica mañana hace cinco años. Del hombre que

me mira como si fuera la única mujer presente en la habitación. De esos ojos que hace tanto tiempo me miraron con ternura por primera vez. De su sonrisa y de sus caricias.

—Estás completamente loca, Laura Sanders.

Me sobresalto al escuchar unos golpes aún más fuertes en la puerta. Le escucho gritar, pero no voy a abrirle. No quiero sentirme como mi madre, no puedo. Si tengo que hablar con lord Coleman para casarme con él de verdad, para que todo deje de ser una simple farsa, lo haré, pero jamás tendré hijos.

Nunca volverán a besarme de ese modo que hace que todo mi cuerpo le reclame. Nunca sentiré las caricias de mi esposo, ni me entregaré a él. Permaneceré siempre pura, intacta.

— ¡No pienso rendirme! ¡Me oís, Laura! ¡No lo haré! —Un último golpe tras esas palabras y de nuevo el silencio.

Yo sigo llorando, sentada en el frío suelo del cuarto de baño, recordando a mi madre. Me abrazo a mí misma y a mi mente vienen las palabras que él le ha dicho a mis primas “Quiero casarme con ella”.

Si fuera tan sencillo, tan simple. Si fuera real, si de verdad me amara como dice... pero sé que no es así. No me ama, no quiere hacerme su esposa, su condesa. Tan solo quiere mi cuerpo en su cama, como mi padre quiso el de mi madre y seguiré uno a uno, los pasos de ella.

Ya he empezado por el primero, y por el segundo... Dejar que me bese, que me toque, que me haga desearlo y enamorarme de él, como una tonta.

No sé el tiempo que ha pasado, pero estoy recostada en el suelo del cuarto de baño. Me debí quedar dormida. Me levanto y salgo de allí. Miro por la ventana y ya es de noche. Ni siquiera sé qué hora es. ¿Habrán servido ya la cena? Posiblemente.

Me siento en el tocador y adecento mi cabello. El reflejo que me devuelve el espejo es terrible. Los ojos rojos e hinchados por las lágrimas. La cara sonrojada y el poco maquillaje que Vivian me puso está estropeado por completo.

Vuelvo al cuarto de baño y me lavo la cara. Regreso al tocador y doy un leve color a mi rostro tratando de disimular ese lamentable estado en el que me he despertado después de pasar tanto tiempo llorando.

Adecento el vestido y camino hacia la puerta. Giro la llave y al abrir veo a Star tumbada frente a la puerta.

—Hola, preciosa.

Meneando su cola, alegre de verme, se pone en pie y se acerca a mí para que rasque detrás de sus orejas. Ella siempre ha sabido cuándo me encontraba triste. Y al no verme durante tanto tiempo por la casa, habrá querido quedarse aquí esperando.

—Lleva todo el día ahí. Ni siquiera ha bajado a comer —la voz de lord Coleman, hace que me

incorpore y sonrío, pero sé que es una sonrisa triste—. Querida, no tenéis buen aspecto.

—No me encuentro bien.

—Habéis llorado —no me lo pregunta, simplemente lo afirma.

Inclino la mirada y trago saliva, tratando de controlar las lágrimas que de nuevo quieren salir.

— ¿Tenéis hambre? Aún hay algo de cena en la cocina.

—No tengo hambre, pero quisiera tomarme un vaso de leche caliente. Siempre me calma antes de dormir.

—Bien, os acompaño y después, si no os parece mal, podríamos pasear por el jardín.

—Será un placer, Ewan —le digo sonriendo y agarrándome al brazo que me ofrece.

Bajamos las escaleras y sin soltarme me lleva hacia la cocina donde una de las doncellas me sirve un vaso de leche caliente.

Me lo tomo ante la mirada de lord Coleman y cuando acabo, vuelve a tenderme su brazo y caminamos hacia la puerta para salir al jardín.

— ¿Al fin habéis decidido salir, milady? —la voz de Cedric, hace que me estremezca.

Me paro y lord Coleman se para conmigo. Ni siquiera sé qué decir, no soy capaz de hablar.

—Laura, quiero hablar con vos.

—Pero yo no. Si nos disculpáis —digo sin girarme a mirarle—, mi prometido y yo, vamos a pasear.

— ¿Prometido? No me hagáis reír. Esa boda es una farsa, lo sé. No podéis casaros con él. No le amáis...

— ¿Acaso creéis vos saber a quién amo, milord? —pregunto, prácticamente gritando, mientras me suelto del brazo de lord Coleman y me giro para mirar al hombre al que realmente amo.

—Espero que, a mí, porque yo sí lo hago.

—No confundáis el deseo de meterme en vuestra cama, con el amor, milord.

—Seréis mi esposa, os lo aseguro. Vais a ser condesa de...

—De Bexley. Voy a ser Condesa de Bexley antes de lo que pensáis, milord. Y ahora, si nos disculpáis.

No espero a que diga nada más, me agarro al brazo de lord Coleman y salimos de la casa.

Paseamos en silencio bajo la oscura noche, apenas iluminada por la Luna y algunas estrellas. Se siente bien caminar del brazo de lord Coleman, es como hacerlo con mi tío. No hay deseos de nada más que de sentirme querida y protegida. Sé qué con él, sería feliz en un matrimonio que realmente no deseo y no me sentiría celosa si mi esposo tuviera amantes, tantas como quisiera, ya que yo nunca podré quererlo de ese modo. Le querré, claro que lo haré, pero será un cariño como el que le tengo a mi tío, no le amaré, jamás podré hacerlo.

—Laura, ¿me oís?

—Disculpadme, Ewan. Tenía la mente en otro sitio.

—Ya veo. ¿Estáis bien? Lord Hall está muy seguro de que os casaréis con él.

—Lo sé, pero no es así. Me casaré con vos.

—Eso es lo que cree todo Londres, pero ambos sabemos que nuestra boda nunca tendrá lugar.

—Sí, claro que sí. Vos y yo nos casaremos en cuanto acabe la temporada. Necesito... Necesito que me aceptéis como esposa, Ewan. Es el único modo que encuentro para que lord Hall, se dé por vencido y deje de intentar meterme en su cama.

—No creo que os quiera solo para calentar su lecho por las noches. Ese muchacho habla en serio cuando dice que seréis su condesa. De hecho, ya lo sois, querida.

—No, nunca seré su esposa. Puede haberme besado, incluso tocado donde mi marido... —cierro los ojos y me callo. No puedo hablar con lord Coleman de algo tan íntimo.

—Así que el joven Hall, os ha hecho sentir mujer. Disculpad mi atrevimiento, querida, pero... ¿habéis dejado de ser doncella?

— ¡No! Eso... eso nunca ocurrirá, milord. Me casaré con vos, y seguiré tan pura como ahora. Vos podréis tener amantes, si lo deseáis. No pondré objeciones a ello.

— ¿Tan dispuesta estáis a ataros a un matrimonio que no deseáis? ¿A casaros con un hombre al que nunca amaréis?

—Sí —y no digo más. Me quedo mirando a un punto de la lejanía mientras escucho a lord Coleman suspirar.

Siento que suelta mi brazo y se pone frente a mí. Sujeta mis mejillas con ambas manos y sonrío. Es una sonrisa triste, lo veo en sus ojos. Me besa la frente y después me abraza. Dejo que sus brazos me envuelvan y siento el cariño con el que lo hace. Como un padre lo haría.

—Seguiremos fingiendo que estamos prometidos, Laura, pero nunca nos casaremos. Estáis destinada a ser la Condesa de Harringay, lo sé.

—No me privéis de ser vuestra esposa, por favor. No quiero vuestro título, lo sabéis. Solo... yo solo quiero evitar sufrir como lo hizo mi madre. Ya estoy enamorada de ese hombre tan testarudo y no quiero que acabe casándose con otra y yo siendo su amante y madre de su hijo bastardo.

—Se hace tarde. Será mejor que volvamos.

Y así, entre sus brazos, caminamos hacia la casa. Al atravesar la puerta veo a Cedric sentado en la escalera, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas.

—No evitéis amar a ese joven, ni le privéis de amaros. Os quiere desde que os vio hace cinco años. Buenas noches, querida —susurra lord Coleman, antes de besar mi frente.

Cuando Cedric escucha los pasos de lord Coleman acercándose a las escaleras, se pone en pie y le da las buenas noches muy educadamente. Me mira, respira y camina hacia mí.

—Por favor, amada mía... no me alejéis de vos. No hagáis que sufra de veros colgada de su

brazo.

De nuevo las lágrimas quemando mis ojos, intentando salir, pero las retengo cómo puedo.

—No tengo nada que hablar con vos. Buenas noches, milord.

Me alejo de él y subo las escaleras. A medio camino siento sus brazos rodeando mi cintura y su pecho pegado a mi espalda. Su rostro se hunde en mi cuello y cierro los ojos cuando sus labios dejan un suave beso en mi piel.

—Os amo, os juro que os amo Laura. Sé que vos... también sentís lo mismo por mí. Soy vuestro desde aquella mañana, os lo juro.

—No me hagáis creer que no ha habido ninguna mujer en vuestra cama, milord.

—Soy un hombre, tengo necesidades y claro que las he saciado, pero no he amado a ninguna. Mi corazón es vuestro —coge mi mano y me gira para dejarla sobre su pecho.

Siento el latido de su corazón y me quedo mirando nuestras manos unidas.

—Late por vos, Laura.

Cierro los ojos. Quiero creerlo, parece sincero. Pero...

No puedo. Me aparto de él y sigo subiendo las escaleras hasta llegar a mi dormitorio, donde vuelvo a encerrarme con llave, mientras las lágrimas se deslizan por mis mejillas. Me recuesto en la cama, mirando a la Luna que reina en el negro cielo de la noche, pienso en mi madre y en que no quiero sufrir como lo hizo ella.

Capítulo 12



La estancia en Rosemary Manor llegó a su fin, y de nuevo estamos en casa de mis tíos. De vuelta a mi vida, a mi mundo, a mi realidad.

Apenas han pasado tres días desde que nos despedimos de la familia Hall, de los Coleman y del resto de invitados a ese viaje preparado por lord Cedric Hall, pero siento como si hubieran pasado meses.

Extraño los paseos a caballo, la compañía de lord Coleman y las veces que consiguió hacerme reír aun sin tener ganas de hacerlo. Es un hombre amable y cariñoso, me muestra respeto y el amor que un padre podría darme.

Estoy terminando de preparar té para tomarlo con mis primas en el salón, cuando escucho que llaman a la puerta con demasiada insistencia. Los pasos apresurados de William hacia ella resuenan por el pasillo y la entrada a la casa. Poco después entra en la cocina, cuando pronuncia mi nombre me giro y levanta una nota que me ofrece.

—Un mensajero acaba de entregarme esto para vos, milady.

—Gracias, William.

Cojo la nota y veo el sello de los Conde de Haringay. Respiro hondo y temo encontrarme una nota de él. Su letra, sus palabras...

«Querida lady Sanders.

Me gustaría contar con su presencia mañana por la tarde en mi casa. Quisiera tomar el té con una nueva amiga (las tardes de té con las damas londinenses son tediosas y necesito vuestra frescura).

Por favor, no me neguéis vuestra visita, extraño las conversaciones que tuvimos en la casa de campo.

Enviaré a mi chófer a recogeros a las cinco. Os espero.

Vuestra amiga, Eliza Coleman.»

Quisiera creer que no es una encerrona para que me encuentre con su hermano, pero no puedo evitar pensar que él estará allí, que nuestro encuentro será inevitable.

Tres días lejos de él, sin verlo, pero sin dejar de pensarle. Le amo, esa es la verdad más absoluta en este preciso momento.

Doblo de nuevo la nota y la guardo en mi vestido. Cojo la bandeja con el té y me dirijo al salón donde me esperan mis primas.

Unos gritos me despiertan. Me incorporo en la cama y presto atención, pero no puedo distinguir de lo que hablan.

Me levanto, cojo la bata y me cubro con ella mientras camino hacia la puerta. Abro y sigo escuchando gritos. Son voces de hombre, pero sigo sin entender lo que dicen. Vienen del despacho de mi tío. Sin pensar más en ello, voy hacia las escaleras y bajo sin hacer el menor ruido. Parezco una ladrona entrando en busca de un buen botín. Al fin distingo la voz de mi tío, imaginaba que él era uno de los hombres que gritaba, pero apenas podía creerlo pues nunca le escuché así de enfadado.

La otra voz... Miro el reloj que hay a la entrada y me sorprende que a estas horas de la madrugada lord Coleman, esté en casa visitando a mi tío.

Sigo caminando, descalza y en silencio, escuchando sus gritos. Cuando estoy junto al despacho me quedo allí parada y presto más atención a la conversación de los dos hombres que tanto me importan

hoy.

— ¡Es que no puedo creer que realmente os planteéis casaros! —grita mi tío y distingo un fuerte golpe sobre lo que imagino es su escritorio.

—No me lo planteo, Arthur. Fue ella la que insistió en tal cosa. Le aseguré que la boda seguiría siendo una farsa, pero ella está dispuesta a casarse conmigo.

— ¡No podéis! ¡Es imposible! ¿Cómo pretendéis casaros con ella? Eso... eso... ¡Por el amor de Dios eso no es legal!

No sé a qué se refiere mi tío. ¿Que un hombre ya entrado en la cincuentena quiera casarse con una mujer treinta años más joven no es legal? ¿Desde cuándo? Niego mientras llevo la mano al pomo de la puerta, quiero y necesito entrar para dejarle claro a mi tío por qué quiero casarme, pero las siguientes palabras de lord Coleman, el hombre que con tanto cariño me ha tratado este tiempo y me acogió bajo su protección, me dejan parada y conteniendo la respiración.

—Claro que no es legal casarme con mi propia hija, Arthur, pero ella no sabe quién soy. ¿Crees que es agradable para mí abrazarla y consolar su llanto sin poder decirle que soy su padre?

Un grito ahogado sale de mis labios. ¿Lord Coleman es mi padre? No puede ser... él no... Pero todo empieza a encajar. El modo en que me mira cuando hablo de mi madre, el brillo triste en sus ojos. ¡Si hasta se llama como el hombre al que tanto amó ella y ni siquiera pensé que pudiera ser él!

Soy una idiota, una estúpida. ¿Y mi tío sabía quién era él y no me lo dijo? ¿Por qué guardó

silencio el día que vi a mi padre por primera vez?

No puedo creer que me haya traicionado de este modo. Que me ocultara quién era mi padre. De dónde vengo... Y ahí es donde me percaté de quién soy, de qué apellido debería tener...

—Soy Laura Coleman, segunda hija del Conde de Bexley —digo en apenas un susurro mientras las lágrimas se deslizan por mis mejillas.

Llevo las manos a mi pecho y siento el corazón latiendo tan rápido que creo que en cualquier momento sufriré un infarto. Me cuesta respirar, la visión empieza a nublarse y, cómo puedo, camino hacia las escaleras y subo cada escalón hasta llegar a mi dormitorio.

Me encierro en él y las palabras de lord Coleman, asegurando que soy su hija, se repiten una y otra vez en mi mente.

Durante este tiempo he podido estar con él. Hemos hablado, me ha abrazado. Ha dado consuelo a mis lamentos y no ha confesado quién era para mí. Quién soy yo para él... ¡Soy su hija, por el amor de Dios! Y tengo hermanos. Lord Neal Coleman es mi hermano mayor y, por ende, su esposa lady Eliza, hermana del hombre al que amo, es mi cuñada y lady Kimberly... esa joven tan encantadora, es mi hermana pequeña.

Apoyada en la puerta me dejo caer, llorando en silencio, hasta quedar sentada en el frío suelo. Me abrazo las piernas y escondo mi rostro en ellas sin poder dejar de llorar.

Capítulo 13



Apenas he dormido. El reflejo que veo en el espejo demuestra la mala noche que he pasado. Ni siquiera he dejado que Faith, entre en mi dormitorio para preparar el baño, ni ayudarme a vestirme o peinarme. Yo me he encargado de todo.

Cuando considero estar lista para enfrentarme a mi familia, salgo del dormitorio y bajo las escaleras. El sonido de las risas de mis primas llega desde el salón, junto a la voz de mi tío y mi tía. ¿Ella también sabría quién es lord Coleman en realidad? Claro que lo sabe, mi tío no habría guardado un secreto así a su esposa y, además, ella conocía a mi madre, sabía quién era el hombre del que se había enamorado.

—Buenos días —digo entrando en el salón, tratando de sonar como siempre, pero ha sido imposible.

—Buenos días, mi querida niña —dice tía Rose, tan sonriente como siempre—. Tienes mala cara, ¿no has dormido bien?

—No, he tenido pesadillas de nuevo —miento, pues no quiero que sepan que escuché a mi tío y a mi padre hablando de mí.

Mi padre... Suena raro que llame de ese modo a un hombre al que realmente apenas conozco.

—Laura, hoy vendrán a tomar el té lord Coleman y lady Kimberly. Ambos están deseando veros —dice mi tío, sonriendo.

—Lamento no poder estar. Ayer recibí una invitación de Lady Eliza Coleman, para tomar el té en su casa. Bueno, en casa de sus padres.

—¿Y lord Coleman no sabía eso, Arthur? —pregunta mi tía, frunciendo el ceño.

—A la vista está que no, querida. Bueno, les pediré que vengan en otra ocasión.

—No, tío. Podéis tomar el té vosotros con ellos. Dígale a lord Coleman, “mi prometido” —procuro recalcar bien esas palabras a ver si por una vez en estos cinco años me dice la verdad—, que yo acudiré mañana por la tarde a su casa para visitarlos.

—Claro... pero... Laura, no te apresures a prometerte con él. Todos sabemos que es una farsa para mantener alejado a lord Wyatt Wilson.

—Eso era en un principio, tío, pero estoy dispuesta a casarme con el Conde de Bexley si él me acepta. Así no tendré que permanecer siempre en vuestra casa, dejaré de ser una carga y otros

pretendientes dejarán de estar interesados en mí.

—Laura, mi niña, no eres una carga. Para nosotros eres como una hija —la voz de mi tía suena triste. Sé que mis palabras le han hecho daño, pero ellos llevan cinco años mintiéndome.

—Lo sé, pero igual que mis primas algún día encontrarán un buen esposo, yo ya lo he encontrado.

— ¡No podéis casaros! Es que no voy a permitir que te cases con...

— ¿Con un conde, viudo desde hace años, que me tiene cariño y que no me obligaría a hacer nada que yo no deseara? Me da igual si es treinta años mayor que yo, tío. Lord Coleman es la mejor opción para mí.

— ¡No lo es! ¡Es que no puedes casarte con él!

—Pues en ese caso tendré que prestar más atención a lord Wyatt Wilson. Él es joven, y me hará duquesa.

— ¿Es que quieres provocar una lucha aún mayor de la que ya hay entre lord Wilson, lord Coleman y lord Hall?

—Esa que ya existe no es mi lucha. Además, lord Wilson está interesado en mí...

— ¡Está interesado en destruir a tu familia! —dice, poniéndose en pie y dando un golpe en la mesa.

Cuando mi tío es consciente realmente de lo que ha dicho, cierra los ojos y se vuelve a sentar. Abro la boca, pero vuelvo a cerrarla. No sé qué decirle sin delatar que anoche le escuché hablar con el que es mi padre.

—No sé qué interés puede tener en destruirnos, tío. Solo sois un buen criador de caballos, de los mejores de Londres. ¿O hay algo que no me habéis contado en estos años?

—Laura, tu tío está nervioso. No quiere casar a sus hijas con alguien que podría ser su padre...

—Bueno, pues no es él quien va a decidir con quién me caso, así que. Dicho queda. Seré la próxima Condesa de Bexley —digo poniéndome en pie. Ni siquiera he desayunado, pero tampoco tengo apetito—. Si me disculpáis, voy a pasear con Star y Misty.

Salgo del salón y llamo a mi perrita, mi fiel compañera, y ambas salimos de la casa camino de las caballerizas.

Apenas acabo dar unos pasos fuera de casa, cuando un mensajero se acerca a mí.

—Buenos días, milady. Traigo un mensaje para Lady Laura Sanders —dice tras hacer una reverencia.

— ¿Quién lo envía?

— ¿Sois vos? —pregunta, mirándome con el ceño fruncido.

—Sí.

—Aquí tenéis. Que tengáis buen día, milady.

Y tras una nueva reverencia se marcha, dejándome sola con Star frente a la casa de mis tíos, mirando la nota que tengo en mis manos. Es su sello, el sello del Conde de Harringay.

Respiro hondo, desdoble la nota y veo su elegante letra.

«Laura, amada mía. Hace días que no os veo y os extraño tanto, que siento que sois el aire que me da la vida, pues con vuestra ausencia me cuesta respirar.

Deseo veros, anhelo sentirlos cerca y poder abrazaros. Por favor, no me privéis de vos, permitidme veros. Si aún estáis dispuesta a casaros con lord Coleman, tendré que aceptarlo, me resignaré a perder a la mujer que me robó el corazón hace cinco años. Pero, os lo ruego, dejar que os vea una última vez.

Os amo, Laura, os amo como jamás pensé que amaría a nadie. Si amaros significa perderos para siempre, sufriré vuestra ausencia si es lo que vos deseáis.

Por favor, reuníos conmigo, al atardecer, en la arboleda que hay junto a la casa de vuestro tío.

Os ama, vuestro humilde servidor,

Cedric Hall, Conde de Harringay.»

—Yo también os amo, Cedric —susurro, volviendo a doblar la nota y guardándola.

Cuando entro, James y Andrew me saludan sonrientes sin dejar de atender a los dos sementales que tiene mi tío desde que vendió a... Recordar a Azabache hace que también recuerde al hombre al que amo.

Voy hacia Misty, cepillo su crin, su pelaje negro y brillante, le doy una zanahoria y le pido a James que la ensille.

Cuando mi preciosa yegua está lista, subo y salgo de allí para dar uno de mis relajantes paseos junto a mis dos mejores amigas, mis compañeras de cuatro patas.

Sin darme cuenta de hacia dónde iba, he llegado a los jardines de la casa de lord Coleman. No era mi intención, pero es sabido que a veces nuestro subconsciente nos lleva hacia donde pensamos que debemos ir.

Cierro los ojos y pienso en volver a casa de mis tíos, pero sé que, si he llegado hasta aquí, es porque en el fondo necesito ver a mi padre. Necesito hablar con él.

Bajo de Misty y cojo las riendas. Uno de los mozos, al verme, corre hacia mí, y sonriendo se hace cargo de mi preciosa yegua.

Star empieza a ladrar y cuando me giro hacia la puerta veo a lady Kimberly. Veo a mi hermana.

— ¡Laura! Os extrañaba tanto... —susurra abrazada a mí, como si hiciera años que no nos hubiéramos visto— Padre dijo que iríamos esta tarde a tomar el té con vos. ¿Qué hacéis aquí?

—Salí a pasear con Star y Misty, y... llegué hasta aquí.

—Tenéis una yegua preciosa. ¡Hola, Star! Ven, bonita, vamos dentro.

Cogida del brazo de mi hermana pequeña, entramos en la casa donde una doncella se apresura a ir a la cocina para traer té, tal como ella le ha pedido.

Me lleva a la biblioteca donde lord Coleman está sentado, leyendo el periódico, con una copa de coñac en la mano.

—Padre, ¡mirad quién ha venido a visitarnos!

Al escuchar la voz de su hija, él se gira y una amplia sonrisa se forma en sus labios al verme.

—Mi querida Laura... —dice, poniéndose en pie— Venid, dejad que este viejo os abrace.

No puedo reprimir las ganas de llorar ante el tono dulce y paternal de su voz, pero no quiero que me vea llorar, así que tan disimuladamente cómo puedo, aparto la solitaria lágrima que se desliza por mi mejilla y dejo que sus brazos me acojan y cobijen.

—Estáis preciosa. ¿Qué os trae por aquí? Le dije a vuestro tío que os visitaríamos esta tarde.

—Lo sé, pero salí a pasear a caballo y... no sé cómo acabé aquí —mi voz está algo enronquecida por las lágrimas que estoy reteniendo.

—¿Habéis llorado? Tenéis los ojos hinchados...

—No he dormido bien. He tenido pesadillas.

—Lamento oírlo, hija —al ser consciente de lo que ha dicho, su semblante se torna serio y desconcertado.

Sin duda lo ha dicho sin pensar bien en ello, pues nunca me ha llamado así, pero ahora que sé que es mi padre... ahora que el modo en que me ha llamado hija me ha hecho sentir que realmente tengo un padre y quisiera que me lo llamara a diario.

Me encantaría pedirle que no dejara de hacerlo nunca, que reconozca ante todo Londres quién soy en realidad. Que no niegue que llevo su sangre, que soy su hija, que también soy una condesa y no una simple doncella, aunque a mí el título no me interesa. Solo lo quiero a él, al hombre que me dio la vida junto a la madre a la que tanto quise y aún quiero.

—¿Podríamos hablar unos minutos? —pregunto, mirando a la que es mi hermana.

—Claro. Kimberly, tesoro, déjanos a solas por favor.

—Por supuesto padre. Iré con Star al jardín, ¿no os importa verdad, Laura?

—No, claro que no.

—En ese caso, dejo que mi padre y mi futura madrastra hablen de su pronta boda —dice sonriendo, mientras acaricia a Star tras las orejas.

Cuando sale y nos quedamos a solas, me dirijo hacia uno de los ventanales y siento sus pasos tras de mí.

—Debemos zanjar este asunto, querida. No podemos hacer pensar a mi hija que seréis parte de su vida. Está deseando que os haga mi condesa.

—¿Y por qué habríamos de decir ahora que no nos casaremos? Sabéis que quiero hacerlo. A

pesar de que mi tío se oponga... Cosa que no entiendo, pues no es tan mal visto que un hombre de vuestra edad se case con una mujer mucho más joven.

—No es por eso por lo que vuestro tío se opone.

— ¿Entonces? Decidme vos por qué es. Mi tío lo justifica diciendo que esta farsa es para que lord Wyatt Wilson no me corteje, porque lo único que desea ese hombre es destruir mi familia. ¿Qué podría tener él en contra de un simple comerciante de caballos?

Me giro para mirarlo y veo la culpa en sus ojos. La culpa de saber que es contra él y no contra mi tío con quien lord Wilson tiene su batalla.

Inclina la mirada hacia el suelo y suspira. Cundo vuelve a mirarme, la determinación está en sus ojos. Me va a contar la verdad, me va a decir que es mi padre...

—Por favor, sentaos. Debo hablar con vos de algo importante.

Capítulo 14



El silencio reina en la biblioteca. La mirada de lord Coleman está perdida en la lejanía, en algún punto de los jardines que se ven a través de los ventanales.

No aparto la mirada de él, esperando pacientemente a que hable, a que las palabras salgan de sus labios y me cuente la verdad.

Cuando sus ojos se clavan en los míos, veo el brillo de las lágrimas en ellos y siento una opresión en el pecho.

— ¿Nunca supisteis nada de vuestro padre?

—No. Mi madre tan solo me dijo su nombre —sin dejar de mirarlo, me armo de valor y soy la primera en hacerle saber que sé lo que va a contarme—. Vuestro nombre.

Abre los ojos y me mira, pero al ser consciente de que sé más de lo que él pensaba, cierra los ojos al tiempo que suspira y se pone en pie para volver a sentarse, esta vez, a mi lado.

—Amé a vuestra madre como no sois capaz de imaginar, hija. Fue la única mujer que realmente he amado en mi vida, pero cuando la conocí, ya estaba casado, tenía una familia. Fue un matrimonio concertado, como podéis imaginar, y no podía abandonar a mi esposa y mi hijo por...

—Por una joven sin apellido importante. Lo sé.

—Hija, eso nunca me importó. Amaba a vuestra madre, aún la amo. Cuando supe que estabais en su vientre, que nuestro amor había dado sus frutos, quise dejarlo todo. Quería irme con ella, con vos, pero vuestra madre no me lo permitió. Se alejó de mí y me prohibió veros. Hablé con vuestro tío, pero jamás me dijo dónde podía encontraros. No volví a yacer con mi esposa después de la marcha de vuestra madre...

—Pero lady Kimberly...

—Sí, tan solo una vez volví a la cama con mi esposa. Una noche, después de beber para olvidar, llegué a casa y escuché a Florence, mi esposa, llorando en su habitación. Hacía años que no dormíamos juntos, nuestro matrimonio era más apariencia que amor. Entré y al verme lloró aún más. Me preguntó por qué no la amaba a ella como amaba a mi amante. No sé cómo lo supo, pero se enteró de que vuestra madre había existido. Aquella noche amé a mi esposa como merecía. Le di el cariño que siempre debió tener, mi amor. Le di la mejor noche juntos en años.

Y esa noche concebimos a vuestra hermana.

—Pero... la engañasteis.

—No, no la engañé. Le dije que nunca podría amarla, pues no lo hacía, ni siquiera la había amado antes de conocer a vuestra madre. Ella tan solo me pidió que la amara esa noche. Que la hiciera sentir realmente mi esposa. Cuando me dijo que estaba embarazada me alegré, y ella también. Me aseguró que le había dado el mayor regalo, no solo la había amado una única vez, sino que le di un nuevo hijo.

—Ella os amaba de verdad... —mi voz es apenas un susurro. Inclino la mirada hacia mi regazo y siento las lágrimas deslizarse por mis mejillas.

—Sí, ella me amaba y me dio dos hijos a los que he amado siempre. Pero vos también estabais aquí —dice señalando su corazón—, conmigo. Os quería antes de que nacierais, y nunca me olvidé de vos. La primera vez que os vi, fue como ver a vuestra madre, mi querida Daisy.

—¿Por qué no la buscasteis cuando murió vuestra esposa?

—Lo hice. Volví a pedirle a vuestro tío que me dijera dónde encontrarla, pero se negó.

—Ewan...

—Padre.

—¿Cómo?

—Que quiero que me llaméis padre. Por favor —pide cogiendo mis manos entre las suyas y acercándolas a sus labios para dejar un beso en ellas.

—Padre... —susurro, sin apartar la mirada de sus ojos y lo veo sonreír.

—Sí, hija, soy vuestro padre —sus brazos me rodean y dejo que consuele mis lamentos.

Tras unos minutos llorando en sus brazos, me aparto y seco mis mejillas. Sus manos se posan en mis hombros y me atrae para besar mi frente.

—Jamás creí que podría teneros en mis brazos, hija. Os quiero tanto...

—Yo... yo tendré que acostumbrarme a todo esto. Ahora tengo más familia...

—Sois bienvenida en esta casa siempre que queráis. Incluso podríais veniros a vivir aquí. Vuestros hermanos estarían encantados.

—¿Saben que existo?

—Neal sí, sabe que tuve un hijo fuera del matrimonio. También quiso encontraros, pero nunca le dije quién era vuestra familia.

—Entiendo...

—Hija, me gustaría recuperar el tiempo perdido. Me gustaría que saliéramos a pasear por la ciudad.

—Todo el mundo seguirá pensando que estamos prometidos.

—Ahora que ya sabes quién soy, se acabó esa farsa. Contaremos la verdad.

—Aún es pronto, ¿no creéis? Tal vez deberíamos hablar con mis hermanos primero...

—Claro, así será. ¿Os parece bien si venís a cenar mañana por la noche?

—Me parece bien, padre —y al llamarlo así, su sonrisa se amplía y una furtiva lágrima escapa de su ojo, dejando un camino húmedo en su mejilla.

La seco y me abrazo a él, sintiendo el amor que sé que ha guardado para mí durante todos estos años.

—Si vuestra esposa supo que existió mi madre... ¿Quién creéis que pudo decírselo?

—No lo sé, hija. Es algo que siempre me he preguntado.

—El incendio de mi casa...

—¿Cómo decís? ¿Qué tiene que ver el incendio con mi esposa?

—No creo que fuera ella, pero puede que la persona que le contó a ella que mi madre existió, tal vez... No sé, tal vez esté diciendo una tontería, pero, ¿y si esa persona quiso haceros daño por algún motivo y nos encontró a mi madre y a mí? Lord Cedric Hall, pensó que podrían haber provocado el incendio.

—La única persona que tiene la guerra declarada con mi familia, y con la del joven Cedric, es lord Wilson.

—¿Y si fue él? ¿Y si él nos encontró? Quiere haceros daño, quiere arrebatarnos las fábricas...

—Hija, tranquila. No creo que lord Wilson llegara a tal cosa.

—Su padre tal vez.

—Phillip Wilson, no... —la sonrisa que había en su rostro se desvanece y sus ojos se oscurecen.

—¿Qué ocurre, padre?

—Phillip Wilson, el padre de lord Wyatt, siempre quiso a Florence como esposa, pero mis suegros ya habían concertado nuestro matrimonio.

—Padre... Pudo ser él. Pudo intentar matarnos a ambas...

—Hija, prométeme que no saldréis sola de casa. Si estamos en lo cierto, corréis peligro y no quiero perderos también a vos. Bastante sufrí al perder a vuestra madre, en dos ocasiones.

Vuelve a abrazarme y escuchamos a Star ladrar mientras corretea hacia la biblioteca. Mi hermana pequeña entra tras ella y ambas se acercan a nosotros. Al verme llorar, lady Kimberly me abraza y acaricia mi espalda. Tengo una hermana. Aunque considero a mis primas como si fueran mis hermanas, se siente bien sabiendo que tengo una de verdad.

Cuando regreso a casa de mis tíos ahí está él, esperándome, en las caballerizas. Sonríe al verme y lo quiero tanto, ha hecho tanto por mí, que no puedo seguir enfadada. Si me escondió la identidad de mi padre, sé que tendría sus razones.

—Hola, tío —digo al bajar de Misty y me acerco para abrazarlo y besar su mejilla.

—Hola, hija. No me gusta estar enfadado con vos. Sois mi niña.

—Lo sé, a mí tampoco me gusta. Tío, entiendo vuestras razones para no querer que me case con lord Coleman.

—¿De qué habláis? No entiendo...

—Nunca he tenido padre. Vos lo habéis sido desde hace cinco años, pero ahora que he recuperado al mío...

—¿Sabíais que él...? Pero, ¿cómo?

—Anoche os escuché discutir. Y ahora vengo de su casa. Hemos hablado. Mañana iré a cenar para contarles todo a mis hermanos, dentro de unos días lo sabrá todo Londres.

—¿Estáis bien? Quiero decir... acabáis de saber quién es vuestro padre.

—Sí, tío, estoy bien. Os quiero.

Me aferro a él, y dejo que me cobije entre sus brazos, como ha hecho en estos cinco años. Es cierto que tengo un padre, pero mi tío Arthur, siempre será el hombre más importante de mi vida. Él fue quien me dio una nueva oportunidad de vivir, me acogió en su casa junto a su familia, y me trató como a una más de sus hijas.

Dejamos a Misty en las caballerizas y nos dirigimos a casa. Antes de que entremos por la puerta, el sonido de unos cascos resuena por el camino de entrada. Ambos nos giramos y vemos acercarse a nosotros a lord Wyatt Wilson.

—Tío...

—Tranquila, hija.

—Buenos días lord Sanders. Milady —dice, bajándose del caballo y caminando hacia nosotros.

Cuando está a nuestro lado, coge mi mano y la besa mientras hace una reverencia.

—Lord Wilson, ¿a qué debo su visita? —pregunta mi tío de lo más tranquilo.

—Quiero adquirir un nuevo semental. Pronto nos visitarán mis tíos y quiero tener un buen detalle con mi primo. Deseo que lleve uno de vuestros sementales londinenses a París.

—En estos momentos tengo dos. Acompañadme y os los mostraré. Laura, vuestra tía os espera en la biblioteca.

—Claro, tío. Lord Wilson, ha sido un placer verlo —de placer, nada. No soporto verlo.

—Milady... ¿Por qué no nos acompañáis?

—No puede, milord, tiene que ayudar a mis hijas.

—Serán solo unos instantes. Además, quisiera hablar con vos, lord Sanders, ya que estoy interesado en cortejar a vuestra sobrina. Deseo hacerla la próxima Duquesa de Westland.

Me tenso en cuanto oigo sus palabras y mi tío lo nota, pues siento su mano acariciando mi espalda, como hizo tantas veces para calmarme.

—Sabéis que está prometida con el Conde de Bexley.

—No es por menospreciar al viejo Coleman, pero vuestra sobrina no es para él. Ella es mucho

más joven y merece pasear del brazo de un hombre acorde a su edad.

—Milord, el compromiso está cerrado hace días, no voy a romperlo ahora. No voy a casarme con vos.

—Milady, me hacéis desdichado con vuestra negativa. No he querido nunca una esposa, hasta que os conocí.

—Pues lamento decirlo que yo no veo en vos a mi futuro esposo. Si me disculpáis...

Me aparto de mi tío, hago una reverencia y entro en casa. Escucho cómo lord Wilson le pide a mi tío que interceda por él, que me convenza de que no me case con lord Coleman, que estaré mucho mejor con él, pues seré su primera y única esposa. Claro, y me hará feliz el resto de mis días. Como si yo no fuera consciente de que en cualquier momento tendrá alguna amante.

Entro en la biblioteca y cuando Lilly me ve, se pone en pie y corre hacia mí. Me abrazo a ella y siento que me tranquilizo. Siempre ha sido así, mi pequeña Lilly ha sido mi remanso de paz.

Nos sentamos en el sofá y empezamos con una nueva clase de costura. Quieren hacer unos pañuelos nuevos para mi tío, así que emprendemos nuestra tarea mientras mi tía nos lee unos versos.

Tal como decía lady Eliza en su nota, el chófer me ha recogido en casa de mis tíos y ahora estoy en la casa de los Condes de Harringay. Cientos de rosas bordean el camino por el que he pasado con el carruaje, y unos preciosos rosales adornan ambos lados de la puerta de entrada a la casa.

La casa de mis tíos es grande, pero esta... esta es una de esas grandes mansiones a las que acudimos en los bailes de temporada.

El chofer para el carruaje y poco después está abriendo la puerta. Me ayuda a bajar y antes de que levante la vista, escucho a lady Eliza llamarme.

Miro hacia la puerta y ahí está ella, con su hija Maddie, una preciosa niña de cuatro años idéntica a ella. Cabellos negros y ojos de un bonito azul verdoso.

—Lady Laura, gracias por venir —dice, abrazándome.

—Pensé que la visita sería en casa de vuestro esposo.

—Oh, no. Tenía que arreglar unos asuntos con mi padre, y mi hermana también quería veros así que, decidimos que sería aquí.

—Tenéis una hija preciosa. Es vuestro vivo retrato. Hola, Maddie, es un placer conocerlos.

—Hola, lady Laura —me responde, sonriendo, con esa dulce voz que tienen las niñas a tan tierna edad.

—Vayamos dentro —dice lady Eliza, cogiéndome del brazo—. Acompañadme.

Entramos en la casa y el aroma a rosas nos recibe. Varios jarrones con rosas de diferentes colores, decoran la entrada. Cuadros y retratos familiares cuelgan de las paredes, y una gran

escalera que lleva al piso de arriba nos da la bienvenida frente a nosotras.

Me lleva hasta la biblioteca y allí están su hermana, lady Masie, y su madrastra, Lady Esme Hall. Tras saludarnos, abrazarnos y repartir besos y sonrisas, tomamos asiento y unos minutos después una de las doncellas entra con una bandeja cargada de pastas y té.

Hablamos de mi vida en Bath, del modo en que disfruto cosiendo y que eso me hace recordar cada día que pasa, a mi madre. Me cuentan historias de cuando lady Eliza y lady Masie eran pequeñas, que ambas han sido revoltosas y que solían correr por el jardín haciendo que su padre, lord Craig, corriera tras ellas.

La tarde se nos pasa tan rápido que cuando tengo que despedirme, todas me piden que me quede a cenar. Rechazo su oferta pues mis tíos me esperan en casa, y, cuando estamos a punto de salir de la biblioteca, aparece él.

—Laura... —dice en apenas un susurro, a mi espalda y cuando me giro para mirarlo, siento que se me para el corazón.

Está tan guapo con esa camisa blanca y la chaqueta azul marino... Tiene el cabello alborotado, como si se hubiera estado pasando las manos por él durante mucho tiempo.

Sus ojos no se apartan de los míos. El brillo que desprenden y esa forma que tiene de mirarme, hacen que me estremezca por completo.

No puedo evitar ruborizarme, siento cómo mis mejillas se sonrojan y todo mi cuerpo paralizado, no soy capaz de responder, no me salen las palabras. Lo intento y al fin consigo hacer una majestuosa reverencia al tiempo que compongo una cara de absoluta indiferencia ante él.

—Milord —digo volviendo a dirigir mi mirada hacia la suya.

Y ahí está, el deseo con el que siempre me mira, con el que consigue que todo mi cuerpo se convierta en una madeja de tela cayendo ligera y lentamente hacia el suelo.

—Me alegra veros. Y tan hermosa como siempre —coge mi mano y la besa, al tiempo que acaricia la parte interna de mi muñeca.

Esa simple caricia hace que no me quiera alejar de él, que deseé que me dé más, mucho más. Lo que veo en sus ojos que está impaciente por darme. Pero no puedo hacerle creer que habrá algo entre nosotros, pues eso solo me haría sufrir una vez que encuentre la esposa adecuada para él.

¿Y por qué no podría ser yo esa esposa? Me pregunto en un momento de debilidad. La respuesta está clara, no soy... Claro que lo soy, sería muy digna candidata a ser la próxima Condesa de Harringay pues soy hija de un conde. Pero mi corazón sufriría pues él, solo quiere que ocupe su cama.

Me halaga con sus palabras, mentiras que cree que yo deseo escuchar para caer en sus bazos y convertirme en su amante. No quiero ser su amante, no como lo fue mi madre. Ella se enamoró, y ahora sé que mi padre también lo hizo, que amó a mi madre tanto o más que ella a él, pero no

podían estar juntos y yo... Yo no quiero sufrir como lo hizo ella.

—También me alegro de veros, milord. Si me disculpáis, me marcho ya. Mis tíos me esperan para cenar.

—Por favor, quedaos. Enviaré un mensajero a casa de vuestro tío para informarle.

—Agradezco vuestra invitación, al igual que agradecí la de vuestras hermanas y vuestra madrastra, pero debo marcharme. Mi prima Lilly no se encuentra bien estos días y no duerme si no estoy con ella —miento y utilizo a mi prima menor de excusa, algo impensable en otros tiempos, pero necesito alejarme de este hombre y sé que no lo conseguiré si no es mintiendo.

—Lamento oírlo. Enviadle mis mejores deseos de su pronta recuperación —vuelve a llevar mi mano a sus labios y deja un cálido y suave beso sin apartar sus ojos de los míos.

Esos ojos que dicen tanto, sin pronunciar una sola palabra. Me aseguran que me desea, que me anhela como yo a él. Que desearía estrecharme entre sus brazos ahora mismo y besar mis labios en lugar de mi mano.

Y yo le dejaría. Sé que dejaría que me estrechara entre sus brazos y me besara como tanto deseo. Respiro, cierro los ojos y me suelto de su agarre. Me aparto de él, y tras una reverencia vuelvo a despedirme y salgo de la casa.

Cuando subo al carruaje y me siento, no escucho al cochero cerrar la puerta. Me giro hacia ella y lo veo ahí, de pie, subido en la escalera y agarrado al marco de la puerta.

Me mira y sonrío. Entra en el carruaje y tras cerrar la puerta se sienta a mi lado. Cuando el carruaje emprende el viaje sus manos se aferran a mis mejillas y antes de que pueda apartarme siento sus labios sobre los míos, dejando un casto beso en ellos. Se aparta con los ojos cerrados, apoya su frente en la mía y noto su respiración agitada.

—No puedo evitar desearos, no quiero que me alejéis de vos. No es solo deseo lo que siento. Os amo, mujer —susurra, aún con los ojos cerrados.

Siento un nudo en la garganta, las lágrimas agolpándose en mis ojos luchando por salir. Las contengo cómo puedo y no digo nada, me quedo callada observando su rostro, sintiendo el calor de sus manos en mis mejillas.

Llevo mis manos sobre las suyas y las sostengo. Abre los ojos y me mira, lo veo tragar y abre la boca para hablar, pero vuelve a cerrarla.

¿Debería decirle que yo también lo amo? Que no olvidé esos ojos que me miraron con cariño hace cinco años. Que se convirtió en mi héroe aquella maldita mañana en la que perdí a la única persona que jamás podré olvidar ni dejar de querer.

Que deseo que me bese cada día como si fuera el último, que me abrace y consuele mis noches de lamento llenas de pesadillas. Que me ame como dice amarme y me haga su esposa, la única mujer a la que llevar a su lecho.

—Yo no os amo —digo finalmente. Le miento, y lo hago porque soy una cobarde y no quiero

pasar por el mismo sufrimiento que pasó mi madre.

—No es cierto y lo sabéis. Vuestro cuerpo reacciona ante mí, lo he notado y cuando os beso, sentís lo mismo que yo. Claro que me amáis, Laura, y me deseáis como yo os deseo.

El carruaje se para y al mirar por la ventana veo al cochero pasar, alejándose de nosotros. Me tenso y cuando Cedric lo nota, me abraza y deja breves besos en mi cuello.

—No os preocupéis, está cerca de nosotros, vigilando. Tan solo quiero unos minutos a solas con vos, amada mía.

—No me llaméis así... —digo en apenas un susurro, cerrando los ojos, dejándome llevar por el placer que siento con esos besos.

Sus manos se deslizan por mis costados y cuando llegan a mi pecho, me estremezco. Noto el calor de las yemas de sus dedos acariciando mi piel, bajando por ella hasta el escote de mi vestido. Cuando se apodera de uno de mis pezones no puedo evitar que un grito, mezcla de sorpresa y placer, salga de mis labios.

— ¿Veis cómo reacciona? Vuestro cuerpo desea lo que vos negáis con tanta seguridad, pero sabéis que me deseáis, que queréis ser mía tanto como yo lo quiero. Que me queréis solo para vos. Y estoy dispuesto a serlo, quiero serlo. Deseo ser vuestro eternamente. ¿Sabéis por qué, Laura? —su voz, ronca y cargada de deseo, no ayuda a que quiera negarme. A que me aparte de él.

No puedo hablar, si lo hago sé que quedará demasiado claro que quiero que me tome en este carruaje. Simplemente niego moviendo la cabeza de un lado a otro, no hay nada más que pueda hacer.

—Porque os amo. Porque no habéis salido de mi cabeza en cinco años. Porque por más que quiero hacerme a la idea de que estáis prometida con el Conde de Bexley, no concibo perderos y dejaros en sus manos. Porque os quiero para mí, solo para mí.

Sigo con los ojos cerrados y siento sus labios cerca de los míos. Sin apenas darme cuenta los entreabro y eso para él, es toda una invitación pues apenas unos segundos después, sus labios están apropiándose de los míos en un beso apasionado. Nuestras lenguas se entrelazan al tiempo que su mano izquierda se aferra a mi nuca para evitar que me aleje de él. No podría alejarme ni, aunque pusiera todo mi empeño en ello.

Entrelazo mis dedos en su cuello y nuestros cuerpos se unen aún más. Siento el calor que desprende el suyo, tan cerca del mío, que en este momento quedaría saciada si no lleváramos nuestras ropas.

Desliza la mano derecha por mi pecho, baja por el vientre y unos instantes después sus dedos acarician la piel de mi pierna subiendo lentamente. Un gemido queda ahogado en nuestros labios, cuando siento que entra a mi intimidad.

Sus dedos son tan hábiles en estas lides, que tras unos breves toques siento que estoy húmeda,

tanto como la otra vez que me hizo suya de este modo.

—Os despojaría de este maldito vestido y os mostraría cuánto os amo, Laura, pero... no quiero deshonraros si vos no lo deseáis —su voz es apenas un susurro, un leve murmullo en la noche, que rompe el silencio del carruaje.

Quiero entregarme. Lo deseo... lo amo...

—Laura, paradme ahora o no respondo —su petición suena a súplica.

Sus dedos siguen acariciando mi intimidad, consiguiendo que todo mi cuerpo se tense y estalle en un placer tan fuerte como el que sentí la primera vez.

Grito, aferrada a sus hombros, escondiendo el rostro en su cuello para que el chófer no pueda escucharme. Me estremezco y sigo envuelta por ese placer cuando siento sus manos alrededor de mi cintura.

Separo las piernas y me deja a horcajadas sobre las suyas. Abro los ojos y me encuentro con los suyos. Una fina capa de deseo los ha oscurecido. Paso mis manos por su pelo, despacio, sin apartar mi mirada de la suya. Me acerco a él y lo beso. Lo beso como deseo hacerlo, con la misma pasión que él demuestra cuando se apodera de mis labios.

Sus manos se aferran aún más fuerte a mi cintura y noto cómo mueve mis caderas de adelante atrás y, entre las piernas, en mi intimidad palpitante, siento la dureza de su sexo.

Ambos gemimos, nos besamos, acariciamos y estremecemos, dejándonos llevar.

—Paradme, Laura, os lo suplico. Si no lo hacéis...

—No quiero pararos. Quiero que me améis. Quiero sentir con vos lo que nunca sentiré al casarme con lord Coleman.

Se para, deja de moverme y me mira con sorpresa. El deseo ha desaparecido de sus ojos y su rostro se ha transformado en una mueca de enfado.

— ¿Queréis entregaros a mí?

—Sí —respondo sin dejar de mirarlo, tratando de descifrar lo que veo en sus ojos, pero es imposible.

— ¿Pretendéis que os tome, como a una vulgar ramera, antes de que os caséis con otro hombre? Y me estáis diciendo... ¿Me decís que jamás os tocará lord Coleman? —Enfado, hay enfado en su voz.

No respondo pues no me da tiempo. Me levanta y me deja de nuevo en el asiento. Pasa las manos por su cabello y grita. Es un grito de frustración.

—No puedo creer que me pidáis... ¿Seguiréis adelante con la boda?

No me mira, sus ojos siguen fijos en el suelo del carruaje. No debería haber dicho eso, mañana todo quedará aclarado y en pocos días Londres sabrá la verdad, sabrá quién soy en realidad.

—Cedric...

— ¿Ahora sí soy Cedric? ¿No soy lord Hall? Vaya, hemos avanzado, pero nunca seréis mía,

¿verdad? Vais a ser la esposa de otro, la condesa de otro. Una mujer casada que no disfrutará del amor y la pasión en el lecho de su esposo. ¿Y queréis que sea yo quien os tome? Podríais quedar en cinta, milady —esa última palabra prácticamente me la ha escupido a la cara, mirándome a los ojos—. Sería mi hijo, un bastardo que se criaría con otro hombre. Un hombre que jamás os tocará. ¿No creéis que podría repudiaros, milady?

—Cedric, por favor...

—No, no os molestéis. Marchaos a casa, vuestros tíos deben estar preocupados. Si queréis... si de verdad queréis ser mi amante una única vez, os espero mañana al atardecer en la arboleda junto a la casa de vuestro tío. Buenas noches, milady.

Tras esas palabras sale del carruaje y unos instantes después, el chófer emprende el camino a casa de mis tíos.

Ya no puedo reprimir las lágrimas, brotan de mis ojos y se deslizan calientes y saladas, por mis mejillas y labios, muriendo en mis manos que están entrelazadas sobre el regazo del vestido.

Debería haberle confesado quién es lord Coleman realmente. Que jamás habrá boda, que nunca me casaré con él, que no lo haré con nadie que no sea él, Cedric Hall, Conde de Harringay, pero no he podido, he preferido hacerle seguir creyendo que soy la mujer de otro hombre.

—Madre, me hacéis tanta falta... —digo en apenas un susurro, antes de que el carruaje pare frente a la casa de mis tíos.

Seco las lágrimas que han surcado mi rostro, me recompongo y bajo cuando el chófer abre la puerta.

Le doy las buenas noches y camino hacia la casa donde me espera mi familia. Esa que ha estado ahí los últimos cinco años y que siempre estará a mi lado, decida lo que decida.

Capítulo 15



No puedo evitar sentirme más nerviosa que de costumbre.

Mi padre, lord Ewan Coleman, está sentado a mi lado en la biblioteca de su casa.

Todo quedará aclarado desde hoy mismo. Mis hermanos, esos a quienes tengo frente a mí en este instante, sabrán la verdad.

No he acudido a la arboleda donde Cedric me pidió que nos viéramos. No he tenido el valor de ir a verlo. Tal vez él no haya estado allí. Puede que su intención de tomarme solo fuera eso, una simple intención. No creo que él deseé tener un hijo bastardo...

— ¿Queréis contarnos algo sobre la boda, padre? —la voz de mi hermana, lady Kimberly, me hace regresar al lugar en el que estoy.

—En parte, sí, hija. Veréis... Siempre os dije que hubo una mujer a la que amé...

—Más que a nuestra madre. Lo sabemos, padre —asegura Neal, mi hermano mayor, y yo sonrío.

—Y que tenéis una hermana.

—Cierto, a quien habría encontrado si alguna vez me hubierais dicho quién era su madre.

—Neal, hijo, sabes que la familia de ella nunca me dijo dónde podría encontrarla.

— ¿Si la hubierais encontrado, os habríais casado con ella, padre? —pregunta mi hermana pequeña, mirándome, temiendo que yo me pueda sentir mal puesto que, tal como sigue creyendo, ahora soy su prometida.

—Claro que lo habría hecho, hija, pero ella también murió, hace cinco años.

— ¿La encontrasteis? —De un salto, mi hermano Neal se pone en pie y mira a mi padre con los ojos muy abiertos.

—No, yo no. Nunca supe dónde estaba, pero hace cinco años, un joven Cedric Hall, salvó a mi querida hija, a quien aún no conocía, y ella pudo regresar junto a su tío.

— ¿Está en Londres? Decidme, padre, ¿mi hermana está en Londres?

—Hijo, la tenéis delante vuestra —y girándose hacia mí, coge mi mano y la lleva a sus labios para dejar un beso en mis nudillos.

— ¿Laura? —pregunta Kimberly, llevando su mano al pecho— Ella... ¿Ella es nuestra hermana, padre?

Él, solo asiente mientras sonrío sin apartar sus ojos de los míos. Una lágrima se desliza por mi mejilla y en ese momento siento la mano de Neal en mi rostro, secándola. Me giro hacia él que, tras sonreír, me estrecha entre sus brazos.

—Me alegra saber que estáis bien, hermana. He querido encontraros tantas veces... pero no sabía dónde buscar.

—Lord Coleman...

— ¡Por el amor de Dios, Laura! No me llaméis así, nada de formalismos. Sois mi hermana. Mi hermana pequeña.

— ¿Lo sabíais todo este tiempo? Pero... padre, ¿y la boda? —la voz de Kimberly, es apenas un murmullo a causa de las lágrimas.

Me pongo en pie, beso en la mejilla a mi hermano y me acerco a ella para abrazarla y secar sus lágrimas.

—Nunca fue cierta, ya lo sabéis. Él, sí sabía quién era yo, y yo me enteré hace poco.

—Ahora tengo dos hermanas mayores.

Eliza, la esposa de mi hermano, se acerca y nos abraza, mientras Maddie, sigue sentada en el sofá jugando con mi pequeña Star.

—Maddie, cariño, ven —Neal la llama y ella se acerca rápidamente, seguida por Star.

— ¿Sí, padre?

—Cariño, ella es vuestra tía Laura.

— ¿Mi tía? Ayer madre me la presentó, pero... no como mi tía.

—Bueno, no sabía que era vuestra tía, por eso no os lo dijo —digo agachándome para cogerla en brazos, y ella sonrío y me abraza.

—Me alegro de tener otra tía más. ¡Ya tengo tres tías y un tío!

—Cierto, eso son más regalos en vuestro cumpleaños —digo sonriendo.

— ¿Viviréis aquí, con nosotros? —me pregunta Kimberly, cogiéndome del brazo.

—Claro que lo hará. Esta es su casa —responde mi padre, adelantándose a mi respuesta.

—Padre, no dejaré la casa de mi tío. Ya lo sabéis...

—Hermana, esta es vuestra casa. Debéis vivir aquí, sois una Coleman —asegura Neal.

Y sus palabras hacen que me estremezca. Es cierto, soy una Coleman. Mañana todo el mundo lo sabrá pues en unos minutos, un periodista vendrá para tener la exclusiva.

—Sois la hija del Conde de Bexley. Debéis vivir aquí —dice mi padre, cogiendo mi mano entre las suyas.

Sonrío y asiento. Me costará dejar la casa de mis tíos. La casa que ha sido mi hogar los últimos cinco años. Y a mis primas... sobre todo, a Lilly.

—Vuestras primas pueden venir siempre que lo deseen — dice apretando mi mano, como si supiera lo que estoy pensando.

—Gracias.

—No tenéis que darlas, hija. Esta es y siempre será vuestra casa.

El periodista ha quedado tan sorprendido con la confesión de mi padre, que no ha dejado de escribir en ningún momento.

Incluso se ha quedado a cenar con nosotros porque, según mi padre, debía quedar claro que formo parte de la familia, aun sin saber que lo era.

Ha hecho algunas fotos y nos ha asegurado que mañana saldremos en la primera página del periódico. Así que estoy más nerviosa, si es posible, de lo que estaba antes de confesar la verdad a mis hermanos.

Tras despedirme de ellos y prometerles que en unos días me instalaría en la casa, el chófer me trajo a casa de mis tíos.

Les conté que me mudaré con mi padre y mis hermanos, pero que seguiremos viéndonos siempre que queramos y que los querré siempre.

Y ahora estoy en las caballerizas, con Misty y Star.

Me las llevo conmigo a casa, no voy a dejarlas aquí, pero necesitaba estar a solas con el resto de caballos.

—No vinisteis a verme —la voz de Cedric hace que me gire hacia la puerta, y ahí está.

Tan atractivo y elegante como siempre.

—No creí que vos sí iríais.

—Lo hice y os esperé. Os esperé hasta que fui a la casa y os vi marchar. Y os seguí.

— ¿Me seguisteis?

No dice nada, solo asiente mientras se cruza de brazos.

—No deberíais haberlo hecho. No soy nada vuestro.

—Pero quiero que lo seáis. Quiero que os caséis conmigo. ¿Por qué fuisteis a casa de lord Coleman? ¿Habéis ultimado los detalles de... vuestra boda?

—No es de vuestra incumbencia.

—No me apartéis de vos, os lo ruego. No permitáis que otro os haga su esposa.

—Me casaré, pero no será con vos.

Paso por su lado para salir y, antes de poner un pie fuera de las caballerizas, su brazo rodea mi cintura y me atrae hacia él, para pegarme a su cuerpo y besarme.

Me besa con esa pasión y esa voracidad que tantas veces ha mostrado. Me besa como si fuera la última vez que fuera a tenerme cerca.

Sus manos se pasean por mi cuerpo, en una caricia abrasadora que hace que me estremezca y que desee que me haga suya.

Rodeo su cuello con mis manos y me pego más a su cuerpo, entregándome por completo a él.

Siento que mis pies abandonan el suelo, es como si flotara y al abrir los ojos veo que Cedric, camina sin dejar de besarme, hasta los fardos de paja del fondo de las caballerizas.

Me recuesta en el suelo y se coloca sobre mí. Sus manos apartan el escote del corpiño y dejan mis pechos descubiertos. Los acaricia y no puedo evitar gemir ante el calor de sus dedos sobre mí.

Abandona mis labios y me besa el cuello, dejando un camino de besos hasta encontrar mi pecho y apoderarse de mi erizado pezón. Lo tortura con leves mordiscos y lo lame, pasando la punta de su lengua por mi piel hasta llegar al otro pecho, prodigándole las mismas atenciones.

Vuelve a besarme y noto su mano subiendo lentamente por la pierna. Me estremezco y cuando se adentra en mi intimidad, jadeo y arqueo la espalda en busca de más.

Me acaricia tan lentamente que lo considero una tortura. Una tortura deliciosa, debo confesar.

Cuando me penetra con el dedo, un gruñido sale de sus labios y me da un leve mordisco en los míos.

No puedo evitar esto, no quiero evitarlo. Quiero sentir que me ama, que realmente me ama.

—Cedric...

—Vais a ser mía, Laura. Esta noche, seréis mía —asegura, susurrando, con sus labios pegados a los míos.

Aparta la mano de mi humedad y siento su ausencia. Lo miro y observo cómo baja sus pantalones y de ellos sale su erecto miembro.

A mi parecer es realmente grande y siento que me sonrojo al saber que en breve estará dentro de mí.

Me noto temblar y cuando Cedric se percató de ello, se acerca y me besa, al tiempo que acaricia mi mejilla.

—Tranquila, juro que no os haré daño.

Se deshace de mi ropa y cuando sus labios vuelven a estar junto a los míos, noto la punta húmeda de su sexo en el mío.

Se aferra con las manos a mi cintura y noto cómo se abre paso en mi interior, lentamente.

Jadeo, me estremezco y arqueo la espalda, buscándolo. Cuando siento un fuerte dolor, cierro los ojos, me agarro con fuerza a sus brazos y le muerdo el labio inferior.

—Tranquila, pasará, os lo juro —susurra, con su frente pegada a la mía.

No se mueve, pero sigue dentro de mí. Abro los ojos y me encuentro con su mirada, esa que tantas noches me ha acompañado.

El dolor pasa, siento la necesidad de moverme y lo hago. Adelanto las caderas y cuando Cedric se da cuenta de que me estoy moviendo, sonrío y vuelve a besarme al tiempo que sale y entra de nuevo en mí.

El dolor ha sido sustituido por el placer.

Nuestros cuerpos están unidos, entregándose el uno al otro, demostrándose que nos amamos. Nuestros labios besándose, diciéndose en silencio lo que ambos sabemos.

Sus movimientos se vuelven más rápidos, más salvajes, y siento que todo mi ser se prepara para él, para entregarme finalmente al hombre que amo.

Entrelazo los dedos en su cabello, tiro de él y le mordisqueo el labio. Sus manos en mi cintura, apretadas, me hacen ser consciente de que se está conteniendo, de que no quiere que esto acabe.

—Cedric...

—Entregaos, Laura. Entregaos a mí. Quiero que seáis mía.

Me rindo a sus palabras y dejo que el placer me envuelva, estallando en un grito mientras siento cómo Cedric, da una última embestida y grita mi nombre al tiempo que su semilla se derrama en mi interior.

Soy suya. Ahora sí que soy la mujer de Cedric Hall, y él... él es mío. Nos hemos entregado. Nos hemos amado por primera vez.

Capítulo 16



Con la respiración aún entrecortada, Cedric me besa y se incorpora.

Lo contemplo mientras recompone sus ropas y sonrío. No puedo hacer otra cosa, me he entregado al hombre que amo.

Debería preocuparme, pues esto puede traer consecuencias, pero... voy a casarme con él, claro que lo haré. No amo a ningún otro hombre.

Me incorporo y arreglo mis ropas. Me acerco a Cedric y rodeo su cuello para volver a besarlo y entonces él, me aparta de su lado.

Me quedo mirándolo, buscando sus ojos, pero no permite que nuestras miradas se encuentren.

—Cedric...

—Lord Hall —dice, sin tan siquiera mirarme.

— ¿Cómo decís?

—Que, para vos, milady, soy lord Hall.

—Pero...

—Vais a casaros con lord Coleman. ¿No estabais dispuesta a entregaros a mí? ¿A sentir lo que es estar con un hombre, ya que jamás ocuparéis el lecho de Coleman? Pues ya lo habéis sentido. Espero haberos hecho disfrutar, milady.

Siento las lágrimas agolparse en mis ojos. Me queman. Un nudo en la garganta me impide tragar y me estremezco.

Su voz... Su voz es fuerte, no es la que tanto me gusta. Sus palabras son veneno para mí. ¿Por qué quiere herirme de este modo? ¿Por qué, después de amarme...?

—Cedric, os amo.

—No volváis a llamarme Cedric jamás y no me hagáis reír. No me amáis, nunca lo haréis.

— ¡Claro que os amo! Si no fuera así, yo... yo nunca...

— ¿Nunca os habrías entregado? Lo habrías hecho, como lo hizo vuestra madre con un hombre casado. Sois una mujer... —No lo dejo terminar.

Mientras las lágrimas se deslizan por mis mejillas, le abofeteo tan fuerte como puedo. El escozor en la palma de mi mano me hace saber que he empleado suficiente fuerza como para dejar marca un breve tiempo.

— ¡Os odio! Sois despreciable —digo con los ojos anegados en lágrimas—. Esto era lo que queríais, que me entregara a vos... Y ya lo habéis conseguido.

—Siempre consigo lo que quiero, milady —de nuevo el veneno envolviendo la manera en pronunciar esa última palabra.

Aprieto los labios, cierro las manos en puños y respiro hondo.

Lo miro por última vez. Sus ojos... sus preciosos ojos no me dejan ver nada. No puedo saber qué siente en este momento. Si habla de verdad, o solamente es para hacerme daño.

Me agarro el vestido y salgo corriendo de las caballerizas. Del lugar que ha sido testigo de mi entrega y mi amor hacia él.

Llego a casa y entro, sin poder dejar de llorar, procurando no hacer ruido.

Subo las escaleras que me llevan a mi dormitorio y me encierro en él. Me apoyo en la puerta y dejo que todo mi cuerpo caiga al suelo, mientras lloro pensando en lo tonta que he sido. En que me he entregado a un hombre que no me ama, que solo me ha mentido.

Me hago un ovillo en el suelo y mientras las lágrimas surcan mi rostro y dejan ese sabor salado en mis labios, recuerdo sus besos.

Paso el dedo por mis labios y cierro los ojos, sintiendo que es él, quien me toca.

Una mentira, todo ha sido una maldita mentira.

Me he entregado a él, y ahora... ahora no podré casarme jamás. No podré entregarme a mi marido pues ya me he entregado a Cedric Hall.

Llega la mañana y me despierto con el sonido de unos nudillos golpeando la puerta. Me incorporo y siento el dolor de todo mi cuerpo. Me quedé dormida en el suelo.

Me levanto y escucho a tía Rose llamarme.

—Mi niña, ¿estás bien? Ni siquiera has bajado a desayunar. Y, ¿por qué estás encerrada?

—Lo lamento tía, me quedé dormida. Voy a asearme, vestirme y... bajaré enseguida.

—Bien, diré que te preparen el desayuno.

Se lo agradezco y me quedo escuchando hasta que se aleja. Me despojo de la ropa y entro en el baño. Miro la tina y niego, ¿cómo voy a asearme si no tengo agua caliente? Regreso al dormitorio y abro la puerta, llamo a una de las doncellas y en apenas unos minutos me llenan la tina.

Dejo que el agua caliente envuelva mi cuerpo y cierro los ojos. Aún siento dolorida mi parte íntima y recordar a Cedric, hace que las lágrimas broten de nuevo sin control. No puedo evitarlo, lo amo. Me enamoré de ese hombre y por más que me lo negase a mí misma, era una soberana tontería, pues es evidente que jamás podré olvidarlo.

Termino el baño y me pongo uno de los vestidos más sobrios que tengo. Ahora mismo mi ánimo no es el más alegre, y así lo demuestra el tono azul marino del vestido escogido.

Me recojo el cabello y doy algo de color a mi rostro, no quiero que mi familia vea el tono violáceo de mis ojeras. No recuerdo la hora a la que me quedé dormida, pero seguro que era demasiado tarde. Lloré tanto que aún tengo la voz enronquecida.

—Buenos días, mi niña —dice tía Rose, cuando entro en la cocina—. Tienes el desayuno en el salón. Vamos, te acompañaré, tenemos que hablar de la gran noticia del día.

Cogida del brazo de mi tía caminamos hacia el salón. Tomo asiento frente a mi plato y ella lo hace a mi lado, al tiempo que coge el periódico y me lo muestra.

—Primera página, toda una noticia. Ya es oficial, eres una Coleman. No han dejado de llegar misivas invitándote a tomar el té en casa de las damas de la alta sociedad.

—No asistiré a ninguna. No me apetece ver cómo me diseccionan. No soy más que la hija bastarda de un conde. No soy ni la primera, ni la última.

— ¡Oh, mi niña! ¿Qué te pasa? No estás sonriente y feliz como siempre. ¿Ocurrió algo con tu padre?

—No, con él y con mis hermanos está todo perfecto.

En ese momento escuchamos que llaman a la casa. Cojo el periódico y sigo leyendo mientras tomo mi café.

Los gritos del mayordomo hacen que ambas nos giremos en dirección a la entrada al salón y apenas unos minutos después, como si de su propia casa se tratara, Cedric entra en el salón llevando un ejemplar del periódico en la mano.

— ¡Milord! —grita tía Rose, poniéndose en pie y haciendo una reverencia— ¿A qué debemos su visita?

Él, ni siquiera se molesta en contestarle. Se acerca a mí y en sus ojos veo la confusión, mezclada con lo que creo es furia y alegría al mismo tiempo.

— ¿Podéis explicar esto, Laura? —pregunta, agitando el periódico.

—Si lo habéis leído, milord —digo con petulancia—, sabréis lo que significa. No hay nada que explicar.

— ¡Esto lo cambia todo! ¡Todo! Laura... —Se arrodilla frente a mí y coge mi rostro entre sus manos. Siento que las lágrimas se agolpan de nuevo, quemándome, queriendo salir, pero lucho con todas mis fuerzas para evitarlo— Amada mía, esto lo cambia todo. Si hubiera sabido la verdad... Si anoche me hubieras contado todo esto, no habría ocurrido nada. Mi Laura, no merecéis un trato así, tan vil. ¡Por el amor de Dios! Merecéis ser amada en una cama y no en un maldito lecho de paja.

— ¿Milord? —la voz de mi tía hace que ambos nos giremos a mirarla. Sus ojos están tan abiertos, que sé que ha escuchado cada palabra. Me mira y cuando inclino la mirada evitando que sus ojos sigan clavados en los míos, escucho un leve grito— Laura, mi niña. ¿Qué habéis hecho?

—Lady Sanders, su sobrina es mi mujer desde anoche. Quiero hablar con vuestro esposo para

concertar nuestra boda —mientras confiesa nuestro pecado, Cedric se pone en pie y yo siento el calor de las lágrimas deslizándose por mis mejillas.

Las aparto de un manotazo y me pongo en pie. No voy a permitir que ahora que sabe la verdad quiera casarse conmigo. No cuando anoche me tomó por despecho, más que por amor.

—Milord, no es labor de mi tío concertar mi matrimonio, sino de mi padre, lord Coleman —digo, recalcando bien el apellido de mi padre, mi apellido—, y no aceptará vuestra petición, ya que lo de anoche, no fue más que un momento de pasión que me hizo sucumbir a vuestra conquista. No hubo amor en ese acto de fornicación.

Mi tía grita, llevándose las manos al pecho. La miro y veo que ha perdido el color de sus mejillas. Lo siento por ella, pero tengo que decir todo lo que está haciendo daño en mi pecho.

—Lo lamento tía, de verdad que lamento que os enteréis de este modo. Sí, me dejé mancillar por este hombre en las caballerizas. Forniqué como hizo mi madre con mi padre, aun sabiendo que jamás sería su esposa. Le di lo que le debería pertenecer a mi esposo y ya nunca podré entregarle. Fui una idiota por creer en sus palabras.

—¡¡Callaos, maldita sea!! —el grito de Cedric, hace que me estremezca. Lo miro y veo que mantiene los puños apretados en sus costados— No mintáis. Dijisteis que me amabais.

—Palabras de una mujer que confundía sus sentimientos.

—Laura, por favor —cuando sus manos cogen de nuevo mi rostro, siento que estoy perdida. Me pierdo en la inmensidad de su mirada, en esos ojos marrones que tantas noches me han acompañado en mis sueños—. Os lo ruego, no neguéis lo que ambos sentimos anoche. Yo os amo, Laura, y sé que vos también me amáis.

— ¿Lord Hall? —la voz de mi padre nos coge a todos desprevenidos. Lo miro y cuando siento que las lágrimas brotan de nuevo, me aparto de Cedric y voy hacia él— ¿Ocurre algo hija?

—Lord Coleman, quiero pedir la mano de vuestra hija.

— ¿Laura?

—No le hagáis caso padre. No sabe lo que dice.

— ¡Claro qué lo sé! ¡Maldita sea, mujer! No me hagáis esto —camina hacia nosotros y trata de abrazarme, pero me aferro a los brazos de mi padre y Cedric se para frente a mí—. Os entregasteis a mí, me amasteis anoche. Me dijisteis...

—Basta, lord Hall, por favor. Os ruego que dejéis a mi hija tranquila. Hablaremos de esto en otro momento. Ahora... ahora Laura debe atender unos asuntos conmigo —dice mi padre de forma tajante. No deja opción a réplicas.

—No acaba aquí, Laura. ¿Me oís? No permitiré que me evitéis ni me neguéis lo que es mío, vos sois mía, desde anoche sois mi mujer. Maldita sea, desde hace cinco años lo sois y yo soy vuestro, siempre lo seré.

Sin que pueda evitarlo se acerca, coge mi barbilla y deja un beso cálido y lleno de promesas

en mis labios, ante la sorpresa de mi tía y mi padre.

Me mira por última vez y sus ojos dicen lo que sus labios callan. No me dejará, no me perderá.

Se aparta y cuando sale del salón me enfrento a las preguntas silenciosas de mi familia. Me siento de nuevo en la silla y vuelvo a llorar. Las manos de mi tía se posan sobre mis hombros y me consuelan como han hecho tantas veces.

—Hija, creo que merezco una explicación.

—Anoche me entregué a Cedric Hall. Lo hice porque le amo, porque estaba decidida a casarme con él, pero cuando me dijo que él lo había hecho porque iba a casarme con vos y que así sabría lo que se siente al estar con un hombre. Cuando me dijo ya no era Cedric para mí, sino que volviera a llamarlo Lord Hall... todo mi mundo se cayó sobre mis hombros.

—Ese necio de Hall. Si os ama no entiendo por qué puso esa maldita excusa.

—Lo peor fue que me tratara como a una mujer cualquiera y ahora que sabe que no hay compromiso alguno entre vos y yo, padre, vuelve a decirme que me ama y quiere casarse conmigo. Lo lamento padre, ya no soy doncella y no podréis concertar un buen matrimonio para mí —esas últimas palabras salen en apenas un susurro. El llanto se vuelve más y más amargo y los sollozos estoy segura que pueden escucharse en toda la casa.

—Laura, mi niña. No lloréis hija —la dulce voz de mi tía es más débil que de costumbre, la miro y está llorando. Me abraza y dejo que me acune como cuando lo hacía las noches en que sufría pesadillas.

—Hija, jamás concertaría un matrimonio que vos no quisierais, además, siempre he pensado que lord Hall, era el mejor hombre para ser vuestro esposo. Dejaremos que pasen unos días y retomaremos esta conversación. Ese hombre os ama, hija, lo he visto en sus ojos —dice mi padre, acariciándome la mejilla.

—No quiero casarme con él, padre. Ya... ya no.

Me levanto, doy un último abrazo a mi padre y me disculpo antes de salir del salón para ir a mi dormitorio.

Me dejo caer en la cama y sigo llorando como una niña. No hay manera de que pueda calmarme. El dolor en mi pecho es insoportable y siento que me falta el aire, es como si me arrancaran un pedazo de mi alma.

Lloro y lloro, aferrada a la almohada, hasta que el cansancio me vence y caigo en un profundo sueño.

Capítulo 17



Una semana. Ha pasado una semana desde que se hizo pública la noticia de quién soy, de quién es mi padre, del apellido que debía llevar desde el momento en que nací. Una semana desde que fui oficialmente presentada en sociedad como Lady Laura Coleman.

He asistido a cada baile colgada del brazo de mi orgulloso padre, acompañada por mis hermanos y mi cuñada. He recibido las atenciones y halagos de caballeros interesados en tomarme como esposa, y todo para estar emparentado con el Conde de Bexley.

A ninguno de esos bailes ha acudido Cedric. Sus padres y sus hermanas dicen que se ha centrado en el trabajo. Las fábricas ocupan la mayor parte de su tiempo y según él, así no piensa en mí.

Ya vivo en casa con mi padre y mis hermanos. Todos los miembros del servicio me han recibido de buen agrado y la más anciana, Willa, es como una abuela para todos. Sus abrazos son los mejores, esos cargados del cariño que se necesita en cada momento. Me ha contado que ella sí conoció a mi madre, que cuando supo quién era lo lamentó por ella, por el destino que debería sufrir. Como el resto de quienes la conocieron, asegura que soy igual que ella.

—¿Estáis lista, hermana? —la voz de mi hermana Kimberly, me devuelve al presente, a mi dormitorio.

—Sí. ¿Vamos? —pregunto, levantándome del tocador y cogiéndome de su brazo.

Me sonrío y la abrazo. En tan poco tiempo ha conseguido que la quiera tanto como a mis primas.

Esta noche se celebra el baile en casa de lady Hill, viuda del antiguo dueño de Ocean Hill, la naviera más importante de Londres.

—Me siento el hombre más afortunado de la ciudad. Voy con dos bellas damas en mis brazos —dice mi padre, cuando bajamos las escaleras, recibiéndonos con un beso en la frente y un abrazo a cada una.

—Padre, cada noche nos decís lo mismo —responde mi hermana pequeña entre risas.

—Y es la verdad. Soy la envidia de cada hombre que os contempla. ¿Vamos?

—¿No esperamos a Neal y a Eliza? —pregunto, ya que no están esperando junto a mi padre.

—Esta noche no nos acompañarán. Maddie no se encuentra bien y han preferido quedarse con

ella.

—En ese caso, será mejor que nos marchemos. No debemos hacer esperar a nuestra anfitriona —aseguro, pues tía Rose ya me puso al corriente de lo poco que le gusta la impuntualidad a lady Hill.

Salimos de casa y nos subimos al carruaje, apenas unos instantes después emprendemos el camino hacia la casa donde, de nuevo, volveré a soportar las miradas de las damas que siempre quisieron casarse con mi padre. Las de esas jóvenes que ahora me ven como una rival, pues saben que todos los jóvenes en edad de casarse quieren formar parte de la familia Coleman y, por consiguiente, de la familia Hall y la fábrica de telas y banderas.

Cuando llegamos se puede escuchar la música desde la entrada. Uno de los mayordomos nos lleva hacia el salón y allí saludamos a la anfitriona, que para mi sorpresa está acompañada de Lord Wyatt Wilson.

—Milady, me alegra veros aquí esta noche —sonríe, cogiéndome la mano para dejar un beso. Respiro hondo y fuerzo una sonrisa.

—Milord, comparto vuestra alegría —si me dieran un penique cada vez que miento...

— ¿Me haríais el honor de concederme vuestro primer baile?

—Lamento no poder hacerlo. Esta noche no me siento demasiado bien. He asistido para acompañar a mi hermana.

— ¡Oh, querida! Debéis bailar. No podéis hacerme el feo de quedaros en un rincón toda la noche —lady Hill me coge del brazo y tras saludarnos con un par de besos al aire, caminamos seguidas por mi padre y mi hermana hasta el lugar en el que tocan los músicos.

Cuando soy consciente de lo que va a hacer, miro a mi padre y a mi hermana y ambos se encogen de hombros. Sin duda, esta noche va a ser la más larga de todas para mí.

— ¡Un momento de atención, por favor! —grita lady Hill, al tiempo que da palmas— Soy consciente de que todos los presentes conocerán a lady Coleman, pero no quería dejar pasar la oportunidad de presentarla en mi casa. Me alegra recibirlos, milady, y soy feliz sabiendo que vuestro primer baile será con mi sobrino Wyatt.

No puedo evitar que un grito de sorpresa salga de mis labios. ¿He escuchado bien? ¿Lord Wyatt Wilson, es el sobrino de lady Hill? Miro a mi padre y veo que está enfadado. Oteo el salón y me encuentro con mis tíos y mi prima junto a los White. Tía Rose, está más pálida de lo normal. Tío Arthur, no hace más que negar con la cabeza mientras lord White, trata de calmarlo.

—Vamos querida, mi sobrino os espera —son las palabras de lady Hill, que sonríe como si ella supiera algo que yo desconozco.

Me coge del brazo y me lleva junto al único hombre al que no querría tener frente a mí jamás. Lord Wilson, me tiende la mano y ante las miradas de los presentes no puedo hacer otra cosa que aceptarla.

Me lleva al centro del salón y los músicos empiezan a tocar. Nadie más baila, simplemente nos miran, nos observan, como lo harían en el primer baile de dos recién casados.

Miro a mi padre y veo que lady Hill, le tiene cogido el brazo y le habla en susurros. Su semblante se va tornando serio por momentos y me temo lo peor.

—Estáis más bella que nunca, Laura —la voz de lord Wilson, es apenas un susurro junto a mi oído.

Para mi suerte, el resto de invitados ya han comenzado a bailar, pero yo no quiero bailar, no con este hombre.

—Lo que habéis hecho no está bien. Me habéis obligado a bailar con vos y vuestra tía, ha sido cómplice de una burda estratagema.

—Laura, me moría por teneros en mis brazos. Desde que supe que la boda con el viejo Coleman no era más que una farsa para mantener alejados a todos los pretendientes que se os acercara, he querido pedir vuestra mano.

—Nunca me casaré con vos, milord. Ni con vos, ni con nadie.

—Discrepo, milady. Mientras vos y yo disfrutamos de este maravilloso baile, mi tía se está encargando de concertar nuestro matrimonio.

Esas palabras me paralizan. No me muevo, me quedo clavada en el suelo como una estatua de mármol. Siento que me falta el aire. El corazón comienza a latir con tanta fuerza, que temo que se me salga del pecho.

Miro hacia donde estaba mi padre, pero ha desaparecido. Tan solo está lady Hill, sonriendo, mientras su mirada no se aparta de su sobrino y de mí.

Dirijo la mirada a mis tíos y respiro al ver a mi padre con ellos, pero no tiene mejor cara que yo. Mi hermana está llorando, igual que mi prima Violet. ¿Qué demonios ha pasado?

Trato de escapar de entre los brazos de lord Wilson, pero me lo impide.

—No vais a ningún lado. Esta noche se anuncia nuestro compromiso.

Me falta el aire. La vista se me nubla y me cuesta tanto respirar, que siento que estoy a punto de caer al suelo.

Cierro los ojos unos instantes y vuelvo a abrirlos cuando noto unas manos sosteniendo mi cintura.

—Laura, debemos irnos —es la voz de mi padre. Lo miro y veo miedo en sus ojos.

Me dejo llevar por él y en el camino hacia el carruaje escucho los pasos apresurados de más gente, mucha gente.

Cuando subo al carruaje compruebo que se trata de mis tíos, de los White y los Hall, quienes suben apresurados a sus carruajes.

— ¿Qué ocurre, padre? —consigo preguntar, cuando al fin el aire vuelve a entrar y salir con normalidad de mis pulmones.

—La fábrica, hija. Han quemado una de las fábricas.

El chófer nos lleva al lugar en menos tiempo del que pensaba. Cuando llegamos los recuerdos de la mañana en la que perdí a mi madre vuelven a mí como si estuviera viéndolos en ese instante.

Cientos de hombres corren de un lado a otro llevando cubos de agua, pero es inútil, las llamas están devorándolo todo a su paso.

Una figura arrodillada en el suelo llama mi atención. Es él, podría distinguir a Cedric, incluso en la noche más oscura.

Lleva las manos a su cabello y tira de él, y el grito que sale de su garganta es desgarrador. Ni siquiera lo pienso, corro hacia él y me arrodillo a su lado, dejo descansar la mano sobre su hombro y cuando se gira y me reconoce, se lanza a mí y me abraza llorando como un niño pequeño.

No puedo evitar que las lágrimas cubran mi rostro. Yo perdí mi casa y a mi madre a causa del fuego y él, ve cómo se desvanece todo por lo que ha luchado durante años.

—Deberíais estar en el baile de lady Hill. Tenía entendido que esta noche os comprometeríais con lord Wilson —sus palabras son apenas un susurro, pero hay tanto dolor en ellas, que no puedo evitar abrazarlo con más fuerza.

—Yo no voy a casarme con nadie.

—Eso no es lo que dice Wyatt. Ese maldito bastardo me lo quiere arrebatar todo y ha empezado por esto —señala la fábrica que ha sido pasto de las llamas y me suelta—. No parará hasta teneros.

—¿Por qué creéis que yo querré casarme con él? No le amo.

—Hará lo que sea por teneros, sé que lo hará. Hablad con vuestro padre, estoy seguro que la vieja Hill ya habrá movido ficha.

Se pone en pie y se aleja, ni siquiera me mira. Lloro en silencio mientras contemplo las llamas. No puedo evitar que el sonido de la madera crujiendo me recuerde el peor momento de mi vida, el día que las llamas acabaron con todo lo que tenía.

—Hija, será mejor que nos marchemos.

—Padre, ¿por qué lord Wilson está tan seguro de que me casaré con él?

—Porque si no lo hacéis, no parará hasta que todas y cada una de las fábricas de Cedric y de tu hermano, sean pasto de las llamas.

Capítulo 18



No puedo dormir, las palabras de mi padre, y las de Cedric, resuenan en mi mente. ¿Es posible que lord Wilson sea capaz de destruir todo por lo que tanto Cedric como mi hermano han luchado? ¿De verdad sería capaz de quemar una a una todas las fábricas?

Me levanto de la cama y me envuelvo en la bata. Salgo de mi dormitorio y bajo las escaleras hasta llegar a la cocina, para servirme un vaso de leche con miel. Siempre que me costaba dormir, mi madre me preparaba uno.

Escucho ruido que viene de fuera. Me acerco a la puerta de la cocina que lleva a los jardines traseros y abro despacio, procurando no hacer ruido.

Asomo la cabeza y apoyado en la pared de la casa veo a Cedric. Está despeinado y lleva la chaqueta colgada del hombro.

— ¿Se puede saber qué hacéis aquí fuera a estas horas de la noche? —pregunto, saliendo a su encuentro.

—Eso podría preguntaros yo. Cogeréis frío con tan escasa ropa.

Me miro y grito al comprobar que apenas llevo el camisón y una bata. Y, para colmo, además voy descalza.

Cuando levanto de nuevo la mirada lo veo frente a mí, colocándome la chaqueta sobre los hombros para evitar que me enfríe.

—Gracias —digo en apenas un susurro, sin apartar los ojos de él.

Me llega el aroma de su perfume mezclado con el olor a whisky. Me fijo bien en su mirada y está vidriosa, sin duda ha bebido más de la cuenta.

—No habéis respondido. ¿Qué hacéis aquí, milord?

—No lo sé.

Se aparta y camina de nuevo hacia la pared, donde vuelve a apoyarse y cierra los ojos mientras respira hondo.

—No puedo perderlo todo. Esas fábricas son mi vida, la de Neal. Son el trabajo de muchos años. Wyatt está dispuesto a arruinarme la vida.

— ¿Tanto interés tiene en las fábricas?

—Siempre lo tuvo. Pensó que podría casarse con mi hermana, pero eso jamás pasaría. Ahora

intenta que su hermano pequeño se case con vuestra hermana.

—Ellos se aman.

—No podéis estar segura de eso.

—Mi hermana lo sabe. El joven Wilson está enamorado de ella.

— ¿Y si no es así? Y si solo es una estratagema para conseguir lo que quiere. ¿Quién os asegura que no se la llevará y se casarán a escondidas? Eso sería lo peor que pudiera ocurrirle a vuestro padre.

Sigue sin abrir los ojos, pero a pesar de estar borracho habla con la misma facilidad que siempre. Me acerco a él y siento el frío de la hierba en los pies. Un escalofrío recorre mi cuerpo y cuando llego a su lado dejo la mano sobre su brazo y le acaricio lentamente.

—Sé que la ama y ella a él. Kimberly, no haría nada que perjudicara a nuestro padre.

—Así que sois una Coleman. La hija de un conde, nada menos. Quién lo iba a decir cuando os conocí hace cinco años —al fin me mira, me acaricia la mejilla y se inclina dejando sus labios tan pegados a los míos que siento la necesidad de que me bese, pero no lo hace— ¿Lo sabíais?

—No. Lo supe la noche antes de...

— ¿De verdad os entregasteis a mí porque me amáis, Laura?

Me quedo mirándolo fijamente y sin respirar. ¿Por qué quiere saberlo ahora? Cuando se lo dije no me creyó, y ahora...

—Sí —antes de que sea consciente mi boca habla por mí.

Dejando la mano sobre mi nuca, me atrae hacia él y me besa, compartiendo conmigo el sabor del whisky.

Nuestras lenguas se reconocen, se saludan y se entrelazan mientras Cedric, me coge en brazos y le rodeo la cintura con las piernas. Desliza la mano por la espalda y apenas unos instantes después, siento el frío de la pared atravesando la tela de mi escasa ropa.

Sus besos son posesivos, como si quisiera marcarme y demostrarle al resto del mundo que le pertenezco a él.

Un movimiento de caderas y su erección golpea mi intimidad que le reclama. Noto en la piel de mi pierna cómo ascienden lentamente las yemas de sus dedos, acariciándola suavemente y haciendo que se erice a su paso. Cuando alcanza mi humedad, gruñe en mis labios y coge entre sus dedos el botón del centro de mi placer.

Gimo, me aferro a sus hombros y acerco las caderas a él, cuando me penetra con el dedo.

No deja de besarme, mordisquearme los labios y hacerme temblar por el placer. Cuando su mano abandona mi humedad y siento la ausencia no puedo evitar jadear tratando de mostrarle mi sorpresa. Antes de que pueda apartarle y hablar, me penetra de una sola embestida y el grito que sale de mis labios rompe el silencio de la noche.

Vuelve a besarme para acallar mis gritos mientras se adentra una y otra vez en mí,

haciéndome suya de nuevo.

—No sabéis cuánto os deseo, Laura. Cuánto os amo —susurra junto a mis labios sin dejar de penetrarme—. Sois mi mujer. Y así tenga que secuestraros esta misma noche y haceros mi esposa, tened por seguro que seréis la Condesa de Harringay.

No puedo hablar, no me deja responderle, sus labios vuelven a apoderarse de los míos con tal fiereza, que sé que los tendré hinchados durante horas. Arqueo la espalda, dejo que tome mi cuerpo como él deseé y clavo las uñas en su espalda.

Una embestida, dos, tres, seis y ambos estallamos en un grito envueltos en el placer de nuestro encuentro.

De nuevo la noche ha sido testigo del deseo que nuestros cuerpos sienten estando cerca. Del amor que sentimos el uno por el otro. De un acto rápido de pasión y entrega absolutos.

—Os amo, Cedric. Os amo y quiero ser vuestra esposa.

Sus ojos me observan, buscando algo que le diga que miento, que no hablo en serio. Cuando se da cuenta de que digo la verdad, sonrío y se inclina para dejar un suave beso en mis labios.

Me abraza sin salir de mí, permaneciendo aún con nuestros cuerpos unidos. Siento el calor que emana de todo su ser y hundo el rostro en su cuello. El calor de las lágrimas deslizándose por mis mejillas me toma por sorpresa. Mi cuerpo se sacude con los sollozos y cuando él se da cuenta, se aparta y me coge el rostro entre sus manos.

—No lloréis, os lo suplico, no quiero veros llorar. Os amo Laura, y pronto seréis mi condesa.

Vuelve a besarme y me aferro a él, como si fuera mi salvación. Escucho el crujir de las hojas del suelo y me sobresalto, pero antes de que pueda apartar a Cedric y hablar, escucho un golpe y abro los ojos.

Cedric cae al suelo llevándome con él, y cuando miro hacia arriba veo el rostro furioso de Wyatt Wilson.

—No sois más que una puta, como lo fue vuestra madre.

El tono de su voz me hace estremecer. Me coge en brazos y me carga al hombro como si no fuera más que un fardo de paja.

Le golpeo la espalda y le pido que me baje, pero no cede. Me da un manotazo en la nalga derecha y grito tratando de que alguien me escuche. Nos alejamos de la casa y voy perdiendo de vista el cuerpo de Cedric. ¿Seguirá vivo? ¿Qué le habrá hecho este animal?

— ¡Bajadme!

—Callaos, mujer. No quiero que despertéis a toda la casa antes de que nos marchemos.

— ¡Qué me bajéis! ¡Soltadme! ¿Qué le habéis hecho a Cedric?

—Vaya, así que él es Cedric y yo, lord Wilson... —chasquea la lengua al tiempo que me da otro manotazo en la nalga, que siento escocer, y se ríe— Eso va a cambiar, pronto cambiará todo.

Escucho pasos acercarse y el grito de una mujer. Cuando me deja en el interior de un carruaje,

miro por la puerta y veo que Timothy Wilson, el menor de los hermanos, mete a mi lado a mi hermana.

— ¡Kimberly! —grito abrazándola.

—Me engañó, Laura —dice entre sollozos—. Timothy me mintió. No me ama... Solamente le interesa la fábrica, como a su hermano.

—Señoritas, por favor, basta de lamentos. Pronto se convertirán en Duquesas de Westland.

Las palabras del mayor de los Wilson me hacen estremecer. No puede hablar en serio. No puede estar pasando esto...

Kimberly se abraza a mí, cuando Timothy se sienta a su lado. Al ver que ella no quiere estar cerca de él, se levanta y toma asiento frente a nosotras, junto a su hermano.

El carruaje se pone en marcha y yo lo único que puedo hacer es rezar, suplicar que mi familia se dé cuenta de nuestra ausencia lo antes posible. Pedir en silencio que Cedric esté bien, que siga con vida y que cumpla su palabra de hacerme su esposa.

Capítulo 19



No recuerdo el momento en que me quedé dormida. Una leve caricia en la mejilla me despierta. Abro los ojos lentamente, acostumbándome a la luz del sol que entra a través de la ventana y cuando lo tengo frente a mí, recuerdo lo ocurrido la noche anterior.

—Buenos días, futura esposa —dice, acortando la distancia y besándome.

— ¡Apartaos! No os atreváis a poner vuestras sucias manos sobre mí.

—Laura, no seáis tan obstinada, vais a ser mi esposa y nadie podrá impedirlo. Ahora, levantaos y salid del carruaje.

— ¡No pienso ir a ningún sitio con vos! —En ese momento soy consciente de que estamos solos. Miro al exterior y no veo a mi hermana por ningún lado— ¿Dónde está Kimberly? ¿Qué habéis hecho con ella?

—Calmaos. Vuestra hermana está en sus aposentos tomando un baño y preparándose para las bodas.

— ¡¿Cómo?!

—Vamos, bajad, os acompañaré al dormitorio que ocuparemos esta noche.

— ¡No! ¡Soltadme! —grito, mientras vuelve a cogerme como si no fuera más que un bulto.

Camina hacia una posada y entra riéndose, al tiempo que veo a otros hombres sentados alrededor de varias mesas, bebiendo.

Ni siquiera sé qué hora es. ¿Cuánto tiempo hace que estamos fuera de casa? ¿Se habrá dado cuenta nuestro padre de que hemos desaparecido? Cedric... ¿Estará bien el hombre al que amo?

Tras subir las escaleras que nos llevan al dormitorio que asegura vamos a ocupar, abre una de las puertas y antes de entrar, escucho los gritos de mi hermana, y la voz enfurecida del joven Timothy Wilson, resuena tras la de ella.

—Parece que las dos hermanas sois iguales. Unas fierecillas que tendremos que domar.

— ¡Estáis loco! Dejadnos marchar, os lo ruego. Juro que no diremos nada...

—Laura, no podéis evitar lo que está a punto de ocurrir. Vos y vuestra hermana seréis nuestras esposas, y ya nada impedirá que ocupemos el lugar que merecemos en la fábrica del maldito Hall y vuestro hermano.

— ¡Jamás os lo permitirán! No creáis que... —No puedo seguir, pues me quedo sin aire al ser

lanzada sobre la cama.

En menos de un segundo, su cuerpo está sobre el mío y siento que me cuesta respirar. Me besa tan bruscamente, que enseguida reconozco el sabor metálico de la sangre. Noto en el vientre la dureza de su entrepierna y comienzo a golpearle el torso con los puños tan fuerte como puedo.

Pero es inútil, es más fuerte que yo y me agarra ambas muñecas llevándolas por encima de mi cabeza.

—Estaos quieta si no queréis que os tome ahora mismo. Ni siquiera tendré que ser delicado, ya habéis fornicado como una puta con Hall.

Vuelve a besarme y empieza a mover las caderas, frotando su entrepierna en la mía. Me estremezco y noto el calor de las lágrimas deslizándose por mi rostro.

—No lloréis, hoy debe ser el día más feliz de vuestra vida.

—Os odio —digo entre sollozos—. Tened por seguro que cuando mi padre sepa lo que habéis hecho con nosotras, os matará con sus propias manos.

—Mi querida futura esposa, esta boda habría sido diferente si vuestro padre no os hubiera sacado anoche del baile tan rápidamente. ¿Tan importante era acudir en ayuda de Hall? Era un fuego sin importancia... ¡Oh, no! No lo fue, le quemé la maldita fábrica y estoy seguro que, a estas horas, habrán ardidido al menos tres más —se acerca quedando a escasos centímetros de mi oído y susurra— ¿Tuvisteis recuerdos anoche de lo que ocurrió hace cinco años, mi querida Laura?

Se aparta y se levanta de la cama, mientras yo me quedo paralizada por sus palabras. Abre el armario y saca un vestido blanco que deja sobre la cama antes de salir y dejarme allí sola.

¿Es posible que él fuera el responsable de la muerte de mi madre? Que provocara el incendio que acabó con mi casa y tratara de asesinarlos a los dos.

Me levanto de la cama llorando, me acerco a la ventana y contemplo el horizonte entre lágrimas. Estoy a punto de casarme, a la fuerza, con el hombre que me arrebató a la persona más importante de mi vida. Voy a casarme con un asesino.

Jamás pensé verme vestida de novia. No era mi intención casarme, nunca, hasta que me enamoré de Cedric.

Le confesé la noche anterior que quería ser su esposa y él me dijo que sería su condesa. ¿Por qué no puedo volver a ese momento en el que solo éramos él, yo, y nada más importaba? Por qué el maldito Wyatt Wilson apareció para llevarme con él a la fuerza. ¿Y su hermano? ¿Cómo pudo jugar así con los sentimientos de Kimberly? Los odios, los odio a los dos.

Unos golpes en la puerta hacen que me sobresalte. Contemplo por última vez mi reflejo en el espejo y me giro al tiempo que la puerta se abre y veo a lord Wilson.

—Milady, estáis preciosa.

Camina hacia mí y me besa los labios como si fuera de su exclusiva propiedad. Dejo las manos en su pecho y trato de apartarlo, pero es cómo tratar de mover un muro. Imposible para alguien tan pequeña como yo.

—Vamos, nuestros hermanos nos esperan en el carruaje.

No digo una sola palabra, no puedo hablar. Me siento como un animal al que llevan al matadero. Estos son mis últimos momentos de libertad.

Bajamos las escaleras y observo a los mismos hombres que cuando llegué, bebiendo, pero esta vez están acompañados. Todas las mujeres jóvenes que veo reflejan la tristeza en sus ojos. Sin duda su destino es, o ha sido, el mismo que el mío y el de Kimberly.

Entro al carruaje y observo a mi hermana, tan callada como yo, con los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto. La abrazo y sollozo en silencio. Miro al hombre al que empecé a apreciar por amarla y ahora sólo me provoca odio. Su cara tampoco es mucho mejor que la nuestra. Aparta la mirada y casi puedo jurar que es arrepentimiento lo que he visto en sus ojos.

Imposible, ese joven al final es igual que su hermano. No le importa Kimberly, tan solo la fábrica.

El carruaje empieza su camino en dirección al lugar donde alguien será nuestro verdugo. ¿Dónde estamos? Ni siquiera eso he preguntado. Tal vez sea cerca de alguna de las casas propiedad de los Wilson, o incluso de la viuda de Hill.

Cuando el carruaje para miro por la ventana y veo una vieja casa en la que se ve colgado el letrero de herrería. Si fuera rápida, tal vez podría entrar en ella, coger un hierro y golpear a lord Wilson hasta dejarlo inconsciente, pero eso es imposible, no seré más rápida de lo que él pueda serlo corriendo tras de mí.

Bajamos del carruaje y lord Wilson, coge mi brazo para entrelazarlo con el suyo. Caminamos y me sorprende al comprobar que vamos a la herrería. ¿Qué significa esto?

Y en ese momento soy consciente de dónde estoy. Gretna Green, ese pueblo de Escocia en que los amantes jóvenes acuden a casarse sin necesidad de tener el permiso de sus padres.

— ¡No podéis hablar en serio! —grito, parándome y haciendo que mi hermana choque conmigo.

—Laura, estamos a punto de casarnos. Caminad.

—Lord Wilson, estamos a millas de distancia de Londres. ¿Es así como pretendéis unir nuestras familias? ¿En el lugar donde se casan...? —Guardo silencio porque la verdad me impacta.

No seré la primera mujer, ni tampoco la última, que se casará a la fuerza en este lugar. Se cuentan cientos de historias sobre los matrimonios llevados a cabo en esta herrería desde que, en el año 1754, entrara en vigor la Lord Hardwicke's Marriage Act^[1]. Parejas de amantes enamorados que no podían esperar a casarse y viajaban desde Londres a este lugar. Hombres que

lo único que querían era casarse con una mujer en concreto, pero que no gozaba de sus atenciones y se limitaba a secuestrarla y llevarla a Gretna Green para hacerla su esposa.

Y ese es mi destino. Ser obligada a casarme. A ser la esposa de Lord Wyatt Wilson, Duquesa de Westland.

Entro en la herrería y siento como si me llevaran al infierno. Tras una bienvenida y dar nuestros respectivos nombres, seguimos a un anciano hasta un yunque y ahí, sin nadie más que sea testigo, veo cómo mi hermana se convierte en la esposa de Lord Timothy Wilson.

Kimberly no puede evitar que las lágrimas le cubran el rostro, como ríos recorriendo cientos de kilómetros hasta desembocar en el mar.

Me aflige verla así. Se me parte el corazón de saber que ella sí está enamorada del hombre que acaba de convertirla en su esposa. Cojo su mano, me mira y la aprieto, haciéndola saber que no está sola. Que estamos juntas en esta pesadilla en la que nos hemos visto envueltas.

Observo a Lord Timothy Wilson secar las lágrimas de mi hermana, pero ella aparta el rostro y sigue llorando.

Es mi turno, el momento en el que el yunque del matrimonio será colgado en mi dedo. Qué ironía, nunca quise casarme y ahora...

Pienso en mi madre, en lo que debe estar sufriendo, viéndome desde allá arriba en este momento. Y en mi padre que, en una sola noche, ha perdido a sus dos hijas menores.

Ni siquiera contesto cuando me preguntan si acepto a este hombre como esposo. ¿Acaso serviría de algo que dijera qué no? A Kimberly no le ha servido, así que sé que a mí tampoco. Un apretón en la mano por parte de Lord Wyatt Wilson hace que responda que sí, que acepto. Y así, en cuestión de unas horas, he pasado de estar amando al hombre al que le dije que quería ser su esposa, a casarme con el hombre que asesinó a mi madre.

Capítulo 20



El camino de vuelta a la posada ha sido horrible. Kimberly no ha dejado de llorar, mientras yo la abrazaba tratando de consolarla. Ni el que ya es mi esposo ni su hermano han pronunciado palabra alguna. Tan solo los sollozos de mi hermana rompían el silencio que nos rodeaba.

Cuando el carruaje para sé que ha llegado la hora. El momento en el que mi esposo ejercerá su derecho a tenerme en su lecho. Quisiera llorar como hace mi hermana, pero debo ser fuerte por ella, por las dos. No puedo hundirme y compadecerme de la desgracia en la que nos hemos visto envueltas.

—Amada esposa —mientras Lord Wyatt Wilson sonrío, me tiende la mano, esperando que la acepte.

Me pongo en pie y bajo del carruaje sin coger la mano que me ofrece. Kimberly lo hace después y veo que su esposo la abraza. ¿Por qué tengo la sensación de que el menor de los Wilson, está sufriendo con esto tanto como ella?

—No me obliguéis a cargaros. Sois mi esposa y vamos a entrar ahí cogidos del brazo. ¿Habéis entendido, Laura?

Miro a mi esposo, ojalá pudiera golpearlo y salir corriendo. Respiro hondo, asiento y me cuelgo de su brazo como la dama que soy. Como su esposa, la Duquesa de Westland.

Entramos en la posada y observo que está casi vacía. La mujer rechoncha que sirve vino en las jarras de los presentes, nos mira y sonrío con tristeza. Debe estar tan acostumbrada a ver mujeres en nuestra situación, que para ella se ha convertido en algo habitual.

Nos sentamos en una de las mesas y esperamos que nos sirvan vino, pan y algo de queso y carne asada para comer. Ni siquiera sé si seré capaz de poder llevar un pedazo de pan a mi estómago, no creo que pueda comer.

Kimberly, no ha dejado de llorar mientras el que se ha convertido en su esposo la colma de atenciones y le seca las mejillas a pesar de que ella intente evitarlo.

—Estoy deseando haceros mía, amada esposa —susurra lord Wyatt junto a mí y siento un escalofrío.

Me niego a que me toque. No quiero que ponga las manos sobre el cuerpo que le pertenece a otro hombre.

—Si puedo evitarlo, eso no sucederá jamás —respondo, sin tan siquiera mirarlo.

—No me retéis, no querréis verme enfadado y ahora, comed, debéis tener fuerzas para lo que ocurrirá después.

Se me revuelve el estómago de solo imaginar lo que esconden esas palabras. Pensar en que me toca como si fuera de su propiedad, que me manosea y me besa...

Siento náuseas y cierro los ojos para tranquilizarme y evitar así, que lo poco que he comido sea expulsado de mi cuerpo.

Doy un último trago a mi copa de vino, sabiendo que se acerca la hora, el momento en que deberé enfrentarme a él y poner todo mi empeño para que no me toque. Cuando lo veo ponerse en pie, tendiéndome la mano, le miro y respiro antes de aceptarla.

Caminamos hacia las escaleras, ante la mirada de los presentes, seguidos por nuestros hermanos, y subimos hacia los dormitorios. En este instante no me importaría caer por las escaleras y morir, evitaría estar de nuevo a solas con mi esposo y dejar que me toque.

Kimberly me coge la mano, nos miramos y cuando veo el brillo de las lágrimas colmar sus ojos, la abrazo.

—Tranquila, todo esto pasará pronto —susurro, acariciándole la espalda—. Kimberly, debes estar relajada para lo que...

—Sí, lo sé, pero no quiero, no así.

—Señoras, me alegra ver que están tan unidas, pero no tenemos todo el día. Debemos descansar unas horas antes de partir de nuevo a Londres. Mañana tenemos asuntos que atender allí —el simple sonido de la voz de mi esposo, hace que le odie más a cada instante.

—Por mí podemos regresar en este preciso instante, milord —digo, separándome de mi hermana—. No me agrada la idea de dormir en la misma cama que vos.

—¿Ni siendo mi esposa pronunciaréis mi nombre, querida?

—No os daré ese gusto, milord.

No dice nada, simplemente me coge en brazos y tras abrir la puerta entra en el dormitorio, cerrando con un portazo que posiblemente haya hecho temblar todos y cada uno de los cimientos de la posada.

Me lanza en la cama y apenas unos segundos después está sobre mí, besándome y manoseándome a su antojo, mientras le golpeo el pecho con las manos cerradas en puños.

No quiero esto, no quiero que me tome. No puedo dejar que consume el matrimonio. Si evito que lo haga... podré conseguir que lo anulen, que me liberen de este hombre al que no amo.

Escucho gritos que provienen de abajo. No consigo distinguir las voces, pero sé que son hombres, muchos hombres, gritando algo.

El retumbar de pasos subiendo la escalera llega hasta el dormitorio y, entonces, un estruendo hace que la puerta se abra y al fin respiro sin sentir el peso de lord Wilson sobre mí.

— ¡Maldito seáis, Wyatt! —esa voz, que tanto echaba de menos, es música para mis oídos—
¡Apartaos de mi mujer!

—Escucharos, Hall. ¿Estáis seguro que es vuestra mujer? Es mi esposa, y si nos disculpáis, tenemos un matrimonio que consumir.

—Por encima de mi cadáver —sisea Cedric, con la mandíbula y los puños apretados.

En un rápido movimiento lo coge por los hombros y lo aparta de mí, lanzando uno de los puños hasta el rostro de lord Wilson, haciendo que caiga al suelo.

—Laura, ¿estáis bien? Por favor, decidme que no ha osado...

—Se lo habéis impedido —digo, dejando que me abrace.

—No puedo perderos. Me volví loco cuando desperté en el suelo. Hablé con vuestro padre y...

— ¿Cómo supisteis dónde encontrarnos?

—Era el único lugar al que podían llevaros para obligaros a casaros con ellos.

—Ahora soy una mujer casada —susurro, inclinando la mirada.

—Haré lo que sea necesario para que se anule vuestro matrimonio.

—No será tan fácil, Hall. Deberéis probar que no se ha consumado el matrimonio —el tono envenenado en la voz de lord Wilson me hace estremecer.

— ¡No ha sido consumado, maldito bastardo!

—Os recuerdo que la mujer que tenéis al lado, no es virgen. Bien lo sabéis vos, ¿verdad?

— ¡Juro que os mataré!

— ¡Cedric! Dejadlo por favor. Sacadme de aquí, llevadme a casa.

—Sois mi esposa, Laura, que no se os olvide. No podéis marcharos sin mí.

— ¡Pues lo voy a hacer! —grito, poniéndome en pie y caminando de la mano de Cedric, hasta la puerta.

— ¡No podréis huir de mí! ¡Soy vuestro esposo! —le escucho gritar, pero no me detengo.

Camino hacia el dormitorio de mi hermana y allí está mi padre cogiéndola en brazos para sacarla de este lugar.

—Laura, hija ¿estáis bien?

—Sí padre, casada con el asesino de mi madre, pero estoy bien —digo, sin pensar realmente en lo que acabo de decir.

— ¿Qué habéis dicho? —El rostro de mi padre ha perdido color.

Sus ojos me observan cargados de furia. Kimberly solloza y él, vuelve a calmarse para sacarnos de la posada.

Varios hombres en el pasillo nos rodean y entre ellos distingo a mi hermano, al primo de Cedric y, para mi sorpresa, al joven Justin Jones, el hijo menor del Marqués de Northforest y amigo del padre de Cedric.

En la vuelta a casa de mi padre, el silencio reinó por completo en el interior del carruaje. Mi hermana se quedó dormida en mi regazo poco después de emprender el viaje. Ver lo que ha tenido que pasar hace que se me parta el corazón. Estaba enamorada de un hombre que lo único que hizo fue jugar con ella, con sus sentimientos, dejarle el corazón hecho pedazos.

La mano de Cedric no soltó la mía en ningún momento. Su cercanía era un bálsamo de paz en el tormento que se había convertido mi vida en cuestión de horas. Mi padre no dejaba de mirar por la ventana, sumido en sus propios pensamientos. No había vuelto a salir la conversación de que lord Wilson, fue quien asesinó a mi madre. ¿Por qué lo haría? ¿Por qué provocó el fuego que destruyó mi casa y en el que murió mi madre? Qué es lo que podría tener en contra nuestra para... Mi padre, su única intención era dañar a mi padre, pero él nunca supo que la mujer a la que amó había muerto. ¿Qué ganaba lord Wilson con su muerte?

Cuando el chofer para, despierto a Kimberly, y con ayuda de mi padre y Cedric, bajamos del carruaje. Mi hermano se apresura a bajar de su caballo y corre hacia nosotras, nos abraza, besa y susurra lo mucho que nos quiere.

—Me alegra recuperar a mis hermanas. Han sido los peores momentos de mi vida. Y no queráis saber los de nuestro padre.

—Neal, estamos bien —aseguro, mirándolo a los ojos para que compruebe que es cierto, que no miento.

—¿De verdad no llegaron a tocaros? ¿A ninguna?

—No.

Los sollozos de Kimberly, hacen que ambos nos giremos hacia ella. Se lleva las manos al rostro, escondiéndose de nosotros, y me temo lo peor.

—¿Kimberly? —mi voz es apenas un susurro, pero necesito que ella hable.

—Hermana, hablad, ¡por el amor de Dios! Os aseguro que no ayudáis a que me tranquilice.

—Lo hizo —susurra, mirándonos al fin.

—¡Mataré a ese bastardo!

—¡No! —grita mi hermana, agarrando a Neal del brazo—. Por favor, hermano, yo lo amo y él, a mí.

—Si os amara no os habría llevado a la fuerza para casarse con vos.

—Pero no pudo hacer nada con vos, Kimberly, apenas tuvo que tener tiempo.

—Laura, ese maldito muchacho estaba sobre vuestra hermana cuando entré en el dormitorio. Si Kirk no lo hubiera apartado de mi vista, lo habría matado.

Miro a Kimberly y ella, sonrojada y llorando, sale corriendo hacia la casa. Cuando Eliza le tiende los brazos, mi hermana pequeña se deja abrazar y consolar por nuestra cuñada.

—Neal, amigo —la voz de lord Kirk, el primo de Cedric, llega desde mi espalda—. No hizo

mucho con ella, pero lo justo para que... Bueno, vuestra hermana ya no es doncella.

— ¡Le mato! ¡Juro que mato a Wilson! ¡¡Los mataré a los dos por lo que han hecho con mis hermanas!!

Neal está fuera de sí. Camina hacia su caballo y sube a él saliendo al galope tan rápido como el pobre animal es capaz en este instante. Miro a mi padre que trata de ir tras él, pero Cedric se lo impide.

—Os amo, Laura. Conseguiremos anular ese maldito matrimonio y seréis mi esposa. ¿Os casaréis conmigo?

La mirada suplicante con que me observa hace que las lágrimas broten de nuevo. Las aparta, pasando los pulgares por mi rostro y se inclina para besarme. Me abrazo a él y dejo que el latido de nuestros corazones se vuelva uno y golpeándonos en el pecho al unísono.

—Sí —respondo al fin y veo cómo sonrío antes de ir a su caballo para seguir a mi hermano.

Le acompaña su primo, lord Kirk, mientras que el joven Lord Justin Jones, nos sigue a mi padre y a mí al interior de la casa.

Mi hermana llora desconsolada en uno de los sofás de la biblioteca, mientras nuestra sobrina Maddie, le acaricia el cabello.

—No entiendo cómo pudieron entrar en la casa —dice mi padre, con la mirada fija en mi hermana.

—A mí me cogió en...

—Lo sé, hija. Cedric se culpa por ello. Ni siquiera él sabía por qué había venido. Dijo que tras beber necesitaba veros, pero no se atrevía a entrar en mi casa, la casa de su mejor amigo y cuñado, como un ladrón. Y cuando os vio en el jardín, ya no pudo marcharse. Os ama de verdad, Laura.

—Y yo a él, padre.

—Me alegro de ello, porque en cuanto me contó lo ocurrido, sin saber qué os había pasado hasta que supimos que Kimberly tampoco estaba en la casa, me pidió vuestra mano y yo se la concedí.

—Padre... estoy casada con otro hombre.

—Eso se solucionará.

—No será fácil. Creo que lo hizo a conciencia puesto que cuando me secuestró... yo...

—Sé que sois la mujer de Cedric, tranquila.

—Lord Wilson piensa usar eso como prueba de que él consumó el matrimonio conmigo, aun sin ser cierto.

—Tendrá que conseguir que lo crean y sé que será difícil para él. Tengo buenos abogados, incluso médicos capaces de certificar que ese matrimonio no ha sido consumado jamás.

Capítulo 21



— ¡Laura! —escucho a mi prima Lilly llamarme cuando estoy bajando las escaleras.

Me sorprende ver a mis tíos con mis primas allí, la preocupación en sus rostros es visible. Los Marqueses de Dulwich y sus hijos los acompañan, y cuando llego a ellos recibo besos y abrazos de todos.

— ¡Qué susto mi niña! —dice tía Rose entre sollozos, sin dejar de abrazarme.

—Si ese maldito Wyatt ha osado...

—Tío, está bien. Cedric entró antes de que ocurriera nada.

— ¡Bendito sea lord Hall! —grita tía Rose, separándose de mí.

Vamos hacia la biblioteca y tomamos el té que trae una de las doncellas. Los hombres siguen queriendo que corra la sangre de los hermanos Wilson por osar llevarse a las hijas de un conde a Gretna Green.

Han pasado unas horas desde que mi hermano y Cedric, junto con su primo, se marcharon. Lord Jones, no se ha ido de casa en ningún momento, y su preocupación por el estado de mi hermana mientras estaba descansando en su dormitorio, me ha hecho pensar que tiene cierto interés en ella.

Me disculpo y salgo de la biblioteca, necesito tomar un poco de aire. Cuando salgo a los jardines respiro y dejo que el aire de la noche que ahora me abriga, llene mis pulmones.

Camino hacia el pequeño lago que hay frente a la casa, y el sonido de pisadas a mi izquierda llama mi atención. Es como si mi cuerpo se pusiera en alerta desde que nos sorprendió lord Wilson, la noche que me secuestró.

Voy en silencio hacia el gran roble y cuando distingo la voz de mi prima Violet me paro, procurando que no me vea, y me quedo allí, quieta, siendo testigo de algo que no debería ver, estoy segura.

—Ya no sois esa niña a la que hacía reír. Dejasteis de ser una niña para mí hace tiempo, Violet —esa es la voz de Cameron...

—No deberíais estar aquí. No es apropiado que estemos, vos y yo, a solas.

—Violet, sois tan hermosa... ¿Por qué no habéis accedido a ser cortejada por ninguno de esos pretendientes?

—Porque no me gustan. Espero que pronto llegue el adecuado.

— ¿Estáis diciendo que no hay ninguno que os guste?

—No.

— ¿Seguro que no?

No puedo evitar sonreír al ver a Cameron, acercarse lentamente a mi prima. Acariciarle la mejilla y sostenerla por la cintura mientras la pega al roble, acortando el espacio entre sus cuerpos.

—Lord White, por favor...

— ¡Vaya! Después de tantos años, ¿ahora soy lord White?

—Sois marqués y vuestra madre, os está buscando esposa.

—Pero yo ya he encontrado a la que quiero hacer mi esposa —su voz es ronca, y estoy segura que a Violet, ese susurro no le ha resultado indiferente.

—Y... ¿Quién es? ¿La conozco? —pregunta mi prima, entrecortadamente.

—La conocéis muy bien —y cuando la distancia entre sus labios es demasiado corta para dejar pasar el aire, la besa.

La estrecha entre sus brazos y la besa como si llevara necesitándola toda su vida. Las manos de Violet, se posan en el torso de Cameron y se aferran a la camisa mientras se deja hacer.

Me siento una intrusa en mitad de la noche. Estoy siendo testigo del que, sin duda, es el primer beso de mi prima y estoy tan feliz por ella, que no me he percatado de que tengo a alguien a mi espalda hasta que escucho que susurra junto a mi cuello.

—No deberíais espiar a dos amantes, amada mía.

Por el susto, no puedo evitar dar un pequeño salto y cuando estoy a punto de gritar, siento los labios de Cedric, apoderarse de los míos.

Me rodea con las manos por la cintura y me pega a él. Siento el calor que desprende su cuerpo y me aferro a los brazos que me sostienen.

Nuestras lenguas se entregan como si hiciera tiempo que no lo hacen. Hay hambre en ese beso, en la forma en que me abraza y me hace sentir amada, deseada y, sobre todo, protegida.

—Si os hubiera pasado algo, yo... —susurra con su frente pegada a la mía. Cierra los ojos y respira honro, estrechándome aún más entre sus brazos.

—Estoy bien.

—Pero ese maldito Wyatt os llevó para casarse con vos. Sois mi mujer desde hace noches y ahora sois la esposa de otro. Siento que estoy haciendo mal por besaros, por desearos y querer teneros entre mis brazos, en la cama, pero no puedo evitarlo. Os amo demasiado, Laura. Amada mía...

—Yo también os amo, Cedric.

Vuelve a besarme y siento el calor de las lágrimas en el rostro, haciendo que el sabor salado se

entrelace con nuestras lenguas.

—No quiero veros llorar. A no ser que las lágrimas que derramáis sean de felicidad, no quiero que lloréis.

—Si no hubiera sido por vos...

—No lo digáis. Ni siquiera puedo pensar en que ese hombre os habría hecho suya si no llego a tiempo. No soportaría saber que otro ha estado en el cuerpo de la mujer que amo. Ya se me hace imposible controlarme y no matarlo por el hecho de que os besara y os tocara. Se atrevió a coger lo que es mío. Me pertenecéis desde hace cinco años.

—¿Los encontrasteis? —pregunto, acariciando la tela de la camisa, sintiendo en las palmas de las manos el calor que desprende y el latido, rápido y fuerte, de su corazón.

—No, no estaban en su casa. Tampoco en la fábrica. No sé dónde podrían haberse escondido, pero seguro que mañana estarán en Londres para hacer lo que sea que tengan en mente.

—Cedric, creo que el joven Wilson... —Tal vez me equivoqué, quizás lo que vi en los ojos de Lord Timothy Wilson, no era arrepentimiento, ni sufrimiento, pero puede que sí— Creo que Timothy de verdad ama a mi hermana. La abrazaba con cariño. Es posible que todo lo hiciera influenciado por su hermano.

—No lo sé, pero hay mejores maneras de casarse con una mujer. Si Timothy se hubiera dignado a hablar con vuestro padre, si sus sentimientos de verdad eran sinceros, estoy seguro de que el conde habría aceptado el matrimonio, siempre que no tuviera nada que ver con Wyatt.

—¿Creéis que pueda volver a intentar algo? Tengo miedo de que aparezca de nuevo en la noche y me lleve.

—Espero que no. Vendréis a mi casa, allí no intentará nada y yo podré protegeros.

—¡No! No puedo dejar sola a mi hermana, ella me necesita.

—Ella también vendrá. Está hablado con vuestro hermano y él, está de acuerdo conmigo.

—Pero...

—Laura, tranquilizaos. Estaréis en un dormitorio vos sola. Aunque desearía teneros en el mío cada noche, sé que hasta que no solucione vuestro asunto, no podré teneros como ansío.

Me abrazo a él y dejo que el llanto me invada. No puedo evitar las lágrimas. Me estrecha entre esos brazos tan fuertes que tanto anhelo por las noches y me acaricia la espalda al tiempo que susurra que todo saldrá bien.

Quisiera pensar que así será. Que todo acabará solucionado y que podré romper el matrimonio al que me vi obligada a acceder.

Pero hay algo que aún sigue rondando mi mente. ¿Por qué Lord Wyatt Wilson, quiso matarnos a mi madre y a mí?

—Cedric —rompo el abrazo y lo miro. Me seca las mejillas con los pulgares y deja un suave beso en mi frente.

—Decidme, ¿qué os preocupa?

— ¿Por qué provocaría lord Wilson el incendio de mi casa? No tiene sentido. No podía conocer a mi madre. Es... es todo tan extraño.

—Creo que descubrió de algún modo que vuestro padre había tenido una amante. Debíó investigar hasta dar con vuestra madre y tal vez, en su intento por hacerle daño y conseguir ser socio de alguna de las fábricas, por eso quiso arrebatarle algo que él sabía que vuestro padre siempre quiso. La conversación que tuve con vuestro padre me hizo saber que, a pesar de no haberos conocido nunca, siempre estuvisteis en su pensamiento.

—Yo nunca supe quién era mi padre. Mi madre jamás me lo contó. Y mi tío... guardó el secreto de su hermana incluso después de morir. Pero los Marqueses de Dulwich sí supieron quién era mi padre, al menos al poco tiempo de conocerme.

—Laura, tanto vuestras primas como vos, sois las protegidas de las mejores familias de Londres. Amada mía, cuando seáis mi esposa estaréis mucho más segura que nunca, nadie osará haceros daño. No permitiré que nadie se atreva a poner en duda vuestra procedencia. Sois hija de una mujer sencilla y humilde que os hizo una gran dama, pero también sois hija de un conde, uno de los más importantes de la ciudad.

— ¿Me prometéis que el matrimonio con lord Wilson quedará anulado?

—Os lo juro, Laura.

—Espero que sea pronto, pues no hay nada que deseé más, que ser vuestra esposa.

—Y lo seréis, aunque me lleve meses conseguirlo, lo seréis.

Capítulo 22



El paso de los días sin tener noticias de lord Wilson, se ha convertido en un calvario para mí. Sigo casada con él y ese tormento me pesa como si de gruesas cadenas amarradas en mis tobillos se tratara.

Mi padre habló con los abogados, tratando de encontrar la manera de anular los matrimonios de sus dos hijas. Incluso tiene certificados médicos, falsos, que afirman que tanto Kimberly, como yo, aún seguimos manteniendo nuestra pureza intacta.

Vivir en casa de los Condes de Harringay es cómo vivir con mis tíos, o con mi padre. La joven lady Masie mantiene distraída a mi hermana con sus charlas y las tardes de lectura, o costura, en la biblioteca. Lady Esme, la condesa, se ha convertido en un gran apoyo para mí. Paseamos cada tarde por el jardín, siempre acompañadas por Star y vigiladas, a una distancia de lo más prudente, por dos de los hombres que Cedric contrató para tal fin.

Me ha hablado del niño que era Cedric cuando le conoció. De lo mucho que quiso a su madre y de lo difícil que le hizo a ella formar su primer año de estancia en la casa del conde. Hasta que le dijo que iba a tener otro hermano, o hermana.

El niño rebelde y algo respondón, solamente con ella, se convirtió en su sombra. Quería que nada pudiera pasarle ni a ella ni al bebé, y fue entonces cuando, a pesar de que ella apenas era siete años mayor que él, la aceptó como a una madre.

Cuando nació Masie, siempre estaba pendiente de su hermanita pequeña, cuidaba de ella, al igual que de Eliza, y siempre ha sido así. No hay más que ver el cariño con el que las mira hoy en día, cómo las cuida y se preocupa por ellas.

En el tiempo que llevo viviendo con la familia Hall, he sido testigo de los abrazos que el gran y testarudo Cedric Hall, le da a su hermana pequeña. Simplemente, la adora.

— ¿Milady? —la voz de uno de los hombres que me acompaña cuando paseo sola, hace que abandone mis pensamientos.

— ¿Sí?

—Me ha informado una de las doncellas que tenéis visita. Se trata de vuestra prima Violet.

—Bien, entonces vayamos a recibirla, Conrad —sonrió ante su gesto mientras me sonrío, pues, a pesar de que él me insiste en que no le llame por su nombre, yo no lo obedezco—. No me

miréis así, sabéis que no os llamaré de otro modo que no sea por vuestro nombre.

—Pero milady, si lord Hall se entera... No quisiera que pensara que... que yo...

— ¿Que me cortejáis? O tal vez que piense que yacéis conmigo. Tranquilo, no pensaría eso, y de ser así, yo misma lo negaré todo.

—Sois una joven muy testaruda. Ahora entiendo por qué lord Hall se exaspera en ocasiones.

—Bueno, nadie dijo que tener esposa fuera fácil para un hombre.

—Ese es el motivo por el que no me casé, milady.

La sonrisa de Conrad y esa mirada pícaro que me muestra, hacen que ría a carcajadas. ¿Cómo evitarlo? Es imposible. No es un hombre tan mayor, quizás de la edad de lady Esme, y es atractivo, atento y protector. No entiendo por qué no hay una esposa esperándole en casa.

Cogida del brazo de mi guardia personal, camino por el jardín hasta llegar a la casa mientras me cuenta que siguen sin noticias de lord Wilson.

Es increíble que ese hombre no haya dado aún señales de vida puesto que soy su esposa, aunque me pese, y ya debería haber tratado de llevarme a su lado. A la fuerza, claro está.

Entramos en casa y al llegar a la biblioteca, Violet se levanta del sofá y corre hacia mí, me abraza y no deja de reír.

— ¿Puedo saber a qué se debe tanta alegría, prima? —pregunto una vez que se aparta de mi lado.

—Cameron... él... él me...

— ¡Hay, lady Violet! Hablad que al final nos dará un ataque a todas —dice lady Masie.

—Sí. Hermana, es increíble. Desde que ha entrado por esa puerta —dice Kimberly, señalando la entrada a la biblioteca—, no ha parado de reír y balbucear, pero no ha querido contarnos nada hasta que llegais. ¡Estoy a punto de desmayarme por los nervios!

— ¡Me ha besado, prima! —grita Violet, al fin.

Mi hermana y lady Masie, se quedan mirándola con los ojos tan abiertos, que juraría están a punto de salirseles. Yo, que ya sabía que eso había ocurrido, finjo no ser consciente de ese hecho y, llevando la mano al pecho acompañada de un leve grito de sorpresa, también la miro fijamente.

— ¿Qué habéis dicho, lady Violet? —pregunta lady Masie, aún asombrada.

— ¡Que me besó! La noche que fuimos a veros, cuando os trajeron de Gretna Green. Salí al jardín de vuestra casa para estar sola. Sabéis que amo en secreto a Lord Cameron White, y tenerlo tan cerca sin poder hablarle de ello, para mí es un tormento. Entonces llegó él, hablamos y quiso saber por qué no aceptaba a ninguno de mis pretendientes. Y me dijo que él ya había escogido esposa. ¡Quise morirme en ese instante! Hasta que me besó, y después me confesó que se había enamorado de mí y ni siquiera sabía cómo había pasado.

— ¡Eso es maravilloso, prima! —digo abrazándola— ¿Ha hablado ya con vuestro padre?

—No. Dice que esperará a que acabe la temporada. Que si encuentro alguien que me guste...

— ¿Pero no le habéis dicho que también estáis enamorada de él? —pregunta lady Maise.

—No —Violet inclina la mirada hacia el suelo, sin dejar de frotarse las manos, y se sienta en el sofá—. No quiero que sepa mis sentimientos, al menos aún. ¿Y si es mentira lo que dijo y no siente eso por mí? Y si... ¿Y si tan solo es un capricho pasajero de un joven? Además, su madre le está buscando una buena candidata para ser la futura Marquesa de Dulwich.

—Y esa seréis vos, prima. ¿Es que no veis el modo en que os mira? ¡Pero si en cada baile se enfurece cuando bailáis con otro que no es él!

—Laura, tal vez lo haga porque... no sé por qué, pero tengo miedo de no ser lo que él, finalmente desea.

— ¿Y qué esperáis, lady Violet? —pregunta mi hermana— ¿Acabar la temporada y empezar la próxima así, soltera y esperando que la madre de lord White le encuentre una esposa? Estaréis loca si perdéis al hombre al que amáis. Tenéis la oportunidad de estar con él, de ser su única mujer...

—No seré la única. O al menos, no seré la primera para él— interrumpe Violet, poniéndose en pie y caminando hacia la ventana.

—Pero él os ama a vos, prima —me acerco a ella y la abrazo cuando siento que su cuerpo se sacude por los sollozos—. Violet, los hombres no son como nosotras. Ellos no esperan a la que será su mujer para... Bueno, para hacerse hombres, vaya.

—Cierto. ¿Creéis acaso que Lord Jude Jones, no ha estado nunca con una mujer? Es igual de joven que lord White, querida, y sé a ciencia cierta que han pasado varias mujeres por su cama.

— ¿Cómo podéis saberlo? ¿Habláis con él de esas cosas? —pregunta Kimberly.

— ¡Hay, cuñada! Soy joven, pero muy curiosa —dice en un susurro— Mis padres y los suyos son muy amigos, desde siempre, y a veces paseamos a solas por el jardín de esta casa, o por el de la suya. La primera vez que le pregunté si había estado con alguna mujer, fue el año pasado, cuando empezamos la academia. Se sonrojó y me dijo que no debería hablar con una dama como yo de esas cosas. A lo que le respondí que nos conocíamos tanto que era como si fuera mi primo. Así que al final me contó que dos de las doncellas de su casa habían sido sus amantes. Ya no trabajan en la casa, su madre se enteró y no tuvo más remedio que buscarles trabajo en otra casa y, por supuesto, no podían hablar de eso con nadie.

— ¡Menudo insensato! ¿Y si hubiera quedado alguna de ellas encinta? Ahora había algún futuro heredero al título por ahí... —dice Violet.

—Cierto, pero afortunadamente no lo hay. Los únicos herederos a ese título serán mis hijos.

Nos quedamos mirando a lady Masie que, tras decir esas palabras, se mira las uñas como si no hubiera pasado nada. Estallamos en carcajadas y pasamos el resto de la tarde hablando sobre lo que les espera en la cama con un hombre.

Para bien o para mal, soy la única de las cuatro que tiene experiencia así que... me preguntan y a pesar de mis mejillas sonrojadas y mi pudor, les hago partícipes de mis cortas vivencias con mi futuro esposo.

Llega la noche y no hemos sabido nada de Cedric. Lady Masie y yo, hemos cenado con sus padres y tras la cena me he disculpado para ir a mi dormitorio.

Con la ayuda de Lis, mi doncella, me quito el vestido y disfruto del baño que me ha preparado. Desde que vivo en Londres tomo uno antes de acostarme, eso me ayuda a relajarme y mantiene alejadas las pesadillas con el día en que perdí a mi madre.

Me pongo el camisón, la bata y cojo el cepillo al tiempo que me siento frente al espejo de mi tocador. Cepillarme el cabello hace que recuerde a mi madre. Le gustaba hacerlo antes de que me fuera a dormir, decía que la suavidad de mis cabellos le recordaba a la seda con la que confeccionaba algunos vestidos.

Me acerco a la ventana y contemplo la Luna, tan sola en la inmensidad de la noche, tan quieta y brillante.

Doy un leve grito de sorpresa cuando noto las manos de Cedric en mis hombros y un beso en el cuello.

—No quería asustaros —susurra, abrazándome como si temiera perderme.

— ¿Qué ocurre? No venís ninguna noche aquí.

—Os necesito, Laura. Esta noche necesito saber que sois mía.

—Y lo soy. ¿Dudáis de mí?

—No, de vos no.

— ¿Es que acaso...? —Temo preguntar por lo que pueda responderme.

Ni siquiera lo miro, sigue abrazándome con el cuerpo pegado al mío y siento que su corazón late demasiado rápido.

—Cedric, ¿es que vos no estáis seguro de querer casaros conmigo?

—Nunca he estado más seguro, amada mía, pero el maldito Wyatt...

Está en Londres y ha hecho saber a todo el mundo que sois su esposa, su mujer.

—Seré su esposa por un maldito papel, pero no su mujer. No es el dueño de mi cuerpo, ni de mi corazón —digo, girándome para mirarlo a los ojos.

Están vidriosos, como si cientos de lágrimas lucharan por salir de ellos y él se resistiera.

—Soy vuestra, Cedric, vuestra mujer y futura esposa. Vos, y solo vos, sois dueño de mis besos, todo mi ser os pertenece, soy y seré siempre vuestra, en cuerpo y alma —le cojo la mano y la dejo sobre mi pecho, de modo que ambos podamos sentir cómo me late el corazón. Y, haciendo más las que fueran sus palabras, aseguro—. Late por vos, Cedric.

Acorto la distancia y lo beso sin apartar las manos de mi corazón. Deseo que sepa que es

cierto que le amo, que todo mi ser le pertenece solo a él.

Apenas tenía quince años cuando lo vi por primera vez. Ni siquiera recordaba su rostro, pero esos ojos... jamás los olvidé.

Cogiéndome en brazos me lleva hacia la cama, me recuesta en ella y acaricia con las manos todo mi cuerpo.

Nuestras respiraciones se vuelven más rápidas. Los besos más hambrientos y las manos de Cedric, pasan por debajo del camisón.

Siento que mi intimidad le reclama, le desea. Ansía que los dedos de mi amado la toquen, y como si leyera mis pensamientos, me acaricia haciendo que un gemido de placer resuene en el silencio de mi dormitorio.

—Os amo, Laura.

—Y yo a vos, Cedric.

Sus hábiles manos consiguen que me estremezca y estalle en el placer más absoluto. Devoro esos labios que tanto deseo y lo ayudo a quitarse la ropa.

Completamente desnudo, así lo tengo frente a mí. Es la primera vez que contemplo su cuerpo y puedo sentirlo bajo las manos. Tiene la piel suave, cálida y unos músculos tan marcados, que no puedo evitar apretarle los brazos.

Aprovecho que está arrodillado entre mis piernas y me incorporo para besarle el pecho, al tiempo que le acaricio la espalda, tan fuerte y suave a la vez. Dejo un camino de besos hasta llegar al cuello y escucho su jadeante respiración.

—Amadme, Cedric, amadme esta noche como si fuera la última —susurro mientras siento las lágrimas resbalando por las mejillas.

Me abraza y vuelve a besarme, mientras retira la bata y después me quita el camisón.

Me recuesta y, tras abrirme las piernas con la rodilla, me acaricia la mejilla sin apartar los ojos de los míos.

—Os amaré el resto de mi vida, cada día y cada noche. Siempre, amada mía.

Siento cómo me penetra y al tiempo que arqueo la espalda, y me sujeto con toda mi alma a sus brazos.

Nuestros cuerpos se vuelven uno. La Luna que brilla sola en la noche, es testigo de los besos, las caricias y las palabras de amor susurradas que rompen el silencio de mi dormitorio.

Le rodeo la cintura con las piernas y siento que las penetraciones así, son más profundas. Me estremezco y siento que en mi interior todo se prepara para él, para entregarme y recibirlo.

Me da un último beso y pega la frente en la mía. Nuestros ojos se encuentran y sonrío. Aumenta el ritmo de las embestidas y acompasamos el movimiento de caderas, al tiempo que nuestros gemidos resuenan en el dormitorio.

—Os amo y me entrego a vos, como vos os entregáis a mí —digo, acariciándole la mejilla.

—Os amo y me entrego a vos, como vos os entregáis a mí —me responde, como si acabáramos de decir nuestros votos.

Tras sus palabras, ambos nos dejamos llevar por la pasión. Le abrazo y susurro su nombre, mientras me besa el cuello y esperamos que las últimas sacudidas del placer compartido se alejen.

Se recuesta en la cama conmigo aún entre sus brazos y me besa el cuello, al tiempo que la mano pasa, lentamente, acariciándome la espalda.

—No quiero pasar ninguna noche más separado de vos. Quiero que durmáis conmigo.

—No creo que sea lo más apropiado. Si alguien se enterase...

—Laura, todos saben que lord Wilson os obligó a casaros con él, en contra de vuestra voluntad. Saben que habíais aceptado ser mi esposa.

—Pero si no habíamos hablado con nadie.

—Mi amor, ser la hija de un conde tiene sus ventajas. Todos vuestros protectores, al igual que vuestros tíos, aseguran que habíamos concretado fecha para nuestro matrimonio, pero que íbamos a esperar para hacerlo público.

—Así que sois influyente al ser conde.

—Todos cuantos nos rodean lo son —susurra, antes de besarme.

—Pero, lord Wilson...

—No quiero hablar más de él esta noche. No quiero que su nombre ensucie el momento que hemos compartido. Sois mi mujer, y eso nadie conseguirá que deje de ser así.

Me aferro a él y cierro los ojos, dejando que el latido de su corazón me tranquilice. Le acaricio el pecho y antes de que pueda ser consciente, caigo en un profundo sueño.

Capítulo 23



Unos gritos que provienen de abajo me despiertan. Toco la cama, pero el lugar en el que Cedric debería estar, se encuentra vacío.

Me incorporo y al sentir frío en el cuerpo, soy consciente de que he dormido desnuda.

Los gritos siguen por lo que me apresuro a ponerme el camisón y la bata. Salgo del dormitorio y cuando llego a la entrada de la casa desearía no haber bajado.

— ¡Maldita ramera! —grita lord Wilson, completamente fuera de sí.

Apenas me da tiempo a ser consciente de lo que va a ocurrir, cuando un escozor palpitante me inunda la mejilla derecha.

Me ha pegado. Este hombre me ha dado tal bofetada que ha conseguido que trastabillo y caiga sentada sobre la escalera.

— ¡Sois una ramera como lo fue vuestra madre! —sigue gritando, mientras me agarra los brazos, zarandeándome.

— ¡Soltadla! —me llega la voz de Conrad, pero estoy tan conmocionada que apenas la escucho en la lejanía.

— ¡Es mi mujer! Ese bastardo de Hall... ¡Se la llevó! Y he venido a recuperarla.

—Jamás saldrá de esta casa. La señora Hall se queda aquí —asegura Conrad y eso sólo hace que lord Wilson, se enfurezca más.

— ¿La señora Hall? ¡No me hagáis reír! ¡Es mi esposa, es Lady Wilson, Duquesa de Westland!

—No es lo que tengo entendido, y si pensáis sacarla de esta casa —Conrad saca su arma, esa que siempre le acompaña, y apunta al que aún es mi esposo—, será por encima de mi cadáver.

—Bien, no tengo tiempo para pelear con un estúpido como vos. ¡Me la llevo a casa!

Y sin más, me carga como hizo el día que me secuestró. Ni siquiera tengo fuerzas para luchar contra él. Miro a Conrad y niego, impidiendo de ese modo que haga cualquier locura y pueda resultar herido.

— ¡Laura! —el grito de Kimberly, hace que mire hacia la planta de arriba.

Está agarrada a la barandilla, llorando y asustada. Sonrío y trato de calmarla, pero, ¿cómo conseguirlo si ni yo misma lo estoy?

—Tranquila, hermana, todo irá bien. Volveré, te lo prometo.

— ¡Jamás pisaréis esta casa! Sois mi mujer, aunque os pese. Estáis casada conmigo y así ha quedado constatado ante los Tribunales. Ni los abogados de vuestro padre, ni ese falso certificado médico han podido anular el matrimonio.

Las palabras de lord Wilson hacen que todo mi mundo se derrumbe. ¿Cedric, lo sabría? Tal vez por eso anoche entró en mi dormitorio y quiso saber que lo amaba, que le pertenecía. Que soy suya.

—Laura... —Los sollozos de mi hermana me parten el corazón. Me coge la mano y me mira, suplicante, para que luche y me quede aquí.

—Kimberly, por favor, no lloréis. Decidle a Cedric que... —respiro hondo, cierro los ojos y siento las lágrimas resbalando por el rostro. Vuelvo a mirarla y sonrío— Decidle que todo lo que hablamos anoche, es cierto.

Tras esas palabras, y mientras el hombre que es mi esposo me carga como un fardo de paja, veo la figura de mi hermana cada vez más lejos.

Conrad la mantiene abrazada mientras sus manos están apretadas en puños.

— ¡Juro que os traeré de vuelta, milady! —grita, haciéndome sonreír.

Mi esposo, el asesino de mi madre, me deja en el carruaje y se sienta a mi lado.

Me observa furioso y al fin rompe su silencio.

—Oléis a él, no sois más que una maldita ramera. Podría acusaros de adulterio, ¿lo sabíais?

—Podéis acusarme de lo que os plazca, no soy vuestra mujer y jamás lo seré. No os amo, y nunca lo haré, me secuestrasteis para obligarme a casarme con vos y lo hicisteis estando ya prometida con un conde.

—Me importa poco con quién estuvierais prometida. Sois mi esposa, y pienso consumir nuestro matrimonio esta misma noche.

Las horas en la casa de lord Wilson pasan tan lentamente que juro que estoy a punto de volverme loca.

Cuando llegamos, me dejó en nuestro dormitorio y ordenó a una de las doncellas a ayudarme a tomar un baño. Cuando acabamos, me ayudó a vestirme y ponerme hermosa y presentable como la duquesa que era.

Obligada, bajé a la biblioteca y, sentada al lado de mi esposo, atendimos a las visitas que con gusto venían a presentar sus respetos hacia mí.

Sarta de mentirosos y aprovechados, todos sabían que me había obligado a casarme a la fuerza, incluso que estaba prometida a lord Hall. El tiempo que han estado tratando de anular nuestro matrimonio no se hablaba de otra cosa en los periódicos, pero yo jamás lo supe porque los mantenían alejados de mí y de Kimberly.

Y aquí estoy ahora, en el salón, cenando o al menos intentándolo porque soy incapaz de probar un solo bocado.

— ¿No os gusta, esposa mía?

—No tengo apetito.

—Debéis comer, no quiero que caigáis enferma.

Antes de que pueda hablar, escuchamos un gran estruendo. Me pongo en pie, al igual que él, y salimos corriendo hacia la entrada, de donde vienen los gritos de un hombre.

Al llegar, veo a Lord Timothy Wilson gritando. Completamente borracho y fuera de sí.

— ¡Os odio! Odio que seáis mi hermano —dice atropelladamente. El alcohol ingerido apenas le deja hablar.

—Hermano, calmaos. ¿Qué os ocurre?

—Mi esposa, eso me ocurre. Yo la amo, ¿sabéis? Siempre la he amado. Y me obligasteis a llevarla allí y hacerla mi esposa. ¡Incluso tuve que tomarla sin su consentimiento!

— ¡Oh, por favor! Si apenas la disfrutasteis.

— ¡Lo suficiente para que quedara embarazada, maldito seas!

Me quedo sin aire, sin respiración, no me salen las palabras. ¿Mi hermana está embarazada? Pero... ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Milord, ¿cómo estáis seguro de eso? —pregunto al fin, acercándome a él, que llora arrodillado en el suelo como un niño.

—Porque la amo y no podía estar sin verla. Anoche fui a vuestra casa, quiero decir, a la casa de lord Hall. Conseguí hablar con ella y me aseguró que el día de nuestra boda quedó embarazada. Tenéis una hermana muy valiente, y fue sola a ver a un médico hace unos días.

—Kimberly... —Me pongo en pie y me enfrento a mi esposo, gritando como nunca antes lo había hecho— ¡¡Me necesita!! Debo irme ahora mismo, debo estar con mi hermana.

—Jamás saldréis de esta casa, sois mi esposa.

— ¡Me quitaré la vida! Si no me dejáis ir ahora mismo a ver a mi hermana, ¡juro que me quitaré la vida y pesará sobre vuestra conciencia!

Camino hacia la puerta y entro en el carruaje, no va a detenerme este maldito hombre.

El chofer emprende el camino cuando se lo exijo, enfadada y gritando, y me lleva a casa de los Hall.

Escucho que lord Wilson grita y miro por la ventana. Su hermano menor, a lomos de su caballo, nos sigue y él va detrás tratando de impedirnos llegar a la casa.

Pero no lo logra, pues antes de lo que esperaba estoy bajando del carruaje y entro en casa de mi amado gritando el nombre de mi hermana.

Cuando todos salen del salón, Cedric corre para abrazarme y rompo a llorar.

— ¿Qué hacéis aquí? Os daba por perdida...

—He venido a ver a mi hermana. Está embarazada.

— ¿Qué? —la voz de mi padre suena a espaldas de Cedric. No sabía que estuviera aquí.

Lo miro y veo que mi hermana está temblando.

—Hija, decidme que vuestra hermana miente.

—No miente —dice Lord Timothy Wilson, entrando en la casa—. Me lo contó anoche. Necesito a mi esposa y a mi hijo en mi casa, conmigo.

— ¡Pero qué sandeces decís, lord Wilson!

—Padre, por favor... —la voz de mi hermana es apenas un susurro. Me acerco a ella y la abrazo. Sé que me necesita y por eso he venido.

—Ninguna será feliz, padre, pero debo llevar a Kimberly conmigo. Esto no puede manchar más vuestro nombre —digo, cogiendo la mano de mi padre.

—Hija... no puedo perderos a ambas.

— ¡Laura! —el grito de mi esposo llega desde la calle. Sin duda, no quiere entrar en esta casa— Será mejor que salgáis y volváis a casa conmigo. ¡Sois mi esposa!

Con mi hermana cogida del brazo, camino hacia la puerta y miro por última vez al hombre al que amo. Me pongo de puntillas, y acariciándole la mejilla le doy nuestro último beso y le aseguro cuánto lo amo.

—No gritéis más, milord —digo cuando estoy cerca de él—, ya podemos volver a esa cárcel a la que vos llamáis casa.

—No me provoquéis. ¡Al carruaje!

—¡¡Dejad de gritarla!! Jamás será vuestra, lord Wilson. ¡Os lo juro! —la voz de Cedric hace que sonría. Me ama, de verdad lo hace y sé que luchará por mí hasta conseguir que vuelva. Lo miro por última vez y entonces, se oye un estruendo. Ni siquiera he sido consciente de lo que iba a ocurrir.

El grito de Kimberly, hace que me gire y veo caer el cuerpo de mi esposo al suelo. La sangre mana de su hombro y cuando hace intento de coger su arma, veo a Conrad pisarle el brazo herido.

Capítulo 24



Observo a Conrad, pero él no tiene el arma en la mano.

Entonces, ¿quién ha disparado?

—Os odio hermano —dice Lord Timothy,
acercándose a mí.

— ¿Milord? —pregunto sin poder apartar la
vista del arma que lleva en sus manos.

—Lady Laura, ese hombre es mi hermano, pero jamás
estuve de acuerdo con nada de lo que quiso hacer. Hace años intentó casarse con
lady Eliza, y al no conseguirlo buscó el modo de hacerse con la fábrica de
vuestro padre. Supo de la existencia de vuestra madre, y de la vuestra. Él,
provocó el incendio en la casa.

Un grito sale de mi pecho al tiempo que las lágrimas
me cubren el rostro.

—Si no hubierais salido aquella mañana, vos no
estaríais aquí. Cuando mi hermano os conoció y supo cómo perdisteis a vuestra
madre, urdió un plan para conquistaros y si eso fallaba, yo debía casarme con
vuestra hermana, pero me enamoré de ella de verdad. Es cierto, Kimberly, os amo
y, aunque nuestra boda no fue como debería haber sido, quiero que sigáis siendo
mi esposa. Lord Coleman, os imploro perdón y quiero que me permitáis seguir
casado con vuestra hija, porque la amo.

— ¡Sois un maldito traidor! —grita Lord
Wyatt Wilson, desde el suelo.

—Lady Laura, por favor, estad tranquila, vuestra
hermana no está embarazada. No la toqué el día de nuestra boda, jamás lo hice.

— ¡Juro que os mato, hermano!

En un rápido movimiento, aun herido y estando tirado
en el suelo, Lord Wyatt Wilson, consigue zafarse de Conrad, saca un arma y
dispara a su hermano que, habiendo previsto la intención de éste, también
dispara.

Ambos caen al suelo, con la sangre empapando sus
camisas.

Kimberly se arrodilla junto al hombre al que ama, lo
abraza y le suplica que no la deje.

—Sois libres, mi pequeña Kim, vuestra hermana y
vos, sois libres —dice en apenas un susurro—. Os he amado como
nunca antes amé, os lo juro. Por favor, prometedme que seréis feliz. Olvidadme
y casaros con un hombre que os ame, y amadle vos. Sois una gran mujer.

—Timothy... por favor... no me dejéis. Mi padre os
concede mi mano, os lo aseguro.

—Os amo, pequeña, siempre lo haré, esté donde esté.

Cierra los ojos y todos vemos cómo se le ha ido la vida. El llanto desgarrador de mi hermana me rompe el alma y me arrodillo a su lado para abrazarla.

Miro a Conrad, que confirma la muerte de Lord Wyatt Wilson y ayudo a mi hermana a levantarse. Miro a mi padre, que sabiendo lo que le estoy diciendo sin palabras, asiente y nos acompaña a la casa.

Dejamos a todos abajo mientras Kimberly y yo, subimos a su dormitorio. No voy a dejarla sola en este momento. Debería estar en casa, con nuestro padre, pero no voy a dejarla sola con el dolor de la pérdida del hombre al que al ama.

Recostadas en su cama, abrazadas y más tranquilas, al fin mi hermana rompe con su silencio.

—Anoche vino para avisarme de lo que pensaba hacer su hermano.

Sigo acariciándole la espalda y la dejo que ella hable cuando crea oportuno.

—Me pidió que avisara a Conrad, que él debía dejaros marchar sin poner mucho impedimento.

—Por eso no nos siguió hasta el carruaje.

—Sí, todo estaba planeado. Aunque parezca que no, él también os conocía un poco y... Sabíamos que al deciros que estaba embarazada, querríais venir. No quería matar a su hermano, solo un disparo de advertencia y conseguir que os librara del matrimonio. No contábamos con que lord Wyatt disparara.

—Siento que hayáis perdido al hombre al que amabais.

—Lo amaré siempre. Jamás podré olvidarlo.

Le abrazo y no dejo de acariciarle la espalda hasta que siento que su respiración se ha calmado.

Cierro los ojos y pensando en el día que hemos vivido, finalmente me quedo dormida.

Capítulo 25



La temporada de bailes al fin llegó a su fin. Han pasado dos meses desde que ambos hermanos Wilson murieran en los jardines de la casa de los Hall.

En ese tiempo, y tras mucho hablar con los padres de ambos, se llegó al acuerdo de que ni Kimberly ni yo, queríamos nada que viniera de ellos. Es cierto que éramos sus esposas, teníamos derecho a una más que sustanciosa cantidad de herencia, pero la rechazamos y les pedimos que donaran parte de ellas a orfanatos y hospitales.

Lady Nancy Brooks, se casó finalmente el mes pasado con Lord Leonard Walker. Ambos son jóvenes aún, pero no querían esperar más tiempo puesto que hacía mucho que se pertenecían el uno al otro.

Hoy se casa Lady Tabitha Lewis, prima de mí, ya oficialmente, prometido Cedric con Lord Ethan Morris, amigo de mi hermano Neal. Y también tendrá lugar la boda de lady Charis, hermana menor de lord Ethan, con Lord Hunter Walker.

Ambas bodas se celebrarán a la vez en la casa de la familia Morris, donde ya está todo dispuesto en los jardines.

— ¿Impaciente porque llegue nuestro día, amada mía? —pregunta Cedric, rodeándome con los brazos.

—Mucho, no veo la hora de ser vuestra esposa al fin.

—Yo también lo ansío, mi amor.

—Cedric, hay algo que quiero deciros...

— ¡Lady Laura! —la voz de lady Nancy llega a mi espalda y me giro para recibirla.

—Duquesa de Ilford, es un placer volver a verla. ¿Cómo fue vuestra luna de miel?

— ¡Por favor, no me llaméis duquesa!

—Tesoro, sois duquesa. Parece que a mi esposa a veces se le olvida su nuevo estatus —dice lord Leonard, entre risas.

—No lo olvido, es solo que no quiero que mis amistades me llamen así. ¡Sigo siendo lady Nancy!

—Está bien, no volveré a llamaros duquesa, salvo cuando estemos con más espectadores —digo sonriendo.

—Gracias, eso está mejor. Condesa de Harringay.

Estallamos en sonoras carcajadas y escucho una breve risilla a espaldas de lady Nancy. Cuando ella se percata, se gira y coge de la mano a una joven menuda, de cabellos rojizos y mirada verde como el jade.

—Milady, milord, dejadme que os presente a Lady Raven Walker. Es prima de mi esposo y lleva unos días viviendo en casa. Acaba de perder a sus padres y... vivirá con nosotros, aquí en Londres, a partir de ahora. Raven, ellos son Lord Cedric Hall, y su prometida, Lady Laura Sanders, futuros Condes de Harringay.

—Encantada de conoceros, milady. Milord —dice lady Raven, haciendo una reverencia.

—El placer es nuestro. Sabed que os entiendo, yo perdí a mi madre hace años y vine aquí a vivir con mis tíos —digo, cogiéndole la mano—.

Cualquier cosa que necesitéis, por favor, contad conmigo.

—Gracias, milady.

—Y llamadme Laura —digo en un susurro, a lo que ella responde con una amplia sonrisa.

—Pero si los Duques de Ilford nos honran con su presencia —la voz de Lord Kirk Lewis, primo de mi prometido, llama nuestra atención.

Entre risas los recién casados nos cuentan su luna de miel y, cuando soy consciente de las miradas furtivas que el hombre al que ya puedo considerar mi primo, dirige a lady Raven, les presento.

—Es un placer conoceros, milady. No parecéis prima de los hermanos Walker, vos sois mucho más hermosa —dice lord Kirk, con una voz tan ronca, que hasta yo he sentido un escalofrío.

Un tímido gracias, acompañado de un sonrojo de mejillas sale de los labios de lady Raven.

—No creo que sea el tipo de dama a las que estáis acostumbrado —susurro cogiendo del brazo a lord Kirk.

—No os negaré que no me importaría meterla en mi cama, pero tenéis razón, no es esa clase de damas —me asegura, dejándome un beso en la mejilla antes de acercarse a lady Raven y ofrecerle el brazo.

—¿Has visto cómo miraba mi primo a la joven lady Raven? —pregunta Cedric.

—Sí, lo he visto.

—Amada mía, me temo que vamos a tener que vigilar mucho a ese insensato.

La ceremonia ha sido preciosa. Ambas parejas se han dado el tan ansiado “sí quiero” entre los vítores y aplausos de los presentes.

Las mesas, repletas de comida, nos reciben en los jardines de la casa donde todos disfrutamos de la compañía de los recién casados.

Comienza el baile y sé que es el momento de que hable con mi prometido, no puedo retrasar

por más tiempo lo que tengo que decirle puesto que es de suma importancia para ambos.

—Estáis muy hermosa hoy —dice, mientras bailamos.

—Vos también estáis muy apuesto.

—Es porque soy feliz, porque tengo, al fin, a mi prometida junto a mí.

—Cedric, quiero contaros algo, es... importante. Algo a tener en cuenta para poner fecha a nuestra boda.

— ¿Qué ocurre? Creí que esperaríamos hasta saber si vuestra prima Violet y Cameron, finalmente se decidían a comprometerse en estos meses.

—Me temo que no lo harán. El uno espera por el otro, por si aparece alguien en sus vidas. Están locos, los dos. Sin darse cuenta se están dejando escapar.

—Bueno, entonces, decidme. ¿Cuándo queréis casaros?

—Cuanto antes.

— ¿Tanta prisa tenéis en ser mi esposa?

—Sí, pero, además... —acorto la distancia y susurro— No quiero que se note mi embarazo.

Se queda quieto, abrazándome, y pasados unos segundos lo escucho soltar el aire que, seguramente, no sabría que había retenido.

— ¿Cedric? —pregunto, apartándome para mirarlo.

— ¿Habláis en serio? ¿Voy a ser padre?

—Sí, y según el médico, la boda debería celebrarse antes de dos meses, ya que vuestro futuro heredero, nacerá dentro de unos siete meses.

Se queda mirándome sin decir nada. No sé si está feliz, o no, pues no consigo saber qué es lo que dicen sus ojos.

Me abraza mientras me besa y siento que su felicidad me invade. Gira conmigo en brazos y ríe.

—Callad, no debe saberlo nadie aún —digo en un susurro.

—Está bien, guardaré el secreto, pero dejadme anunciar que nos casaremos el próximo mes.

— ¿Seguro?

—Tan seguro como que os amo. Me habéis hecho el hombre más feliz con esta noticia. Estoy deseando tener una pequeña de ojos verdes correteando por la casa.

— ¿No deseáis un varón? Sabéis que necesitáis un heredero al título.

—Y lo tendremos, pero estoy seguro que aquí, en vuestro vientre, hay una niña —su mirada se dirige a nuestras manos, unidas sobre mi vientre, y ambos sonreímos.

Sin ser consciente de ello, me enamoré de este hombre, del dueño de esos ojos marrones que hace años se grabaron en mi mente.

EPÍLOGO



Cedric.

La espera me está matando. Hace horas que mi amada Laura se puso de parto. Se despertó con dolores y apenas una hora después empezaron las contracciones y rompió aguas.

Estoy más nervioso que el día que nos casamos. Más incluso que la primera vez que la hice mía, aun siendo ya un hombre experimentado en las artes amatorias.

Necesito que mi esposa esté bien, que nuestra hija esté bien. ¿Por qué pienso que será una niña? Porque lo tengo claro. Desde el primer momento que vi esos ojos, supe que algún día quería tener una hija con esa mirada. Una pequeña Laura en mis brazos, para colmarla del cariño y el amor que le profeso a mi esposa.

Tengo miedo, sé de mujeres que han muerto al dar a luz a alguno de sus hijos y no quiero perder a Laura, no puedo perderla...

Es mi alma gemela, esa mitad que mi madre me dijo que existía en algún lugar del mundo y que algún día encontraría.

El ir y venir de las doncellas con sábanas y agua ensangrentadas me está robando el aire. Necesito respirar, por lo que dejo a mis padres esperando y salgo al jardín.

Me vendría bien una copa, lo juro, pero quiero estar bien despierto para cuando mi hija llegue al mundo.

— ¿Estáis bien, hermano? —Masie, mi pequeña Masie.

Ya es una mujer casada. Hace cuatro meses se casó con Lord Jude Jones, hijo mayor del Marqués de Northforest y buen amigo de mi padre.

—No quiero que muera. No podría vivir sin mi esposa.

—No la perderás, Laura es fuerte —dice al tiempo que me abraza.

— ¿En qué momento dejaste de ser mi hermanita pequeña, para convertirte en la mujer casada que tengo delante?

—Hace tiempo, pero no se lo digas a nuestro padre, me sigue considerando su niña.

—Siempre lo serás, Masie. Para él, siempre serás su mayor tesoro.

—Ahora que estás a punto de ser padre lo sabes, ¿verdad? Entiendes a nuestro padre.

—Sí, ahora entiendo el día que lo vi llorar por primera vez, cuando nacisteis vos.

— ¡Milord! ¡Ha nacido! —el grito de una de las doncellas hace que ambos salgamos corriendo de nuevo hacia la casa y suba las escaleras como si la vida me fuera en ello.

Mi padre me abraza, mi madre me besa y abre la puerta para que entre a conocer a mi primogénita.

Cuando entro en el dormitorio, veo a Laura sonriendo con lágrimas en el rostro.

—Espero que vuestras lágrimas, amada mía, sean de felicidad —digo al tiempo que me siento a su lado, en la cama.

—Lo son, amado mío, soy feliz, tengo un esposo al que amo y una preciosa hija —dice, mirándome al fin.

Sonrío al saber que no me equivocaba y que habíamos hecho una bonita niña fruto de nuestro amor.

Me la tiende para que la coja y ahí está, la cara de mi esposa, en esta preciosa niña. Tiene el cabello y los ojos de su madre, aunque la nariz no puedo negar que es mía, pues es la misma que tanto mis hermanas como yo, hemos heredado de nuestro padre.

—Es preciosa. Gracias Laura, gracias por darme tan valioso regalo.

—Tiene la nariz de vuestra familia.

—Sí, es cierto. ¿Cómo la llamaremos? —pregunto sin dejar de observar a mi hija que, con su pequeña manita, me aprieta el dedo.

—Había pensado que podíamos llamarla Rose Daisy. Así tendrá el nombre de ambas abuelas. ¿Qué os parece?

—Rose Daisy Hall. Es perfecto —respondo, mientras noto una lágrima deslizarse por mi mejilla.

Sin lugar a duda, ahora entiendo las lágrimas que vi en los ojos de mi padre el día que nació mi hermana Masie.

Para un hombre no hay nada mejor que encontrar el amor de una mujer, saberse amado y correspondido cuando le entregas tu corazón a otra persona, pero un hijo, ese valioso regalo que nos da la mujer a la que amamos, es lo mejor que se nos concede en esta vida.

—Mi pequeña Rose Daisy, os voy a querer hasta el último de mis días. Os lo aseguro, hija mía.

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

[Dylan](#)

[Martins](#)

[Janis](#)

[Sandgrouse](#)

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

[1] Lord Hardwicke's Marriage Act.: Ley inglesa sobre el matrimonio que establece que, si uno de los futuros esposos no tenía un mínimo de 21 años, necesitaba el consentimiento de sus padres. Dicha ley no se aplicaba en Escocia, donde la edad mínima para contraer matrimonio era de 14 años en los hombres y 12 en las mujeres, sin necesidad de consentimiento paterno.